Bernal Díaz del Castillo

HISTORIA VERDADERA DE LA CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA



Este libro ha sido digitalizado por la voluntaria María Villanueva

Procedencia del texto:

Biblioteca Virtual Universal

Permitido el uso sin fines comerciales

El formato y maquetación actual ha sido realizado por
Demófilo, marzo de 2010

Biblioteca Libre
Omegalfa

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO

HISTORIA VERDADERA DE LA CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA

COMIENZA LA RELACIÓN DE LA HISTORIA

Bernal Díaz del Castillo, vecino y regidor de la muy leal ciudad de Santiago de Guatemala, uno de los primeros descubridores y conquistadores de la Nueva España y sus provincias y Cabo de Honduras e Higueras que en esta tierra así se nombra, natural de la muy noble e insigne villa de Medina del Campo, hijo de Francisco Díaz del Castillo, regidor que fue de ella, que por otro nombre le llamaban "el Galán", y de María Díez Rejón, su legítima mujer, que hayan santa gloria, por lo que a mí me toca y a todos los verdaderos conquistadores mis compañeros que hemos servido a Su Majestad así en descubrir y conquistar y pacificar todas las provincias de la Nueva España, que es una de las buenas partes descubiertas del Nuevo Mundo, lo cual descubrimos a nuestra costa, sin ser sabedor de ello Su Majestad.

Como mis antepasados y mi padre y un hermano mío siempre fueron servidores de la corona real y de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, de muy gloriosa memoria, quise parecer en algo a ellos. En aquel tiempo, que fue año de 1514, vino por gobernador de Tierra Firme un caballero que se decía Pedrarias Dávila, acordé venir con él a su gobernación y conquista. Y por

acortar palabras no diré lo acaecido en el viaje, sino que, unas veces con buen tiempo y otras con contrario, llegamos a Nombre de Dios.

Desde tres o cuatro meses que estábamos poblados, dio pestilencia, de la cual se murieron muchos soldados, y además de esto todos los más adolecíamos y se nos hacían unas malas llagas en las piernas. También había diferencias entre el mismo gobernador con un hidalgo que en aquella sazón estaba por capitán y había conquistado aquella provincia aquella provincia, el cual se decía Vasco Núñez de Balboa, hombre rico, con quien Pedrarias Dávila casó una hija suya; y después que la hubo desposado, según pareció, y sobre sospechas que tuvo del yerno que se le quería alzar con copia de soldados, para irse por la mar del Sur, por sentencia le mandó degollar y hacer justicia de ciertos soldados. Desde que vimos lo que dicho tengo y otras revueltas entre sus capitanes, y alcanzamos a saber que era nuevamente poblada y ganada la isla de Cuba, y que estaba en ella por gobernador un hidalgo que se decía Diego Velásquez, natural de Cuellar, acordamos ciertos caballeros y personas de calidad, los que habíamos venido con Pedrarias Dávila, demandarle licencia para irnos a la isla de Cuba y él nos la dio de buena voluntad, porque no tenía necesidad de tantos soldados como los que trajo de Castilla para hacer guerra, porque no había qué conquistar, que todo estaba en paz, que Vasco Núñez de Balboa, yerno de Pedrarias, lo había conquistado, y la tierra de suyo es muy corta.

Pues desde que tuvimos la licencia nos embarcamos en un buen navío, y con buen tiempo llegamos a la isla de Cuba y fuimos a hacer acato al gobernador; y él se holgó con nosotros y nos prometió que nos daría indios, en vacando.

Como se habían ya pasado tres años, así en lo que estuvimos en Tierra Firme e isla de Cuba, y no habíamos hecho cosa ninguna que se contar sea, acordamos juntarnos ciento diez compa-

ñeros de los que habíamos venido de Tierra Firme y de los que en la isla de Cuba no tenían indios y concertamos con un hidalgo que se decía Francisco Hernández de Córdoba, que era hombre rico y tenía pueblo de indios en aquella isla, para que fuese nuestro capitán, porque era suficiente para ello, para ir a nuestra ventura a buscar y descubrir tierras nuevas para en ellas emplear nuestras personas.

[*La expedición de Hernández de Córdoba zarpó de La Habana el 8 de febrero de 1517. Como dice Bernal Díaz, la componían algo más de un centenar de hombres que viajaban en tres navíos, cuyo piloto principal era Antón de Alaminos. Desembarcaron en la península de Yucatán, a la altura del cabo de Cotoche y fueron combatidos por los nativos; por esta causa continuaron la navegación hasta Campeche y Champotón donde nuevamente fueron atacados. Aquí tuvieron los españoles cerca de cincuenta muertos y algunos heridos, entre ellos Hernández de Córdoba. Esta circunstancia y la carencia absoluta de medios, hizo que la expedición, tomando la ruta de Florida, regresara a Cuba. Fue ésta la primera exploración de las costas mejicanas*.

La segunda estuvo a cargo de Juan de Grijalva, pariente de Diego Velásquez, gobernador de Cuba. Las noticias proporcionadas por Hernández de Córdoba decidieron a Velásquez a hacer una nueva tentativa. Para ello preparó cuatro navíos que puso bajo las órdenes de Grijalva. Lo acompañaban entre otros Pedro de Alvarado, Alonso de Ávila, y el piloto Juan de Alaminos. Zarparon de Cuba el primero de mayo de 1518 y llegaron cuatro días después a la isla de Cozumel. Recorrieron las costas de la península de Yucatán hasta Campeche, llegando a fines del mes al Puerto Deseado, en la Laguna de Términos. A este

lugar llamó Grijalva, Nueva España, nombre que Cortés, más tarde, impondría en sus cartas.

Al continuar la navegación desembarcaron en la isla que llamaron San Juan de Ulúa. Siguieron hasta Panuco hallando en todas partes poblaciones y terrenos cultivados. Pensó Grijalva entonces que todo debía deformar parte de algún imperio, para cuyo sometimiento él no contaba con medios bastantes.

Regresó a Cuba después de seis meses de ausencia. Esperaba reunir mayores fuerzas para emprender la conquista. Pero Diego Velázquez lo recibió con frialdad y buscó otro capitán.].

DE LOS BORRONES Y COSAS QUE ESCRIBEN LOS CRONISTAS GÓMARA E ILLESCAS ACERCA DE LAS COSAS DE LA NUEVA ESPAÑA

Estando escribiendo en esta crónica acaso vi lo que escriben Gómara e Illescas y Jovio en las conquistas de Méjico y Nueva España, y desde que las leí y entendí y vi de su policía y estas mis palabras tan groseras y sin primor, dejé de escribir en ella, estando presentes tan buenas historias; y con este pensamiento torné a leer y a mirar muy bien las pláticas y razones que dicen en sus historias, y desde el principio y medio ni cabo no hablan lo que pasó en la Nueva España, y desde que entraron a decir de las grandes ciudades tantos números que dicen que había de vecinos en ellas, que tanto les da decir ochenta mil como ocho mil; pues de aquellas matanzas que dicen que hacíamos, siendo nosotros cuatrocientos soldados los que andábamos en la guerra, harto teníamos que defendernos no nos matasen y nos llevasen de vencida, que aunque estuvieran los indios atados, no hiciéramos tantas muertes, en especial que tenían sus armas de algodón, que les cubrían el cuerpo, y arcos y saetas, rodelas, lanzas grandes,

espadas de navajas como de dos manos, que cortan más que nuestras espadas, y muy denodados guerreros.

Dicen que derrocamos y abrasamos muchas ciudades y templos, que son cúes, y en aquello les parece que placen mucho a los oyentes que leen sus historias y no lo vieron ni entendieron cuando lo escribían; los verdaderos conquistadores y curiosos lectores que saben lo que pasó, claramente les dirán que si todo lo que escriben de otras historias va como lo de la Nueva España, irá todo errado. Y lo bueno es que ensalzan a unos capitanes y abajan a otros, y los que no se hallaron en las conquistas dicen que fueron en ellas, y también dicen muchas cosas de tal calidad, y por ser tantas y en todo no aciertan, no lo declararé. Pues otra cosa peor dicen: que Cortés mandó secretamente barrenar los navíos: o es así, porque por consejo de todos los más soldados y mío mandó dar con ellos al través, a ojos vistas, para que nos ayudasen la gente de mar que en ellos estaban, a velar y a guerrear. En todo escriben muy vicioso. ¿Y para qué yo meto tanto la pluma en contar cada cosa por sí, que es gastar papel y tinta? Yo lo maldigo, aunque lleve buen estilo.

Dejemos esta plática y volveré a mi materia, que después de bien mirado todo lo que aquí he dicho, que es todo burla lo que escriben acerca de lo acaecido en la Nueva España, torné a proseguir mi relación, porque la verdadera policía y agraciado componer es decir verdad en lo que he escrito. Y mirando esto acordé de seguir mi intento con el ornato y pláticas que verán, para que salga a la luz y hallarán las conquistas de la Nueva España claramente como se han de ver. Quiero volver con la pluma en la mano, como el buen piloto lleva la sonda descubriendo bajos por la mar adelante, cuando siente que los hay; así haré yo en decir los borrones de los cronistas; mas no será todo, porque si parte por parte se hubiesen de escribir sería más larga la costa de recoger la rebusca que en las verdaderas vendimias. Digo que

sobre esta mi relación pueden los cronistas sublimar y dar loa al valeroso y esforzado capitán Cortés, y a los fuertes conquistadores, pues tan grande empresa salió de nuestras manos, y lo que sobre ellos escribieron diremos los que en aquellos tiempos nos hallamos como testigos de vista de ser verdad como ahora decimos las contrariedades de él; que cómo tienen tanto atrevimiento y osadía de escribir tan vicioso y sin verdad, pues que sabemos que la verdad es cosa bendita y sagrado y que todo lo que contra ello dijeron va maldito. Más bien me parece que Gómara fue aficionado a hablar tan loablemente del valeroso Cortés, y tenemos por cierto que le untaron las manos, pues que a su hijo, el marqués que ahora es, le eligió su crónica, teniendo a nuestro rey y señor, que con derecho se le había de elegir y encomendar.

CÓMO VINIMOS CON OTRA ARMADA A LAS TIERRAS NUEVAS Y POR CAPITÁN EL VALEROSO Y ESFORZADO DON HERNANDO CORTÉS

Después que llegó a Cuba el capitán Juan de Grijalva, y visto el gobernador Diego Velásquez que eran las tierras ricas, ordenó enviar una buena armada, muy mayor que la de antes; y para ello tenía ya a punto diez navíos en el puerto de Santiago de Cuba, donde Diego Velásquez residía; los cuatro de ellos eran en los que volvimos con Juan de Grijalva, porque luego les hizo dar carena y los otros seis recogieron de toda la isla. Los hizo proveer de bastimento, que era pan cazabe y tocinos, porque en aquella sazón no había en la isla de Cuba ganado vacuno ni carneros, porque era nuevamente poblada. Y este bastimento no era más que para hasta llegar a la Habana, porque allí habíamos de hacer todo el matalotaje.

Diré las diferencias que hubo para elegir capitán para ir aquel viaje. Hubo muchos debates y contrariedades, porque ciertos

hidalgos decían que viniese por capitán Vazco Porcallo, y temióse Diego Velásquez que se le alzaría con la armada, porque era atrevido; otros decían que viniese Agustín Bermúdez, o Antonio Velásquez Borrego, o Bernardino Velásquez, parientes del gobernador, y todos los más soldados que allí nos hallamos decíamos que volviese el mismo Juan de Grijalva, porque era buen capitán y no había falta en su persona y en saber mandar.

Andando las cosas y conciertos de esta manera que aquí he dicho, dos grandes privados de Diego Velásquez, que se decían Andrés de Duero, secretario del mismo gobernador, y Amador de Lares, contador de Su Majestad, hicieron secretamente compañía con un hidalgo que se decía Hernando Cortés, natural de Medellín, que tenía indios de encomienda en aquella isla, y poco tiempo hacía que se había casado con una señora que se decía doña Catalina Suárez, la Marcaida. A lo que yo entendí y otras personas decían, se casó con ella por amores, y esto de este casamiento muy largo lo decían otras personas que lo vieron, y por esta causa no tocaré más en esta tecla, y volveré a decir acerca de la compañía.

Fue de esta manera: que concertasen estos privados de Diego Velásquez que le hiciesen dar a Hernando Cortés la capitanía general de toda la armada, y que partirían entre todos tres la ganancia del oro, plata y joyas de la parte que le cupiese a Cortés, porque secretamente Diego Velásquez enviaba a rescatar y no a poblar, según después pareció por las instrucciones que de ello dio, y aunque publicaba y pregonó que enviaba a poblar.

Hecho este concierto, tienen tales modos el Duero y el contador con Diego Velásquez, y le dicen tan buenas y melosas palabras, loando mucho a Cortés que es persona en quien cabe el cargo para ser capitán, porque, además de ser muy esforzado, sabrá mandar y ser temido, y que le sería muy fiel en todo lo que le encomendasen, así en lo de la armada como en lo demás, de

manera que lo persuadieron a ello, y luego se eligió por capitán general, y el secretario Andrés de Duero hizo las provisiones, como suele decir el refrán de muy buena tinta, y como Cortés las quiso, muy bastantes.

CÓMO CORTÉS SE APERCIBIÓ Y ENTENDIÓ EN LAS COSAS QUE CONVENÍAN PARA DESPACHARSE CON LA ARMADA

Pues como ya fue elegido Hernando Cortés por general, comenzó a buscar todo género de armas, escopetas, pólvora y ballestas, y todos cuantos pertrechos de armas pudo haber, y a buscar rescate, y también otras cosas pertenecientes a aquel viaje. Y además de esto, se comenzó a pulir y ataviar su persona mucho más que antes, y se puso su penacho de plumas, con su medalla y una cadena de oro, y una ropa de terciopelo, sembradas por ella unas lazadas de oro, y, en fin, como un bravoso y esforzado capitán.

Para hacer estos gastos que he dicho, no tenía de qué, porque en aquella sazón estaba muy adeudado y pobre, aunque tenía buenos indios de encomienda y sacaba oro de las minas; mas todo lo gastaba en su persona y en atavíos de su mujer, que era recién casado, y en algunos forasteros huéspedes que se le allegaban, porque era de buena conversación y apacible, y había sido dos veces alcalde de la villa de San Juan de Baracoa, donde era vecino, porque en estas tierras se tiene por mucha honra a quien hacen alcalde.

Luego mandó hacer dos estandartes y banderas, labrados en oro con las armas reales y una cruz de cada parte, con un letrero que decía: “Hermanos y compañeros: sigamos la señal de la Santa Cruz con fe verdadera, que con ella venceremos”.

Pues como se supo esta nueva en toda la isla de Cuba, y también Cortés escribió a todas las villas a sus amigos para que se aparejasen para ir con él aquel viaje, unos vendían sus haciendas para buscar armas y caballos, otros hacían pan cazabe y tocinos para matalotaje, y colchaban armas de algodón y se apercibían de lo que habían menester lo mejor que podían. De manera que nos juntamos en Santiago de Cuba, donde salimos con la armada más de trescientos cincuenta soldados.

Nos hicimos a la vela, y con próspero tiempo llegamos al puerto de la Trinidad. Y tomando puerto y saltados en tierra, nos salieron a recibir todos los más vecinos de aquella villa, y nos festejaron mucho.

CÓMO EL CAPITÁN HERNANDO CORTÉS SE EMBARCÓ CON TODOS LOS SOLDADOS PARA IR A LA HABANA

Después que Cortés vio que en la villa de la Trinidad no teníamos en qué entender, apercibió a todos los caballeros y soldados que allí se habían juntado para ir en su compañía, que se embarcasen juntamente con él en los navíos que estaban en el puerto de la banda del sur, y los que por tierra quisiesen ir fuesen hasta la Haban con Pedro de Alvarado, para que recogiesen unos soldados que estaban en unas estancias; y yo fui en su compañía. También mandó Cortés a un hidalgo, que se decía Juan de Escalante, muy amig0 suyo, que fue en un navío por la banda del norte, y mandó que todos los caballos fuesen por tierra.

Pues ya despachado todo lo que dicho tengo, Cortés se embarcó en la nao capitana con todos los navíos para ir la derrota de la Habana. Parece ser que las naos que llevaba en conserva no vieron a la capitana, donde iba Cortés porque era de noche, y

fueron al puerto. Asimismo llegamos por tierra con Pedro de Alvarado a la villa de la Habana; y el navío en que venía Juan de Escalante por la banda del norte también había llegado; y todos los caballos que iban por tierra. Cortés no vino, ni sabían dar razón de él.

Pasáronse cinco días, y no había nuevas ningunas de su navío, y teníamos sospecha no se hubiese perdido en los Jardines, que es cerca de las islas de Pinos, donde hay muchos ajos que están diez o doce leguas de la Habana; y fue acordado por todos nosotros que fuesen tres navíos de los de menos porte en busca de Cortés.

En aderezar los navíos y en debates, vaya Fulano, vaya Zutano, o Pedro o Sancho, se pasaron otros dos días, y Cortés no venía. Ya había entre nosotros bandos y medio chirinolas sobre quién sería capitán hasta saber de Cortés, y quién más en ello metía la mano fue Diego de Ordaz, como mayordomo de Velásquez, a quien enviaba para entender solamente en lo de la armada, no se alzasen con ella.

Dejemos esto y volvamos a Cortés, que, como venía en el navío de mayor porte, como antes tengo dicho, y en el paraje de la isla de Pinos o cerca de los Jardines hay muchos bajos, parece ser tocó y quedó algo en seco el navío y no pudo navegar; y con el batel mandó descargar toda la carga que se pudo sacar, porque allí cerca había tierra, donde lo descargaron. Desde que vieron que el navío estaba a flote y podía nadar, le metieron en más hondo y tornaron a cargar lo que habían sacado en tierra, dio vela y fue sui viaje hasta el puerto de la Habana.

Cuando llegó, todos los más de los caballeros y soldados que le aguardábamos nos alegramos con su venida,. Salvo algunos que pretendían ser capitanes y cesaron las chirinolas. Después que le aposentamos en casa de Pedro Barba que era teniente de aquella villa del Diego Velázquez, mandó sacar su estandarte y

ponerlos delante de las casas donde posaba; y mandó dar pregones, según y de la manera de los pasados.

De allí de la Habana vino un hidalgo, que se decía Francisco de Montejo, y éste es el por mí muchas veces nombrado, que después de ganado Méjico fue adelantado y gobernador de Yucatán, y vinieron otros más, y todos personas de calidad. Cuando Cortés los vio todos aquellos hidalgos juntos se holgó en gran manera, y luego envió un navío a la punta de Guaniguanico, a un pueblo que allí estaba de indios, a donde hacían cazabe y tenían muchos puercos, para que cargase el navío de tocinos porque aquella estancia era del gobernador Diego Velázquez.

Volvamos a decir de Francisco de Montejo y de todos aquellos vecinos de la Habana, que metieron mucho matalotaje de cazabe y tocino, que otra cosa no había. Y luego Cortés mandó sacar toda la artillería de los navíos, que eran diez tiros de bronce y ciertos falconetes, y dio cargo de ello a un artillero que se decía Mesa, y a un levantisco que se decía Arbenga, y a un Juan Catalán para que lo limpiasen y probasen y que las pelotas y pólvora que todo lo tuviese muy a punto. Asimismo mandó aderezar las ballestas, y que tirasen a terreno, y que mirasen a cuántos pasos llegaba la fuga de cada una de ellas. Como en aquella tierra de la Habana había mucho algodón, hicimos armas muy bien colchadas, porque son buenas para entre los indios, porque es mucha la vara y flecha y lanzadas que daban; pues piedra, era como granizo.

Todo esto ordenado, nos mandó apercibir para embarcar, y que los caballos fuesen repartidos en todos los navíos; hicieron pesebrera y metieron mucho maíz y yerba seca.

COMO CORTÉS SE HIZO A LA VELA CON TODA SU COMPAÑÍA DE CABALLEROS Y SOLDADOS PARA LA ISLA DE COZUMEL

No hicimos alarde hasta la isla de Cozumel. Cortés mandó a Pedro de Alvarado que fuese por la banda del norte en un buen navío, que se decía San Sebastián, y mandó al piloto que llevaba en el navío que le aguardase en la punta de San Antón para que allí se juntase con todos los navíos para ir en conserva hasta Cozumel; y envió mensajero a Diego de Ordaz, que había ido por el bastimento que hiciese lo mismo, porque estaba en la banda del norte.

El diez de febrero de 1519, después de haber oído misa, nos hicimos la vela con nueve navíos por la banda del sur, con la copia de los caballeros y soldados que dicho tengo, y con los dos navíos por la banda del norte, que fueron once con el que fue Pedro e Alvarado con sesenta soldados, y yo fui en su compañía.

El piloto que llevábamos, que se decía Camacho, no tuvo cuenta de lo que le fue mandado por Cortés, y siguió su derrota, y llegamos dos días primeros que Cortés a Cozumel.

Cortés aún no había llegado con su flota, por causa que el navío, en que venía por capitán Francisco de Moria, con el mal tiempo, se le soltó el gobernalle, y fue socorrido con otro gobernalle de los navíos que venían con Cortés.

Volvamos a Pedro de Alvarado, que así como llegamos al puerto saltamos en tierra en el pueblo de Cozumel, con todos los soldados, y no hallamos indios ningunos, que se habían ido huyendo. Mandó que luego fuésemos a otro pueblo, que estaba de allí una legua, y también se amontonaron, y huyeron los naturales, y no pudieron llevar su hacienda y dejaron gallinas y otras cosas. De las gallinas mandó Pedro de Alvarado que tomasen hasta cuarenta. También en una casa de oratorio de ídolos tenían

unos paramentos de mantas viejas y unas arquillas donde estaban unas como diademas e ídolos y cuentas y pinjantillos de oro bajo; también se les tomó dos indios y una india; y volvimos al pueblo donde desembarcamos.

Estando en esto llega Cortés con los navío, y después de aposentado, la primera cosa que hizo fue mandar echar preso en grillos al piloto Camacho porque no aguardó en la mar como le fue mandado. Y desde que vio el pueblo sin gente y supo cómo Pedro de Alvarado había ido al otro pueblo, y que les había tomado gallinas y paramentos y otras cosillas de poco valor de los indios, y el oro medio cobre, mostró tener mucho enojo de ello y de cómo no aguardó el piloto.

Reprendió gravemente a Pedro de Alvarado y le dijo que no se habían de apaciguar las tierras de aquella manera, tomando a los naturales su hacienda. Luego mandó traer los dos indios y la india que habíamos tomado, y con el indio Melchorejo, que llevamos de la punta de Cotoche, que entendía bien aquella lengua, les habló (porque Julianillo, su compañero, ya se había muerto) que fuesen a llamar los caciques e indios de aquel pueblo, y que no tuviesen miedo. Y les mandó devolver el oro y parámetros y todo lo demás, y por las gallinas, que ya se habían comido, les mandó dar cuentas y cascabeles, y además dio a cada indio una camisa de Castilla.

Por manera que fueron a llamar al señor de aquel pueblo; y otro día vino el cacique con toda su gente e hijos y mujeres de todos los del pueblo, y nadaban entre nosotros como si toda su vida nos hubieran tratado, y mandó Cortés que no se les hiciese enojo alguno.

Aquí en esta isla comenzó Cortés a mandar muy de hecho, y Nuestro Señor le daba gracia que doquiera que ponía la mano se le hacía bien, en especial en pacificar los pueblos y naturales de aquellas partes como adelante verán.

De ahí a tres días que estábamos en Cozumel, mandó hacer alarde para saber qué tantos soldados llevaba, y halló por su cuenta que éramos quinientos ocho, sin maestres y pilotos y marineros, que serían ciento; diez y seis caballos y yeguas (las yeguas todas eran de juego y de carrera), once navíos grandes y pequeños; treinta y dos ballesteros, trece escopeteros, diez tiros de bronce, cuatro falconetes, y mucha pólvora y pelotas.

CÓMO CORTÉS SUPO DE DOS ESPAÑOLES QUE ESTABAN EN PODER DE LOS INDIOS EN LA PUNTA DE COTOCHE

Como Cortés en todo ponía gran diligencia, me mandó llamar a mí y a un vizcaíno que se decía Martín Ramos, y nos preguntó de qué sentíamos de aquellas palabras que nos hubieron dicho los indios de Campeche cuando vinimos con Francisco Hernández de Córdoba, que decían: “Castillán, Castillán”; y nosotros se lo tornamos a contar según y de la manera que lo habíamos visto y oído. Dijo que ha pensado muchas veces en ello, y que por ventura estarían algunos españoles en aquellas tierras, y dijo: “Paréceme que será bien preguntar a estos caciques de Cozumel si saben alguna nueva de ellos”. Con Melchorejo, el de la Punta de Cotoche, que entendía ya poca cosa de la lengua de Castilla y sabía muy bien la de Cozumel, se lo preguntó a todos los principales, y todos a una dijeron que habían conocido ciertos españoles, y daban señas de ellos, y que en la tierra adentro, andadura de dos días, estaban, y los tenían por esclavos unos caciques, y que allí en Cozumel había indios mercaderes que les hablaron hacía pocos días. De los cual todos nos alegramos.

Díjoles Cortés que luego los fuesen a llamar con cartas, que en su lengua llaman amales; y dio a los caciques y a los indios que fueron con las cartas camisas, y los halagó, y les dijo que cuando volviesen les darían más cuentas. El cacique dijo a

Cortés que enviase rescate para los amos con quien estaban que los tenían por esclavos, porque les dejasen venir, y así se hizo, que se les dio a los mensajeros de todo género de cuentas.

Luego mandó apercibir dos navíos, los de menos norte, que el uno era poco mayor que bergantín, con veinte ballesteros y escopeteros, y por capitán de ellos a Diego de Ordaz, y mandó que estuviese en la costa de la punta de Cotoche aguardando ocho días con el navío mayor, y entre tanto que iban y venían con la respuesta de las cartas, con el navío pequeño volviesen a dar la respuesta a Cortés de lo que hacían.

Luego se embarcaron en los navíos con las cartas y lo dos indios mercaderes de Cozumel que las llevaban, y en tres horas atravesaron el golfete, y echaron en tierra los mensajeros con las cartas y rescates; y en dos días las dieron a un español, que se decía Jerónimo de Aguilar, que entonces supimos que así se llamaba. Desde que las hubo leído y recibido el rescate de las cuentas que le enviamos, él se holgó con ello y lo llevó a su amo, el cacique, para que le diese licencia, la cual luego le dio para que se fuese a donde quisiese.

Caminó el Aguilar a donde estaba su compañero, que se decía Gonzalo Guerrero, en otro pueblo cinco leguas de allí, y como le leyó las cartas, Gonzalo Guerrero le respondió: “Hermano Aguilar, yo soy casado y tengo tres hijos, y tiénenme por cacique y capitán cuando hay guerras. Id vos con Dios, que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. ¿Qué dirán de mí cuando me vean esos españoles ir de esta manera? Y ya veis estos mis hijitos cuán bonitos son. Por vida nuestra que me deis de esas cuentas verdes que traéis para ellos, y diré que mis hermanos me las envían por tierra”. Y asimismo la india mujer del Gonzalo habló a Aguilar en su lengua muy enojada, y le dijo: “Mira con qué viene este esclavo a llamar a mi marido; íos vos y no curéis de más pláticas”. Aguilar tornó a hablar al Gonzalo, que mirase

que era cristiano, que por una india no se perdiese el ánima, y si por mujer e hijos lo hacía, que la llevase consigo si no los quería dejar. Y por más que le dijo y amonestó, no quiso venir. Parece ser que aquel Gonzalo Guerrero era hombre de la mar, natural de Palos.

Desde que Jerónimo de Aguilar vio que no quería venir, se vino luego con los indios mensajeros adonde había estado el navío aguardándole, y cuando llegó no le halló, porque ya era ido, porque ya se habían pasado los ocho días, y aún uno más, que llevó de plazo Ordaz para que aguardase; porque visto que Aguilar no venía, se volvió a Cozumel sin llevar recaudo a lo que había venido. Cuando Aguilar vio que no estaba allí el navío quedó muy triste y se volvió a su amo, al pueblo donde antes solía vivir.

Cuando Cortés vio volver a Ordaz sin recaudo ni nueva de los españoles ni de los indios mensajeros, estaba tan enojado, y dijo con palabras soberbias a Ordaz que había creído que otro mejor recaudo trajera que no venirse así sin lo españoles ni nuevas de ellos, porque ciertamente estaban en aquella tierra.

CÓMO EL ESPAÑOL QUE ESTABA EN PODER DE INDIOS SUPO QUE HABÍAMOS ARRIBADO A COZUMEL, Y SE VINO CON NOSOTROS

Cuando tuvo noticia cierta el español que estaba en poder de indios que habíamos vuelto a Cozumel con los navíos, se alegró en gran manera y dio gracias a Dios, y mucha prisa en venirse él y los dos indios que le llevaron las cartas y rescate a embarcarse en una canoa; y como la pagó bien, en cuentas verdes del rescate que le enviamos, luego la halló alquilada, con seis indios remeros en ella; y dan tal prisa en remar, que en espacio de poco

tiempo pasaron el golfete que hay de una tierra la otra, que serían cuatro leguas, sin tener contraste de la mar.

Llegados a la costa de Cozumel, ya que estaban desembarcando, dijeron a Cortés unos soldados que iban a cazar, porque había en aquella isla puercos de la tierra, que había venido una canoa grande allí junto del pueblo, y que venía de la punta de Cotoche. Mandó Cortés a Andrés de Tapia y a otros dos soldados que fuesen a ver qué cosa nueva era venir allí junto a nosotros indios, sin temor alguno, con canoas, y luego fueron. Cuando los indios que venían en la canoa que traía al Aguilar vieron los españoles, tuvieron temor, queríanse tornar a embarcar y hacer a lo largo con la canoa. Aguilar les dijo que no tuviesen miedo, que eran sus hermanos.

Andrés de Tapia como los vio que eran indios, porque Aguilar ni más ni menos era que indio, luego envió a decir a Cortés con un español que siete indios de Cozumel son los que allí llegaron en la canoa. Y después que hubieron saltado en tierra, el español, mal mascado y peor pronunciado, dijo: “Dios y Santa María y Sevilla”. Y luego le fue a abrazar a Tapia; y otro soldado de los que habían ido con Tapia a ver qué cosa era fue con mucha prisa demandar albricias a Cortés, cómo era español el que venía en la canoa, de lo que todos nos alegramos.

Luego se vino Tapia con el español adonde estaba Cortés, y antes que llegasen, ciertos soldados preguntaban a Tapia: “¿Qué es del español?”, aunque iba junto con él, porque le tenían por indio propio, porque de suyo era moreno y trasquilado a manera de indio esclavo; y traía un remo al hombro, y una cotara vieja calzada y la otra atada en la cintura, y una manta vieja muy ruin, y un braguero peor, con que cubría sus vergüenzas; y tría atado en la manta un bulto, que eran Horas muy viejas.

Cuando Cortés los vio de aquella manera también picó, como los demás soldados, que preguntó a Tapia que qué era del espa-

ñol; y el español, como le entendió, se puso en cuclillas, como hacen los indios y dijo: "Yo soy". Luego le mandó dar de vestir camisa, jubón, zaragüelles y caperuza y alpargatas, que otros vestidos no había, y le preguntó de su vida, y cómo se llamaba y cuándo vino a aquella tierra.

Él dijo, aunque no bien pronunciado, que se decía Jerónimo de Aguilar, y que era natural de Écija, y que tenía órdenes de evangelio; que hacía ocho años que se había perdido él y otros quince hombres y dos mujeres, que iban desde el Darién a la isla de Santo Domingo, cuando hubo diferencias y pleitos de un Enciso y Valdivia, y dijo que llevaban diez mil pesos de oro y los procesos de los unos contra los otros, y que el navío en que iban dio en los Alacranes, que no pudo navegar, y que en el batel del mismo navío se metieron él y sus compañeros y dos mujeres, creyendo tomar rumbo a la isla de Cuba o a Jamaica, y que las corrientes era muy grandes, que les echaron en aquella tierra; que los calachiones de aquella comarca los repartieron entre sí, y que había sacrificado a los ídolos muchos de sus compañeros, y de ellos se habían muerto de dolencia, y las mujeres, que poco tiempo había pasado que de trabajo también se murieron, porque las hacían moler; que a él le tenían para sacrificar, y una noche se huyó y se fue a aquel cacique con quien estaba; y que no habían quedado de todos sino él y Gonzalo Guerrero.

Los caciques, por consejo de Aguilar, demandaron una carta de favor a Cortés para que si viniesen a aquel puerto otros españoles, que fuesen bien tratados y no les hiciesen agravios; la cual carta luego se la dio. Y después de despedidos con muchos halagos y ofrecimientos, nos hicimos a la vela para el río de Grijalva.

CÓMO LLEGAMOS AL RÍO DE GRIJALVA, Y DE LA GUERRA QUE NOS DIERON

El doce de marzo llegamos con toda la armada al río de Grijalva, que se dice tabasco, y como sabíamos ya, de cuando lo de Grijalva que en aquel puerto y río no podían entrar los navíos de mucho porte, surgieron en la mar los mayores, y con los más pequeños y los bateles fuimos todos los soldados a desembarcar a la punta de los Palmares, como cuando con Grijalva, que estaba del pueblo de Tabasco obra de media legua.

Andaban por el río y en la ribera y entre unos mimbrales todo lleno de indios guerreros, de los cual nos maravillamos los que habíamos venido con Grijalva; y además de esto, estaban juntos en el pueblo más de doce mil guerreros aparejados para darnos guerra; porque en aquella sazón aquel pueblo era de mucho trato, y estaban sujetos a él otros grandes, y todos los tenían apercibidos con todo género de armas.

La causa de ello fue porque los de Potonchán y los de Lázaro y otros pueblos comarcamos los tuvieron por cobardes, y se lo daban en rostro, por causa que dieron a Grijalva las joyas de oro que antes he dicho, y que de medrosos no nos osaron dar guerra, pues eran más pueblos y tenían más guerreros que no ellos; y todo esto les decían por afrentarlos, y que sus pueblos nos habían dado guerra y muerto cincuenta y seis hombres. Por manera que con aquellas palabras que les habían dicho se determinaron a tomar armas.

Cuando Cortés los vio puestos de aquella manera, dijo a Aguilar, la lengua, que entendía bien la de Tabasco, que dijese a unos indios que parecían principales, que pasaban en una gran canoa cerca de nosotros, que para qué andaban tan alborotados, que nos les veníamos a hacer ningún mal, sino decirles que les

queremos dar de lo que traemos como a hermanos, y que les rogaba que mirasen no comenzasen la guerra, porque les pesaría de ello; y les dijo otras muchas cosas acerca de la paz. Mientras más les decía Aguilar, más bravosos se mostraban, y decían que nos matarían a todos si entrábamos en su pueblo, porque le tenían muy fortalecido todo a la redonda de árboles muy gruesos de cercas y albarradas.

Volvió Aguilar a hablarles con la paz, y que nos dejasen tomar agua y comprar de comer a trueco de nuestro rescate, y también a decir a los calachonis cosas que sean de su provecho y servicio de Dios Nuestro Señor. Y todavía ellos a porfiar que no pasásemos de aquellos palmares adelante, si no que nos matarían.

Cuando los indios guerreros que estaban en la costa y entre los mimbrales vieron que de hecho íbamos, vienen sobre nosotros con tantas canoas al puerto a donde habíamos de desembarcar, para defendernos que no saltásemos en tierra, que en toda la costa no había sino indios de guerra con todo género de armas que entre ellos se usan, tañendo trompetillas y caracoles y atabalejos. Desde que sí vio la cosa, mandó Cortés que nos detuviésemos un poco y que no soltasen ballesta ni escopeta ni tiros; y como todas las cosas quería llevar muy justificadas, les hizo otro requerimiento delante de un escribano del rey, y por la lengua de Aguilar, para que nos dejasen saltar en tierra y tomar aguay hablarles cosas de Dios y de Su Majestad; y que si guerra nos daban y por defendernos algunas muertes hubiese u otros cualesquiera daños, fuesen a su culpa y cargo, y no a la nuestra. Y ellos todavía haciendo muchos fierros, y que no saltásemos en tierra, si no que nos matarían.

Luego comenzaron muy valientemente a flechar y a hacer sus señas con sus tambores, y como esforzados se vienen todos contra nosotros, y nos cercan con las canoas, con tan gran rociada

de flechas, que nos hicieron detener en el agua hasta la cintura, y en otras partes no tanto.

Como había allí mucha lama y ciénaga no podíamos tan presto salir de ella, y cargan sobre nosotros tantos indios, que con las lanzas a manteniente y otros a flecharnos, hacían que no tomásemos tierra tan presto como quisiéramos; y también porque en aquella lama estaba Cortés peleando, se le quedó un alpargate en el cieno que no le puedo sacar, y descalzo el un pie salió a tierra, y luego le sacaron el alpargate y se calzó.

Peleaban muy valientemente y con gran esfuerzo, dando voces y silbidos, y decían: “Al calacheoni, al calacheoni”, que en su lengua mandaban que matasen o prendiesen a nuestro capitán.

Les llevamos retrayendo, y ciertamente que como buenos guerreros nos iban tirando grandes rociadas de flechas y varas tostadas, y nunca volvieron de hecho las espaldas hasta un gran patio donde estaban unos aposentos y salas grandes, y tenían tres casas de ídolos, y ya habían llevado cuanto hato había.

En los cúes de aquel patio mandó Cortés que reparásemos y que no fuésemos más en seguimiento del alcance, pues iban huyendo, y allí tomó Cortés posesión de aquella tierra por Su Majestad, y él en su real nombre. Y fue de esta manera: Que desenvainada su espada dio tres cuchilladas en señal de posesión en un árbol grande, que se dice ceiba, que estaba en la plaza de aquel gran patio, y dijo que si había alguna persona que se lo contradijese, que él lo defendería con su espada y una rodela que tenía embrazada. Y todos los soldados que presentes nos hallamos cuando aquello pasó respondimos que era bien tomar aquella real posesión en nombre de Su Majestad, y que nosotros seríamos en ayudarle si alguna persona otra cosa contradijere. Ante un escribano del rey se hizo aquel auto.

Allí dormimos aquella noche con grandes velas y escuchas.

CÓMO CORTÉS MANDÓ QUE PARA OTRO DÍA NOS APAREJÁSEMOS TODOS PARA IR EN BUSCA DE LOS ESCUADRONES GUERREROS

Desde que Cortés supo que muy ciertamente nos venían a dar guerra mandó que con brevedad sacasen todos los caballos de los navíos a tierra, y que escopeteros y ballesteros y todos los soldados estuviésemos muy a punto con nuestras armas, aunque estuviésemos heridos. Cuando hubieron sacado los caballos en tierra estaban muy torpes y temerosos en el correr, porque hacía muchos días que estaban en los navíos.

Apercibió a los caballeros, que habían de ir los mejores jinetes y caballos y que fuesen con pretales de cascabeles, y les mandó que no se parasen a lancear hasta haberles desbaratado, sino que las lanzas se las pasasen por los rostros. Señalo trece de a caballo, y Cortés por capitán de ellos. Mandó a Mesa el artillero que tuviese muy a punto su artillería, y mandó a Diego de Ordaz que fuese por capitán de todos nosotros los soldados, y aun de los ballesteros y escopeteros, porque no era hombre de a caballo.

Otro día muy de mañana, que fue día de Nuestra Señora de Marzo, después de oído misa, que nos dijo fray Bartolomé de Olmedo, puestos todos en ordenanza con nuestro alférez, fuimos por unas sabanas grandes; llamábase aquella sabana y pueblo Cintla, sujeto al mismo Tabasco, una legua del aposento de donde salimos. Yendo de la manera que he dicho dimos con todo el poder de indios guerreros que venían ya a buscarnos a los aposentos.

Así como llegaron a nosotros, como eran grandes escuadrones que todas las sabanas cubrían, se vieron como rabiosos y nos

cercan por todas partes, y tiran tanta flecha, vara y piedra, que dela primera arremetida hirieron más de setenta de los nuestros, y con lanzas pie con pie nos hacían mucho daño, y un soldado murió luego de un flechazo que le dieron por el oído, y no hacían sino flechar y herir a los nuestros. Nosotros con los tiros, escopetas y ballestas, y a grandes estocadas, no perdíamos punto de buen pelear, y poco a poco, desde que conocieron las estocadas, se apartaban de nosotros; mas era para flechar más a su salvo, puesto que Mesa, el artillero, con los tiros les mató muchos de ellos, porque como eran grandes escuadrones, y no se apartaban, daba en ellos a su placer; y con todos los males y heridas que les hacíamos no los pudimos apartar.

Acuérdome que cuando soltábamos los tiros que daban los indios grandes silbidos y gritos y echaban pajas y tierra enalto para que no viésemos el daño que les hacíamos, y tañían a tambores y trompetillas, silbidos y voces, y decían: “¡Alalá, alalá!” Estando en esto, vimos asomar los de a caballo, y como aquellos grandes escuadrones estaban embebecidos dándonos guerra, no miraron tan de presto en ellos, como venían por las espaldas, y como el campo era llano, y los caballeros buenos, y los caballos algunos de ellos muy revueltos y corredores, danles tan buena mano y alancean a su placer. Pues los que estábamos peleando, desde que los vimos, nos dimos tanta prisa, que los de a caballo por una parte y nosotros por otra, de presto volvieron las espaldas. Aquí creyeron los indios que el caballo y el caballero era todo uno, como jamás habían visto caballo. Ésta fue la primera guerra que tuvimos en compañía de Cortés en la Nueva España.

Esto pasado, apretamos las heridas a los heridos con paños, que otra cosa no había, y se curaron los caballos con quemarles las heridas con unto de un indio de los muertos, que abrimos para sacarle el unto.

CÓMO VINIERON TODOS LOS CACIQUES Y CALACHIONIS DEL RÍO DE GRIJALVA Y TRAJERON UN PRESENTE

Otro día de mañana, vinieron muchos caciques y principales de aquel pueblo de Tabasco y de otros comarcanos, haciendo mucho acato a todos nosotros, y trajeron un presente de oro.

No fue nada todo este presente en comparación de veinte mujeres, y entre ellas una muy excelente mujer, que se dijo doña Marina, que así se llamo después de vuelta cristiana. Cortés recibió aquel presente con alegría, y se apartó con todos los caciques y con Aguilar, el intérprete, a hablar, y les dijo que por aquello que traían se lo tenía en gracia; mas que una cosa les rogaba, que luego mandasen poblar aquel pueblo con toda su gente y mujeres e hijos. Lo otro que les mandó fue que dejasen sus ídolos y sacrificios, y respondieron que así lo harían; y les declaramos con Aguilar, lo mejor que Cortés pudo, las cosas tocantes a nuestra santa fe, y cómo éramos cristianos y adorábamos en un solo Dios verdadero. Se les mostró una imagen muy devota de Nuestra Señora con su hijo precioso en los brazos, y se les declaró que en aquella santa imagen reverenciamos, porque así está en el cielo y es madre de Nuestro Señor Dios.

Después les dijo cuál fue la causa porque nos dieron guerra, tres veces requeriéndoles con la paz. Respondieron que ya habían demandado perdón de ello y estaban perdonados, y que el cacique de Champotón, su hermano, se lo aconsejó y porque no les tuviesen por cobardes, que se lo reñían y deshonraban porque no nos dio guerra cuando la otra vez vino otro capitán con cuatro navíos (según parece decíanlo por Juan de Grijalva), y también el indio que teníamos por lengua, que se huyó una noche, se lo aconsejó, que se día y de noche nos diesen guerra.

También les preguntó de qué parte traían oro y aquella joyezuelas. Respondieron que hacía donde se pone el sol, y decían Culúa y Méjico, y como no sabíamos qué cosa era Méjico ni Culúa dejámoslo pasar por alto.

El mismo fraile, con nuestra lengua Aguilar, predicó a las veinte indias que nos presentaron muchas buenas cosas de nuestra santa fe, y que no creyesen en los ídolos que de antes creían, que era malos y no eran dioses, ni les sacrificasen, que las traían engañadas, y adorasen a Nuestro Señor Jesucristo. Luego se bautizaron, y se puso por nombre doña Marina a aquella india y señora que allí nos dieron, y verdaderamente era gran cacica e hija de grandes caciques y señora de vasallos, y bien se le parecía en su persona. Diré más adelante cómo y de qué manera fue allí traída.

Las otras mujeres no me acuerdo bien de sus nombres, y no hace el caso nombrar algunas; mas éstas fueron las primeras cristianas que hubo en la Nueva España, y Cortés las repartió a cada capitán la suya y a esta doña Marina, como era de buen parecer y entremetida y desenvuelta, dio a Alonso Hernández Puertocarrero, y cuando fue a Castilla estuvo la doña Marina con Cortés y hubo en ella un hijo que se dijo don Martín Cortés.

Antes que más meta la mano en lo del gran Montezuma y su gran Méjico y mejicanos, quiero decir lo de doña Marina, cómo desde su niñez fue gran señora y cacica de pueblos y vasallos. Es de esta manera: que su padre y madre eran señores y caciques de un pueblo que se dice Painla. Murió el padre quedando muy niña, y la madre se casó con otro cacique mancebo, y hubieron un hijo y según pareció, queríanlo bien al hijo que habían habido. Acordaron entre el padre y la madre darle el cacicazgo después de sus días, y porque en ello no hubiese estorbo, dieron de noche a la niña doña Marina a unos indios Xicalango, porque no fuese vista, y echaron fama que se había muerto. En aquella

sazón murió una hija de una india esclava suya, y publicaron que era la heredera; por manera que los de Xicalango la dieron a los de Tabasco, y los de Tabasco a Cortés.

Como doña Marina en todas las guerras de la Nueva España, Tlascala y Méjico fue tan excelente mujer y buena lengua, como adelante diré, la traía siempre Cortés consigo y la doña Marina tenía mucho ser y mandaba absolutamente entre los indios en toda la Nueva España.

CÓMO LLEGAMOS CON TODOS LOS NAVÍOS A SAN JUAN DE ULÚA

El Jueves Santo de la Cena de 1519, llegamos con toda la armada al puerto de San Juan de Ulúa. Otro día, que Viernes Santo de la Cruz, desembarcamos así caballos como artillería en unos montones y médanos de arena que allí hay altos, que no había tierra llana, sino todo arenales, y asestaron los tiros como mejor le pareció al artillero que se decía Mesa. También hicimos un altar, adonde se dijo luego misa.

Sábado víspera de Pascua de la Santa Resurrección, vinieron muchos indios que envió un principal que era gobernador de Montezuma, que se decía Pitalpitoque, y trajeron hachas y adobaron las chozas del capitán Cortés, y los ranchos que más cerca hallaron, y les pusieron mantas grandes encima por causa del sol, que hacía muy gran calor; y trajeron gallinas, pan de maíz y ciruelas, que era tiempo de ellas.

Otro día, Pascua Santa de Resurrección, vino el gobernador que habían dicho que se decía Teñidle, hombre de negocios, y trajo con él a Pitalpitoque, que también era persona entre ellos principal, y traían detrás de sí muchos indios con presentes y gallinas y legumbres. A éstos que los traían mandó Tendile que se apartasen un poco a un cabo, y con mucha humildad hizo tres

reverencias a Cortés a su usanza, y después a todos los soldados que más cerca nos hallamos.

Oída misa, comió Cortés y ciertos capitanes y los indios criados del gran Montezuma; y alzadas las mesas, se apartaron Cortés con las dos lenguas y con aquellos caciques, y les dijo cómo éramos cristianos y vasallos del mayor señor que hay en el mundo, que se dice el emperador don Carlos, y que tiene por vasallos y criados a muchos grandes señores, y que por su mandato venimos a estas tierras, porque hace muchos años que tiene noticias de ellos y del gran señor que les manda, y que le quiere tener por amigo y decirle muchas cosas en su real nombre, y que cuando las sepa y haya entendido, se holgará; y también para contratar con él y sus indios y vasallos de buena amistad; y que querría saber dónde manda su merced que se vean.

Tendile respondió algo soberbio, y dijo: “Aun ahora has llegado y ya le quieres hablar. Recibe ahora este presente que te damos en su nombre, y después me dirás lo que te cumpliere”. Luego sacó se una petaca que es como caja, muchas piezas de oro y de buenas labores y ricas, y mandó traer diez cargas de ropa blanca de algodón y de pluma, cosas muy de ver, y mucha comida, que era gallinas, fruta y pescado asado.

Luego Cortés mandó traer una silla de caderas con entalladuras de taracea y unas piedras margaritas, que tienen dentro de sí muchas labores, envueltas en unos algodones que tenían almizcle para que oliesen bien, y un sartal de diamantes torcidos, y una gorra de carmesí con medalla de oro de San Jorge, como que estaba a caballo con su lanza, que mata un dragón. Y dijo a Teñidle que luego enviase aquella silla en que se asiente el señor Montezuma.

Teñidle lo recibió y dijo que su señor Montezuma es tan gran señor que holgará de conocer a nuestro gran rey, y que le llevará presto aquel presente y traerá respuesta.

Parece ser que Tendile traía consigo grandes pintores, que los hay tales en Méjico, y mandó pintar al natural la cara, rostro, cuerpo y facciones de Cortés y de todos los capitanes y soldados, navíos, velas y caballos, y a doña marina y Aguilar, y hasta dos lebreles, y tiros y pelotas, y todo el ejército que traímos y lo llevó a su señor.

Parece ser que un soldado tenía un casco medio dorado, aunque mohoso; y viole Tendile, que era más entremetido indio que el otro, y dijo que lo quería ver, que se parecía a uno que ellos tenían que les habían dejado sus antepasados de donde venían, el cual tenían puesto a sus dioses Huichilobos, que su señor Montezuma se holgaría de verlo. Luego se lo dieron, y les dijo Cortés que porque quería saber si el oro de esta tierra es como lo que sacan en la nuestra de los ríos, que le envíen aquel casco lleno de granos de oro para enviarlo a nuestro gran emperador.

Ya ido Tendile alcanzamos a saber, que, después de ser indio de grandes negocios, fue el más suelto peón que su amo Montezuma tenía. El cual fue en posta y dio relación de todo a su señor, y le mostró todo el dibujo que llevó pintado, y el presente que le envió Cortés y dizque el gran Montezuma, desde que lo vio, quedó admirado y recibió por otra parte mucho contento, y cuando vio el casco y el que tenía su Huichilobos tuvo por cierto que éramos de los que le habían dicho sus antepasados que vendrían a señorear aquella tierra.

CÓMO TENDILE FUE A HABLAR A SU SEÑOR MONTEZUMA Y LLEVAR EL PRESENTE

Cuando fue Tendile con el presente que el capitán Cortés le dio para su señor Montezuma, había quedado en nuestro real el otro gobernador, que se decía Pitalpitoque, en unas chozas apar-

tado de nosotros, y allí trajeron indias para que hiciesen pan de su maíz, y gallinas y fruta y pescado, y de aquello proveían a Cortés y a los capitanes que comían con él, que a nosotros los soldados, si no lo mariscábamos o íbamos a pescar no lo teníamos.

Estando en esto vino Tendile una mañana con más de cien indios cargados; y venía con ellos un gran cacique mejicano, y en el rostro, facciones y cuerpos se parecía al capitán Cortés, y adrede le envió el gran Montezuma, porque según dijeron, cuando a Cortés le llevó Tendile dibujado con su misma figura, todos los principales que estaban con Montezuma dijeron que un principal, que se decía Quintalbor, se le parecía a lo propio a Cortés, que así se llamaba aquel gran cacique que venía con Teñidle; y como se parecía, así le llamábamos en el real, Cortés acá, Cortés acullá.

Después de haber dado el parabién venido a aquella tierra y otras muchas pláticas que pasaron, mandó sacar e presente que traían, encima de unas esteras que llaman petates, y tendidas otras mantas de algodón encima de ellas, y lo primero que dio fue una rueda de hechura de sol, de oro muy fino, que sería tamaño como una rueda de carreta, con muchas maneras de pinturas, gran obra de mirar, que valía, a lo que después dijeron que la habían pesado, sobre diez mil pesos; y otra mayor rueda de plata, figurada la luna, y con muchos resplandores y otras figuras en ella, y ésta era de gran peso, que valía mucho; y trajo el casco lleno de oro en granos chicos, como lo sacan de las minas, que valía tres mil pesos. Aquel oro del casco tuvimos en más, por saber cierto que había buenas minas, que si trajeran veinte mil pesos.

Trajo además veinte ánades de oro, muy prima labor y muy al natural, y unos como perros de los que entre ellos tienen, y muchas piezas de oro de tigres, leones y monos, y diez collares

hechos de una hechura muy prima, y otros pinjantes, y doce flechas y un arco con su cuerda, y dos varas como de justicia, de largor de cinco palmos, y todo esto que he dicho de oro muy fino y de obra vaciadiza.

Luego mandó traer penachos de oro y de ricas plumas verdes, y otras de plata, y aventadores de los mismo; pues venados de oro, sacados de vaciadizo, y fueron tantas cosas que como hace ya tantos años que pasó, no me acuerdo de todo. Luego mandó traer allí sobre treinta cargas de ropa de algodón, tan prima y de muchos géneros de labores, y de pluma de muchos colores, que por ser tantas no quiero en ello meter más la pluma porque no lo sabré escribir.

Desde que lo hubo dado, dijo aquel gran cacique Quintalbor a Cortés que reciba aquello con la gran voluntad que su señor se lo envía, y que lo reparta con los teúles y hombres que consigo trae. Y Cortés con alegría lo recibió.

Dijeron a Cortés aquellos embajadores que le querían hablar lo que su señor le envía a decir. Y lo primero que le dijeron, que se ha holgado que hombres tan esforzados vengan a su tierra, como le han dicho que somos, porque sabía lo de Tabasco, y que desea mucho ver a nuestro gran emperador, pues tan gran señor es, pues de tan lejanas tierras como venimos tiene noticia de él y que le enviará un presente de piedras ricas, y que entre tanto que allí en aquel puerto estuviéremos, si en algo nos puede servir que lo hará de buena voluntad. En cuanto a las vistas, que no curase de ellas, que había para qué, poniendo muchos inconvenientes.

Cortés les tornó a dar las gracias con buen semblante por ello, y con muchos halagos y ofrecimientos dio a cada gobernador dos camisas de Holanda, diamantes azules y otras cosillas; y les rogó que volviesen por embajadores a Méjico a decir a su señor, el gran Montezuma, que pues habíamos pasado tantas mares y

veníamos de tan lejanas tierra solamente por verle y hablar de su persona a la suya, que si así se volviese, no le recibirá de buena manera nuestro gran rey y señor, que a dondequiera estuviere le quiere ir a ver y hacer lo que mandare.

Fuéronse estos dos gobernadores y quedó el indio Pitalpitoque, que quedaba para traer comida. Aflojó de tal manera que no traía ninguna cosa al real, y teníamos gran falta de mantenimientos, porque ya el pan cazabe amargaba de mohoso y podrido y sucio de fótulas; y si no íbamos a mariscar no comíamos.

Estando de esta manera vuelve teñidle con muchos indios, y después de haber hecho el acato que suelen entre ellos de sahumar a Cortés y a todos nosotros, dio de diez cargas de mantas de pluma muy fina, y ricas, y cuatro chalchihuís, que son unas piedras verdes de muy gran valor, y tenidas entre ellos más que entre nosotros las esmeraldas, y ciertas piezas de oro, que dijeron que valía el oro sin los chalchihuís, tres mil pesos. Entonces vinieron Tendile y Pitalpitoque, porque el otro gran cacique que se decía Quintalbor, no volvió, porque había adolecido en el camino. Aquellos dos gobernadores se apartaron con Cortés y doña Marina y Aguilar, y le dijeron que su señor Montezuma recibió el presente, que se holgó con él, y que en cuanto a las vistas, que no le hablen más sobre ello; que aquellas ricas piedras de chalchihuís que las envía para el gran emperador porque son tan ricas que vale cada una de ellas una gran carga de oro, y que en más estima las tenía; y que ya no cure de enviar más mensajeros a Méjico.

Cortés les dio las gracias con ofrecimientos, y ciertamente le pesó que tan claramente le decía que no podríamos ver a Montezuma; y dijo a ciertos soldados que allí nos hallamos: “Verdaderamente debe ser gran señor y rico, y si Dios quiere, algún día le hemos de ir a ver”. Y respondimos los soldados: “Ya querríamos estar envueltos con él”.

Dejemos por ahora las vistas y digamos que en aquella sazón era hora del avemaría, y en el real tañaríamos una campana, y todos nos arrodillamos delante de una cruz que teníamos puesta en un médano de arena, y delante de aquella cruz decíamos la oración.

Cuando Tendile y Pitalpitoque nos vieron así arrodillados, como eran muy entendidos, preguntaron que a qué fin nos humillábamos delante de aquel palo hecho de aquella manera. Como Cortés lo oyó y el fraile de la Merced estaba presente, le dijo al fraile: “Bien es ahora, padre, que hay buena materia ara ello, que les demos a entender con nuestras lenguas las cosas tocantes a nuestra santa fe”.

Entonces se les hizo tan buen razonamiento para en tal tiempo que unos buenos teólogos no lo dijeran mejor.

CÓMO ALZAMOS A HERNANDO CORTÉS POR CAPITÁN GENERAL Y JUSTICIA MAYOR

En el real andaban los parientes y amigos de Diego Velásquez perturbando que no pasásemos adelante, y que desde allí, de San Juan de Ulúa, nos volviésemos a la isla de Cuba. Parece ser que ya Cortés tenía puesto en pláticas con Alonso Hernández Puertocarrero y con Pedro de Alvarado y sus cuatro hermanos, Jorge, Gonzalo, Gómez y Juan de Escalante y Francisco de Lugo, y conmigo y otros caballeros y capitanes, que le pidiésemos por capitán. Francisco de Montejo bien lo entendió, y estábase a la mira.

Una noche, a más de medianoche, vinieron a mi choza Alonso Hernández Puertocarrero, Juan de Escalante y Francisco de Lugo, que éramos algo deudos yo y el Lugo, y de una tierra, y me dijeron: “¡Ah, señor Bernal Díaz del Castillo! Salid acá con

vuestras armas a rondar. Acompañaremos a Cortés que anda rondando".

Cuando estuve apartado de la choza, me dijeron: "Mirad, señor, tened secreto de un poco que os queremos decir, que pesa mucho, y no entiendan los compañeros que están en vuestro rancho, que son de la parte de Diego Velásquez". Y lo que me platicaron fue: "¿Paréceos señor, bien, que Hernando Cortés así nos haya traído engañados a todos, y dio pregones en Cuba que venía a poblar, y ahora hemos sabido que no trae poder para ello, sino para rescatar, y quieren que nos volvamos a Santiago de Cuba con todo el oro que se ha habido, y quedaremos todos perdidos, y se tomará el oro Diego Velásquez como la otra vez? Mirad, señor, que habéis venido ya tres veces con esta postrera, gastando vuestros haberes, y habéis quedado empeñado, aventurando tantas veces la vida con tantas heridas. Hacémoslo, señor, saber porque no pase esto más adelante; y estamos muchos caballeros que sabemos que son amigos de vuestra merced para que esta tierra se pueble en nombre de Su Majestad, y Hernando Cortés en su real nombre, y entendiendo que tengamos posibilidad, hacerlo saber en Castilla a nuestro rey y señor. Y tenga, señor, cuidado de dar el voto para que todos le elijamos por capitán de unánime voluntad, porque es servicio de Dios y de nuestro rey y señor".

Yo respondí que la idea de Cuba no era buen acuerdo, y que sería bien que la tierra se poblase y que eligiésemos a Cortés por general y justicia mayor hasta que Su Majestad otra cosa mandase.

Andando de soldado en soldado este concierto, alcánzanlo a saber los deudos y amigos de Diego Velásquez, que eran muchos más que nosotros, y con palabras algo sobradas dijeron a Cortés que para qué andaba con mañas para quedarse en esta tierra sin ir a dar cuenta a quien le envió para ser capitán, porque

Diego Velásquez no se lo tendría a bien. Que luego nos fuésemos a embarcar y que no curase de más rodeos y andar en secretos con los soldados, pues no tenía bastimentos, ni gente, ni posibilidad para que pudiese poblar.

Cortés respondió sin mostrar enojo, y dijo que le placía, que no iría contra las instrucciones y memorias que traía de Diego Velásquez; y mandó luego pregonar que para otro día nos embarcásemos, cada uno en el navío que había venido.

Los que habíamos sido en el concierto le respondimos que no era bien traernos así engañados; que en Cuba pregonó que venía a poblar y que viene a rescatar, y le requerimos de parte de Dios Nuestro Señor y de Su Majestad que luego poblase y no hiciese otra cosa, porque era muy gran bien y servicio de Dios y de Su Majestad.

Por manera que Cortés lo aceptó, aunque se hacía mucho de rogar y como dice el refrán, tú me lo ruegas y yo me lo quiero; y fue con condición que le hiciésemos justicia mayor y capitán general, y lo peor de todo, que le otorgamos que le diésemos el quinto del oro de lo que se hubiese, después de sacado el real quinto. Luego le dimos poderes muy bastantísimos delante de un escribano del rey que se decía Diego de Godoy para todo lo por mí aquí dicho. Luego ordenamos hacer fundar y poblar una villa que se nombró la Villa Rica de la Vera Cruz, y fundada la villa, hicimos alcaldes y regidores; y fueron los primeros alcaldes, Alonso Hernández Puertocarrero y Francisco de Montejo. A este Montejo, porque no estaba muy bien con Cortés por meterle en los primeros y principal, le mandó nombrar por alcalde. Se puso una picota en la plaza y fuera de la villa una horca.

CÓMO FUE ACORDADO ENVIAR A PEDRO DE ALVARADO LA TIERRA ADENTRO A BUSCAR MAÍZ Y BASTIMENTO

Acordamos que fuese Pedro de Alvarado la tierra adentro a unos pueblos que teníamos noticia que estaban cerca, para que viese qué tierra era, y para traer maíz y algún bastimento, porque en el real pasábamos mucha necesidad.

Llegado Pedro de Alvarado a los pueblos, todos estaban despoblados de aquel mismo día, y halló sacrificados en unos cúes hombres y muchachos, y las paredes y altares de sus ídolos con sangre, y los corazones presentados a los ídolos; también hallaron las piedras sobre las que sacrificaban, y los cuchillos de pedernal con que los abrían por los pechos para sacarles los corazones. Dijo Pedro de Alvarado que habían hallado todos los más de aquellos cuerpos muertos sin brazos y piernas, y que dijeron otros indios que los habían llevado para comer. Nuestros soldados se admiraron mucho de tantas crueldades.

Dejemos de hablar de tanto sacrificio, pues de allí adelante en cada pueblo no hallábamos otra cosa, y volvamos a Pedro de Alvarado, que aquellos pueblos los halló muy abastecidos de comida y despoblados de aquel día de indios, que no pudo hallar sino dos indios que le trajeron maíz; y así hubo de cargar cada soldado de gallinas y otras legumbres, y volvióse al real sin hacerles más daño, aunque halló bien en qué, porque así se lo mandó Cortés, que no fuese como en lo de Cozumel.

En el real nos holgamos con aquel poco bastimento que trajo, porque todos los males y trabajos se pasan con el comer. Otro día caminamos la tierra hacia el poniente y dejamos la costa. Estando en esto vimos venir doce indios, que eran vecinos de las estancias donde habíamos dormido y venían de hablar a su cacique, y traían gallinas y pan de maíz. Dijeron a Cortés, con nues-

tras lenguas, que su señor envía aquellas gallinas, que comiésemos, y nos rogaba fuésemos a su pueblo, que estaba de allí, a lo que señalaron, andadura de un día.

Dormimos en aquel poblezuelo donde nos aposentaron los doce indios que he dicho, y después de bien informados del camino que habíamos de llevar para ir al pueblo, que estaba en el peñón, muy de mañana se lo hicimos saber a los caciques de Cempoal cómo íbamos a su pueblo, y que lo tuviesen por bien.

Ya que estábamos cerca de él salieron veinte indios principales a recibirnos de parte del cacique, y trajeron unas piñas de rosas de la tierra muy olorosas, y dieron a Cortés y a los de a caballo con gran amor, y le dijeron que su señor nos estaba esperando en los aposentos, y por ser hombre muy gordo y pesado no podía venir a recibirnos.

Cortés les dio las gracias y se fueron adelante. Ya que íbamos entrando entre las casas, desde que vimos tan gran pueblo, y no habíamos visto otro mayor, nos admiramos mucho de ello; y como estaba tan vicioso, y hecho un vergel y tan poblado de hombres y mujeres, las calles llenas, que nos salían a ver, dábamos muchos loores a Dios que tales tierras habíamos descubierto.

Llegamos a los aposentos y el cacique gordo nos salió a recibir junto al patio, que porque era muy gordo así lo nombraré, e hizo muy gran reverencia a Cortés y le sahumó, que así lo tenían por costumbre, y Cortés le abrazó.

Allí nos aposentaron en unos aposentos harto buenos y grandes, que cabíamos todos, y nos dieron de comer y pusieron unos cestos de ciruelas, que había muchas porque era tiempo de ellas, y pan de maíz. Como veníamos hambrientos y no habíamos visto otro bastimento como entonces, pusimos nombre a aquel pueblo Villaviciosa, y otros le nombraron Sevilla.

Mandó Cortés que ningún soldados les hiciese enojo ni se apartase de aquella plaza; y desde que el cacique gordo supo que habíamos comido le envió a decir a Cortés que le quería ir a ver; y vino con buena copia de indios principales, y todos traían grandes bezotes de oro y ricas mantas.

Cortés también le salió al encuentro del aposento, y con grandes caricias y abrazos le tornó a abrazar. Luego mandó el cacique gordo que trajesen un presente que tenía aparejado de cosas de joyas de oro y mantas, aunque no fue mucho, sino de poco valor, y le dijo a Cortés: "Lope luzio, Lope luzio, recibe esto de buena voluntad"; y que si mañas tuviera que se lo diera.

Otro día e mañana salimos de Cempoal, y tenían aparejados sobre cuatrocientos indios de carga, que en aquellas partes llaman tememes, que llevan dos arrobas de peso a cuestas y caminan con ellas cinco leguas. Y cuando vimos tanto indio para carga nos holgamos porque de antes siempre traíamos a cuestas nuestras mochilas.

CÓMO ENTRAMOS EN QUIAHUIZTLÁN

Otro día, a hora de las diez, llegamos al pueblo fuerte que se dice Quiahuiztlán, que está entre grandes peñacos y muy altas cuestas, y si hubiera resistencia era malo de tomar. Yendo con buen concierto y ordenanza, creyendo que estuviese de guerra, iba la artillería delante y todos subíamos a aquella fortaleza de manera que si algo aconteciera, hacer lo que éramos obligados.

Hasta la mitad del pueblo no hallamos indio ninguno con quien hablar, de lo cual nos maravillamos, que se habían ido huyendo de miedo aquel propio día desde que nos vieron subir a sus casas. Estando en lo más alto de la fortaleza, en una plaza junto a donde tenían los cúes y casas grandes de sus ídolos, vi-

mos estar quince indios con buenas mantas, y cada uno un brasero de barro y en ellos de su incienso.

Vinieron donde Cortés estaba, y le sahumaron ya los soldados que cerca de ellos estábamos, y con grandes reverencias le dicen que les perdones que no han salido a recibirnos, que fuésemos bien venidos y que reposásemos.

Estando en estas pláticas vinieron luego a decir a Cortés que venía el cacique gordo de Cempoal en andas y a cuestas de muchos indios principales. Y desde que llegó el cacique estuvo hablando con Cortés juntamente con el cacique y otros principales de aquel pueblo, dando tantas quejas de Montezuma, y contaba de sus grandes poderes, y decíalo con lágrimas y suspiros, que Cortés y los que estábamos presentes tuvimos lástima. Además de contar por qué vía les había sujetado, que cada año les demandaban muchos hijos e hijas para sacrificar, y otros para servir en sus casas y sementeras y otras muchas quejas que fueron tantas, que ya no se me acuerda; y que los recaudadores de Montezuma les tomaban sus mujeres e hijas, si eran hermosas, y las forzaban; y que otro tanto hacían en toda aquella tierra de la lengua totonaque, que eran más de treinta pueblos.

Estando en estas pláticas vinieron unos indios del mismo pueblo muy de prisa a decir a todos los caciques que allí estaban hablando con Cortés cómo venían cinco mejicanos que eran los recaudadores de Montezuma; y desde que lo oyeron se les perdió la color y temblaban de miedo. Dejan solo a Cortés y los salen a recibir; y de presto les enraman una sala y les guisan de comer y les hacen mucho cacao que es la mejor cosa que entre ellos beben.

Estando en esto, Cortés preguntó a doña Marina y a Jerónimo de Aguilar, nuestras lenguas, que de qué estaban alborotados los caciques desde que vinieron aquellos indios, y quién eran. Y doña Marina, que muy bien lo entendió, se lo contó lo que pasa-

ba. Luego Cortés mandó llamar al cacique gordo y a todos los más principales, y les dijo que quién eran aquellos indios, que les hacían tanta fiesta; y dijeron que los recaudadores del gran Montezuma, y que vienen a ver por qué causa nos habían recibido sin licencia de su señor, y que les demandaban ahora veinte indios e indias para sacrificar a su dios Huichilobos porque les dé la victoria contra nosotros, porque han dicho que dice Montezuma que los quiere tomar para que sean esclavos. Cortés les consoló, y que no tuviesen miedo que él estaba allí con todos nosotros y que los castigaría.

CÓMO CÓRTES MANDÓ QUE PRENDIESEN AQUELLOS CINCO RECAUDADORES DE MONTEZUMA

Cuando los caciques lo oyeron, estaban espantados de tal osadía, mandar que los mensajeros del gran Montezuma fuesen maltratados. Y todavía Cortés los convocó para que luego los echasen en prisiones, y así lo hicieron.

Además de esto mandó Cortés a todos los cacique que no le diesen más tributo ni obediencia a Montezuma, y que así lo publicasen en todos los pueblos de aquella provincia.

A medianoche mandó llamar Cortés a los mismos nuestros soldados que los guardaban y les dijo: “Mirad que soltéis dos de ellos, los más diligentes que os parecieren, de manera que lo sientan los indios de estos pueblos”, y que se los llevasen a su aposento. Después que los tuvo delante les preguntó con nuestras lenguas que por qué estaban presos y de qué tierra eran, como haciendo que nos los conocía. Y respondieron que los caciques de Cempoal y de aquel pueblo, con su favor y el nuestro los prendieron.

Cortés respondió que él no sabía nada, y que le pesaba de ello, les mandó dar de comer y les dijo palabras de muchos halagos y que se fuesen luego a decir a su señor Montezuma cómo éramos todos nosotros sus grandes amigos y servidores.

Los dos prisioneros respondieron que se lo tenían en merced y que tenían miedo que los tornarían a las manos, porque por fuerza han de pasar por sus tierras. Luego mandó Cortés a seis hombres de la mar que esa noche los llevasen en un batel obra de cuatro leguas de allí, hasta sacarlos a tierra segura, fuera de los términos de Cempoal. Cuando amaneció y los caciques de aquel pueblo y el cacique gordo hallaron de menos los dos prisioneros, querían muy de hecho sacrificar los otros tres que quedaban, si Cortés no se los quitara de su poder. Hizo del enojado porque se habían huido los otros dos, y mandó traer una cadena del navío y echólos en ella, y luego los mandó llevar a los navíos y dijo que él los quería guardar, pues tan mal cobro pusieron en los demás. Desde que los hubieron llevado les mandó quitar las cadenas, y con buenas palabras les dijo que presto los enviaría a Méjico.

CÓMO ACORDAMOS POBLAR LA VILLA RICA DE LA VERACRUZ

Después que hubimos hecho liga y amistad con más de treinta pueblos de las sierras que se decían los totonaques, que entonces se rebelaron al gran Montezuma y dieron la obediencia a Su Majestad y se profirieron de servirnos, con aquella ayuda tan presta acordamos de fundar la Villa Rica de la Veracruz en unos llanos media legua del pueblo que estaba como en fortaleza, que se dice Quiahuiztlán; y trazada iglesia y plaza y ataraznas, cubos, y barbacanas, dimos tanta prisa, que desde Cortés, que comenzó el primero a sacar tierra a cuestas y piedras y ahondar los

cimientos, como todos los capitanes y soldados, a la continua entendíamos en ello, y trabajábamos para acabarla de presto.

Estando en esto, parece ser que el gran Montezuma tuvo noticia en Méjico de cómo habían por esos sus recaudadores y que le habían quitado la obediencia y cómo estaban rebelados los pueblos totonaques. Mostró tener mucho enojo de Cortés y de todos nosotros, y tenía ya mandado a un gran ejército de guerreros que viniesen a dar guerra a los pueblos que se le rebelaron, y que no quedase ninguno de ellos con vida, y contra nosotros aparejaba de venir con gran pujanza de capitanías.

En aquel instante van los dos indios prisioneros que Cortés mandó soltar, y desde que Montezuma entendió que Cortés les quitó de las prisiones y los envió a Méjico, y las palabras de ofrecimientos que le envió a decir, quiso Nuestro Señor Dios, que amansó su ira y acordó enviar a saber de nosotros qué voluntad teníamos; y para ello vinieron dos mancebos sobrinos suyos, con cuatro viejos, grandes caciques, que los traían a cargo, y con ellos envió un presente de oro y mantas y a dar las gracias a Cortés porque le soltó a sus criados.

Estando en aquella villa sin tener en qué entender más de acabar de hacer la fortaleza, dijimos a Cortés todos los soldados que se quedase aquello que estaba hecho en ella para memoria pues estaba ya para enmaderar. Que hacía ya más de tres meses que estábamos en aquella tierra; que sería buenos ir a ver qué cosa era el gran Montezuma y buscar la vida y nuestra ventura; y que antes que nos metiésemos en camino, que enviásemos a besar los pies a Su Majestad y a darle cuenta y relación de todo lo acaecido desde que salimos de la isla de Cuba. También se puso en plática que enviásemos a Su Majestad todo el oro que se había habido, así rescatado, como los presentes que nos envió Montezuma.

Respondió Cortés que era muy bien acordado, que ya lo había él puesto en plática con ciertos caballeros.

Luego se nombraron hará procuradores que fuesen a Castilla a Alonso Hernández Puertocarrero y a Francisco de Montejo, porque ya Cortés le había dado sobre dos mil pesos por tenerle de su parte; y se mandó apercibir el mejor navío de toda la flota, y con dos pilotos, que fue uno Antón de Alaminos, que sabía cómo habían de desembocar por el canal de Bahama, porque él fue el primero que navegó por aquel canal; y también apercibimos quince marineros, y se les dio todo recaudo de matalotaje.

Esto apercibido, acordamos escribir y hacer saber a Su Majestad todo lo acaecido. Cortés escribió por sí, según él nos dijo, con recta relación, mas no vimos su carta; y el cabildo escribió juntamente con diez soldados de los que fuimos en que se poblase la tierra y le alzamos a Cortés por general, con toda verdad, que no faltó cosa ninguna en la carta; e iba yo firmado en ella; y demás de estas cartas y relaciones, todos los capitanes y soldados juntamente escribimos otra carta y relación.

CÓMO ACORDAMOS IR A MÉJICO Y ANTES DAR CON LOS NAVÍOS AL TRAVÉS

Estando en Cempoal platicando con Cortés en las cosas de la guerra y camino que teníamos por delante, de plática en plática, le aconsejamos los que éramos sus amigos, y otros hubo contrarios, que no dejase navío ninguno en el puerto, sino que luego diese al través con todos y no quedasen embarazos, porque entretanto que estábamos en la tierra adentro no se alzasen otras personas, como los pasados; y además de esto, que tendríamos mucha ayuda de los maestres, pilotos y marineros, que serían al

pie de cien personas, y que mejor nos ayudarían a velar y a guerrear que no estar en el puerto.

Según entendí, esta plática de dar con los navíos al través que allí le propusimos, el mismo Cortés lo tenía ya concertado, sino que quiso que saliese de nosotros, porque si algo le demandasen que pague los navíos, que era por nuestro consejo y todos fuésemos en pagarlos.

Luego mandó a Juan de Escalante, que era alguacil mayor y persona de mucho valor, gran amigo de Cortés y enemigo de Diego Velásquez porque en la isla de Cuba no le dio buenos indios, que luego fuese a la villa, y que de todos los navíos se sacasen todas las anclas, cables, velas y lo que dentro tenían de que se pudiesen aprovechar, y que se diese con ellos al través, que no quedasen más de los bateles; que los pilotos y maestres viejos y marineros que no eran para ir a la guerra se quedasen en la villa, y con dos chinchorros que tuviesen cargo de pescar, que en aquel puerto siempre había pescado, aunque no mucho.

Juan de Escalante los hizo según y de la manera que le fue mandado, y luego se vino a Cempoal, con una capitanía de hombres dela mar que fueron los que sacó de los navíos, y salieron algunos de ellos muy buenos soldados.

Después de haber dado con los navíos al través, una mañana después de haber oído misa, estando que estábamos todos los capitanes y soldados juntos, hablando con Cortés en cosas de lo militar, dijo que nos pedía por merced que le oyésemos y propuso un razonamiento de esta manera: Que ya habíamos entendido, la jornada que íbamos y que, mediante Nuestro Señor Jesucristo, habíamos de vencer todas las batallas y encuentros; y que habíamos de estar prestos para ello como convenía, porque en cualquier parte donde fuésemos desbaratados, lo cual Dios no permitiese, no podríamos alzar cabeza por ser muy pocos; y que no teníamos otro socorro ni ayuda sino el de Dios, porque ya no

teníamos otro socorro ni ayuda sino el de Dios, porque ya no teníamos navíos para ir a Cuba, salvo nuestro buen pelear y corazones fuertes; y sobre ello dijo otras muchas comparaciones de hechos heroicos de los romanos. Todos a una le respondimos que haríamos lo que ordenase, que echada estaba la suerte de la buena ventura, como dijo Julio César sobre el Rubicón, pues era todos nuestros servicios para servir a Dios y a Su Majestad.

CÓMO ORDENAMOS IR A LA CIUDAD DE MÉJICO

Después de bien considerada la partida para Méjico, tomamos consejo sobre el camino que habíamos de llevar, y fue acordado por los principales de Cempoal que el mejor y más conveniente camino era por la provincia de Tlascala, porque eran sus amigos y mortales enemigos de los mejicanos.

Enviamos dos mejicanos principales de los de Cempoal de Tlascala con una carta y un chapeo vedejudo de Flandes, colorado, que se usaban entonces; aunque la carta bien entendimos que no la sabrían leer, sino que como viesen el papel diferenciado de lo suyo, conocerían que era de mensajería.

Como la buena ventura, encomendándonos a Dios, partimos otro día para Tlascala; y yendo por nuestro camino, vinieron nuestros dos mensajeros que tenían presos, que parece ser que como andaban revueltos en la guerra, los indios que tenían a cargo y guarda se descuidaron y soltaron de las prisiones; y vinieron tan medrosos de lo que habían visto y oído, que no lo acercaban a decir, porque según dijeron, cuando estaban presos les amenazaban y les decían: “Ahora hemos de matar a esos que llamáis teúles y comer sus carnes, y veremos si son tan esforzados como publicáis; y también comeremos vuestras carnes, pues venís con traiciones y con embustes de aquel gran traidor de

Montezuma". Y por más que les decían los mensajeros que estábamos contra los mejicanos y que a todos los tlascaltecas los queremos tener por hermanos, no aprovechaban nasa sus razones.

Y desde que Cortés y todos nosotros entendimos aquellas soberbias palabras y cómo estaban en guerra, aunque nos dio bien qué pensar en ello, dijimos todos: "Pues que así es, adelante en buena hora".

DE LAS GUERRAS Y BATALLAS MUY PELIGROSAS QUE TUVIMOS CON LOS TLASCALTECAS

Otro día partimos de allí muy concertados todos nuestros escuadrones, y los de a caballo muy avisados cómo habían de entrar rompiendo, y salir, y en todo caso procurar que no nos rompiesen ni nos apartásemos unos de otros. Yendo así, vienense a encontrar con nosotros dos escuadrones de guerreros, que habría seis mil, con grandes gritas y tambores y trompetillas y flechando y tirando varas y haciendo como fuertes guerreros. Cortés mandó que estuviésemos que dos, y con tres prisioneros que les habíamos tomado les enviamos a decir y a requerir no diesen guerra, que les queremos tener por hermanos; y dijo a uno de nuestros soldados, que era escribano de Su Majestad, que mirase lo que pasaba y diese testimonio de ello si se hubiese menester, porque en algún tiempo no nos demandasen las muertes y daños que se recreciesen, pues le requeríamos con la paz.

Como les hablaron los tres prisioneros que les enviamos, mostráronse muchos más recios, y nos daban tanta guerra que no les podíamos sufrir. entonces dijo Cortés: "¡Santiago, y a ellos!" Y de hecho arremetimos de manera que les matamos y herimos muchas de sus gentes con los tiros, y entre ellos a tres capitanes.

Y van se retrayendo hacia unos arcabuezos donde estaban en celada sobre más de cuarenta mil guerreros con su capitán general, que se decía Xicotenga, y con sus divisas de blanco y colorado, porque aquella divisa y librea era la de aquel Xicotenga.

Andando en estas batallas, nos cercan por todas partes, que no nos podíamos valer poco ni mucho, que no osábamos arremeter a ellos si no era todos juntos, porque no nos desconcertasen y rompiesen, y si arremetíamos hallábamos sobre veinte escuadrones sobre nosotros que nos resistían; y estaban nuestras vidas en mucho peligro, porque eran tantos guerreros que a puñadas de tierra nos cegaran, sino que la gran misericordia de Dios nos socorría y nos guardaba.

Andando en estas prisas, entre aquellos grandes guerreros y sus poderosos montantes, parece ser que acordaron muchos de ellos, de mayores fuerzas, para tomar a manos algún caballo y lo pusieron por obra arremetiendo, y echan mano a una muy buena yegua y bien revuelta, de juego y de carrera y al caballero que en ella iba, buen jinete, que se decía Pedro de Morón, como entró rompiendo con otros tres de a caballo entre los escuadrones de los contrarios, porque así les era mandado, porque se ayudasen unos a otros; échanle mano de la lanza, que no la pudo sacar y otros le dan de cuchilladas con los montantes y le hirieron malamente, y entonces dieron una cuchillada a la yegua que le cortaron el pescuezo redondo y colgado del pellejo allí quedó muerta. Como aquello pasó se comenzaron a retirar y llevaron la yegua, la cual hicieron pedazos para mostrar en todos los pueblos de Tlascala. Y después supimos que habían ofrecido a sus ídolos las herraduras y el chapeo de Flandes y las cartas que les enviamos para que viniesen de paz.

DE LA GRAN BATALLA QUE HUBIMOS CON EL PODER DE TLASCALA

Otro día de mañana que fue cinco de setiembre pusimos los caballos en concierto, que no quedó ninguno de los heridos que allí no saliesen para hacer cuerpo y ayudasen lo que pudiesen; y apercibidos los ballesteros que con gran concierto gastasen el almacén, unos armando, otros soltando, y los escopeteros por el consiguiente, y los de espada y rodela con la estocada o cuchillada que diésemos que pasasen las entrañas porque no se osasen juntar tanto como la otra vez; y la artillería bien apercibida iba.

No habíamos andado medio cuarto de legua cuando vimos asomar los campos llenos de guerreros con grandes penachos y sus divisas y mucho ruido de trompetillas y bocinas. Aquí había bien que escribir y ponerlo en relación lo que en esta peligrosa y dudosa batalla pasamos, porque nos cercaron por todas partes tantos guerreros, que se podría comparar como si hubiese unos grandes prados de dos leguas de ancho y otras tantas de largo y en medio de ellos cuatrocientos hombres. Así era: todos los campos llenos de ellos y nosotros obra de cuatrocientos , muchos heridos y dolientes. Y supimos cierto que esta vez venían con pensamiento que no habían de dejar ninguno de nosotros con vida.

Pues comenzaron a romper con nosotros, ¡qué granizo de piedras de los honderos! Pues flecheros, todo el suelo hecho parva de varas tostadas de a dos gajos, que pasan cualquier arma y las entrañas adonde no hay defensa; y los de espada y rodela y de otras mayores que espadas, como montantes, y lanzas ¡qué prisa nos daban y con qué braveza se juntaban con nosotros y con qué grandísimas gritas y alaridos! Nosotros nos ayudábamos con tan gran concierto con nuestra artillería y escopetas y balles-

tas, que les hacíamos apartar, y no se juntaban tanto como la otra vez pasada. Los de a caballo estaban tan diestros y hacínalo tan varonilmente que después de Dios que es el que nos guardaba ellos fueron fortaleza.

Una cosa nos daba la vida, y era que como eran muchos y estaban amontonados, los tiros les hacían mucho mal, y además de esto no se sabían capitanear, porque no podían allegar todos los capitanes con sus gentes; y a lo que supimos, desde la otra batalla pasada habían tenido pendencias y rencillas entre el capitán Xicotenga con otro capitán hijo de Chichimecatecle, sobre que decía un capitán al otro que no lo había hecho bien en la batalla pasada. De manera que en esta batalla no quiso ayudar con su gente Chichimecatecle a Xicotenga; antes supimos muy ciertamente que convocó a la capitanía de Huexocingo que no pelease. Además de esto, desde la batalla pasada temían los caballos, tiros, espadas y ballestas, y nuestro buen pelear, y sobre todo, la gran misericordia de Dios que nos daba esfuerzo para sustentarnos.

Allí nos mataron un soldado e hirieron más de sesenta, y también hirieron a todos los caballos. A mí me dieron dos heridas, la una en la cabeza, de pedrada, y otra en el muslo, de un flechazo; mas no eran para dejar de pelear y velar y ayudar a nuestros soldados; y asimismo lo hacían todos los soldados que estaban heridos, que si no eran muy peligrosas las heridas habíamos de pelear y velar con ellas, porque de otra manera pocos quedaron que estuviesen sin heridas. Luego nos fuimos a nuestro real muy contentos y dando muchas gracias a Dios, y enterramos el muerto en una de aquellas casas que tenían hechos en los subterráneos, porque no lo viesen los indios que éramos mortales, sino que creyesen que éramos teúles, como ellos decían; y derrocamos mucha tierra encima de la casa porque no oliesen los cuerpos, y se curaron todos los heridos. ¡Oh qué mal refrige-

rio teníamos, que aun aceite para curar ni sal había! Otra falta teníamos, y grande, que era ropa para abrigarnos, que venía un viento tan frío de la sierra nevada, que nos hacía tiritar, porque las lanzas, escopetas y ballestas mal nos cobijaban.

CÓMO OTRO DÍA ENVIAMOS MENSAJEROS A LOS CACIQUES DE TLASCALA

Después de pasada la batalla y prendidos en ella los tres indios principales, envióles luego nuestro capitán Cortés juntamente con los dos que estaban en nuestro real, que habían ido otras veces por mensajeros, y les mandó que dijesen a los caciques de Tlascala que les rogábamos que luego vengan de paz y que nos den pasada por su tierra para ir a Méjico, como otras veces les hemos enviado decir, y que si ahora no vienen les mataremos todas sus gentes.

Como llegaron a Tlascala los mensajeros que enviamos a tratar de las paces, les hallaron que estaban en consulta los dos más principales caciques, que se decían Maseescasi y Xicotenga el Viejo, padre del capitán general, otras veces por mí memorado.

Desde que les oyeron su embajada estuvieron suspensos un rato, que no hablaron, y quiso Dios que inspiró en sus pensamientos que hiciesen paces con nosotros.

Luego enviaron a llamar a todos los más caciques y capitanes que había en sus poblaciones. Y a todos, juntos en aquel pueblo que estaban, que era cabecera, les hizo Maseescasi y el viejo Xicotenga, que era bien entendidos un razonamiento, casi fue de esta manera, según después se entendió, aunque no las palabras formales: “Ya nuestros tacalnaguas, adivinos y papas nos han dicho lo que sienten de las personas de estos teúles, y que son esforzados. Lo que me parece es que procuremos tener amistad

con ellos, y si no fueren hombres, sino teúles, de una manera o de otra les hagamos buena compañía; y luego vayan cuatro de nuestros principales y les lleven muy bien de comer; y mostrémosles amor y paz, porque nos ayuden y defiendan de nuestros enemigos, y traigámosles aquí luego con nosotros, y démosles mujeres para que de su generación tengamos parientes pues, según dicen los embajadores que nos envían a tratar las paces, traen mujeres entre ellos".

Cuando oyeron este razonamiento todos los caciques y principales, les pareció bien y dijeron que era cosa acertada; que luego vayan a entender en las paces, y que se le envíe a hacer saber a su capitán Xicotenga y a los demás capitanes que consigo tiene para que luego se vengan sin dar más guerras, y les digan que ya tenemos hechas las paces; y enviaron luego mensajeros sobre ello.

El capitán Xicotenga el Mozo no quiso escuchar a los cuatro principales, mostró tener enojo y los trató mal de palabras, y que no estaba por las paces. Dijo que ya había muerto muchos teúles, y la yegua, y que él quería dar otra noche sobre nosotros y acabarnos de vences y matar.

La cual respuesta, cuando la oyó su padre Xicotenga el Viejo, y Maseescasi y los demás caciques, se enojaron de manera que luego enviaron a mandar a los capitanes y a todo su ejército que no fuesen con Xicotenga a darnos guerra, ni en tal caso le obedeciesen en cosa que les mandasen, si no fuese para hacer paces; y tampoco lo quiso obedecer.

CÓMO EL CAPITÁN XICOTENGA TENÍA APERCIBIDO VEINTE MIL GUERREROS ESCOGIDOS PARA DAR EN NUESTRO REAL

Como Maseescasi y Xicotenga el Viejo, y todos los demás caciques de la cabecera de Tlascala, enviaron cuatro veces a decir a su capitán que no nos diese guerra, sino que nos fuese a hablar de paz, pues estaba cerca nuestro real, y mandaron a los demás capitanes que con él estaban que no les siguiesen, si no fuese para con él estaban que no les siguiesen, si no fuese para acompañarle si nos iba a ver de paz, y como Xicotenga era de mala condición, porfiado y soberbio, acordó enviarnos cuarenta indios con comida de gallina, pan y fruta, y cuatro mujeres indias viejas y de ruin manera, y mucho copal y plumas de papagayos, y los indios que lo traían al parecer creíamos que venían en paz.

Llegados a nuestro real sahumaron a Cortés, y sin hacer acato, como suelen entre ellos, dijeron: "Esto os envía el capitán Xicotenga que comáis. Si sois teúles bravos, como dicen los de Cempoal, y queréis sacrificios, tomad esas cuatro mujeres que sacrifiquéis, y podéis comer de sus carnes y corazones; y porque no sabemos de qué manera lo hacéis, por eso no las hemos sacrificado ahora delante de vosotros. Si sois hombres comed de estas gallinas y pan y fruta. Si sois teúles mansos, ahí os traemos copal y plumas de papagayo. Haced vuestro sacrificio con ello".

Cortés respondió con nuestras lenguas, que y les había enviado decir que quiere paz y que no venía a dar guerra, y les envía a rogar y manifestar de parte de Nuestro Señor Jesucristo, que es Él en quien creemos y adoramos, y del emperador don Carlos, cuyos vasallos somos, que no maten ni sacrifiquen a ninguna persona, como lo suelen hacer. que todos somos hombres de hueso y de carne como ello, y no teúles sino cristianos, y que no tenemos por costumbre matar a ninguno.

Parece ser que aquellos indios que envió Xicotenga con la comida eran espías para mirar nuestras chozas, ranchos, caballos y artillería, y cuántos estábamos en cada choza, entradas y salidas, y todo lo que en nuestro real había.

Para saber la verdad Cortés mandó apartar dos de los tlascaltecas que parecían más hombres de bien, y confesaron que eran espías; y tomáronse otros dos y dijeron que eran asimismo espías de Xicotenga, y todos al fin que venían. Cortés los mandó soltar, y tomáronse otros dos y ni más ni menos; y además dijeron que estaba su capitán Xicotenga aguardando la respuesta para dar aquella noche con todas sus capitanías en nosotros.

Como Cortés lo hubo entendido, lo hizo saber en todo el real para que estuviésemos muy alerta, creyendo que habían de venir como lo tenían concertado. Y mandó prender hasta diez y siete indios de aquellos espías, y de ellos se cortaron las manos, y a otros los dedos pulgares, y los enviaron a su señor Xicotenga; y se les dijo que por el atrevimiento de venir de aquella manera se les ha hecho ahora aquel castigo; y que digan que vengan cuando quisieren, de día y de noche, que allí le aguardaríamos dos días, y que si dentro de los dos días no viniese, le iríamos a buscar a su real; y que ya hubiéramos ido a darles guerra y matarles si no es porque les queremos mucho y que no sean más locos y vengan de paz.

CÓMO VINIERON A NUESTRO REAL EMBAJADORES DE MONTEZUMA

Como Nuestro Señor Dios, por su gran misericordia, fue servido darnos victoria en aquellas batallas de Tlascala, voló nuestra fama por todas aquellas comarcas y fue a oídos del gran Montezuma a la gran ciudad de Méjico; y si de antes nos tenían

por teúles, de ahí adelante nos tenían en muy mayor reputación y por fuertes guerreros; y puso espanto en toda la tierra cómo siendo nosotros tan pocos y los tlascaltecas de muy grandes poderes, los vencimos, y ahora enviarnos de demandar paz.

De manera que Montezuma, gran señor de Méjico, de muy bueno que era temió nuestra ida a su ciudad; despachó cinco principales hombres de mucha cuenta, a Tlascala y a nuestro real para darnos el bien venidos y a decir que se había holgado mucho de la gran victoria que hubimos contra tantos escuadrones de contrarios; y envió en presente obra de mil pesos de oro en joyas muy ricas y de muchas maneras labradas, y veinte cargas de ropa fina de algodón; y envió a decir que quería ser vasallo de nuestro gran emperador, y que holgaba porque estábamos ya cerca de su ciudad, por la buena voluntad que tenía Cortés a todos los teúles sus hermanos que con él estábamos; y que viese cuánto quería de tributo cada año para nuestro gran emperador, que lo hará en oro, plata, ropa y piedras de chalchihuís, con tal que no fuésemos a Méjico; y esto que no lo hacía porque de muy buena voluntad no nos acogiera, sino por ser la tierra estéril y fragosa, y que le pesaría de nuestro trabajo, si nos lo viese pasar; que por ventura él no lo podría remediar tan bien como querría.

Cortés les respondió, y dijo que le tenía en gran merced la voluntad que mostraba y el presente que envió y el ofrecimiento de dar a Su Majestad el tributo que decía; y rogó a los mensajeros que no se fuesen hasta ir a la cabecera de Tlascala, que allí los despacharía porque viesen en lo que paraba aquello de la guerra.

CÓMO VINO XICOTENGA, CAPITÁN GENERAL DE TLASCALA, A ENTENDER LAS PACES

Estando platicando Cortés con los embajadores de Montezuma, y quería reposar porque estaba malo de calentura y purgado de otro día antes, viénenle a decir que venía el capitán Xicotenga con muchos caciques y capitanes, y que traen cubiertas mantas blancas y coloradas, digo la mitad de las mantas blancas, y la otra mitad colorada, que era su divisa y librea, y muy de paz y traía consigo hasta cincuenta hombres principales que le acompañaban.

Llegado el aposento de Cortés le hizo muy gran acato en sus reverencias y mandó quemar mucho copal; y Cortés, con gran amor le mandó sentar cabe sí. Dijo Xicotenga que venía de parte de su padre y de Maseescasi, y de todos los caciques y república de Tlascala a rogarle que les admitiese a nuestra amistad, y que venía a dar la obediencia a nuestro rey y señor y a demandar perdón por haber tomado armas y habernos dado guerras, y que si lo hicieron, fue por no saber quién éramos, porque tuvieron por cierto que veníamos de la parte de su enemigo Montezuma, que como muchas veces suelen tener astucias y mañas para entrar en sus tierras y robarles y saquearles, así creyeron que les quería hacer ahora, y que por esta causa procuraban defender sus personas y patria, y fue forzado a pelear. Que ellos eran muy pobres, que no alcanzan oro ni plata, ni piedras ricas, ni ropa de algodón, ni aun sal para comer, porque Montezuma no les da lugar para salirlo a buscar; y que sus antepasados tenían algún oro y piedras de valor, que al Montezuma se lo habían dado cuando algunas veces hacían paces y treguas, porque no les destruyesen, y esto en los tiempos muy atrás pasados; y porque al presente no tienen qué dar, que les perdones, que su pobreza de causa a ello y no la buena voluntad.

Era este Xicotenga alto de cuerpo, de grande espalda y bien hecho y la cara tenía larga y como hoyosa y robusta; era de hasta treinta y cinco años, y en el parecer mostraba en su persona gravedad.

Cortés le dio las gracias muy cumplidas, con halagos que le mostró, y dijo que los recibía por vasallos de nuestro rey y señor y amigos nuestros. Luego dijo Xicotenga que nos rogaba fuésemos a su ciudad, porque estaban todos los caciques, viejos y papas aguardándonos con mucho regocijo. Cortés les respondió que él iría presto, y que luego fuera, sino porque estaba entendiendo en negocios con el gran Montezuma; y como haya despachado aquellos mensajeros, que él será allá.

A todas estas pláticas y ofrecimientos estaban presentes los embajadores mejicanos, y les pesó en gran manera de las paces, porque bien entendieron que por ellas no les había de venir bien ninguno. Y desde que se hubo despedido Xicotenga, dijeron a Cortés los embajadores de Montezuma, medio riendo, que si había creído algo de aquellos ofrecimientos que habían hecho de parte de toda Tlascala, que todo era burla y que no los creyese; que eran palabras muy de traidores y engañosas; que lo hacían para desde que nos viesen en su ciudad en parte donde nos pudiesen tomar a salvo, darnos guerra y matarnos; y que tuviésemos en la memoria cuántas veces nos había venido con todos sus poderes a matar, y como no pudieron fueron de ellos muchos muertos y otros heridos, que se querían ahora vengar con demandar paz fingida.

Cortés respondió con semblante de muy esforzado, y dijo que no se le daba nada porque tuviesen tal pensamiento como decían, y ya que todo fuese verdad, que él holgará de ello para castigarles con quitarles las vidas y que eso se le da que den guerra de día que de noche, ni que sea en el campo que en la

ciudad, que en tanto tenía lo uno como lo otro, y para ver si es verdad, que por esta causa determina de ir allá.

Viendo aquellos embajadores su determinación, rogáronle que aguardásemos allí en nuestro real seis días, porque querían enviar dos de sus compañeros a su señor Montezuma, y que vendrían dentro de los seis días con respuesta. Cortés se lo prometió, lo uno, porque como he dicho estaba con calenturas, y lo otro, que como aquellos embajadores le dijeron aquellas palabras, aunque hizo semblante de no hacer caso de ellas, miró si por ventura serían verdad hasta ver más certidumbre en las paces, porque eran tales que había que pensar en ellas.

Cumplido el plazo que habían dicho, vinieron de Méjico seis principales hombres de mucha estima, y trajeron un rico presente que envió el gran Montezuma, que fueron más de tres mil pesos de oro en ricas joyas de diversas maneras y doscientas piezas de ropa de mantas muy ricas de pluma y de otras labores; y dijeron a Cortés cuando se lo presentaron, que su señor Montezuma se huelga de nuestra buena andanza, y que le ruega muy hincadamente que ni en bueno ni en malo no fuese con los de Tlascala a su pueblo, ni se confiase de ellos, que le querían llevar allá para robarle oro y ropa, porque son muy pobres; que un buena manta de algodón no alcanzan, y que por saber que Montezuma nos tiene por amigos y nos envía aquel oro, joyas y mantas, lo procurarían robar muy mejor.

Cortés recibió con alegría aquel presente y dijo que se lo tenía en merced y que él lo pagaría al señor Montezuma en buenas obras, y que si sientiese que a los tlascaltecas les pasase por el pensamiento lo que Montezuma les envía a avisar, que se lo pagarían con quitarles las vidas, y que él sabe que no harán villanía ninguna, y que todavía quiere ir a ver lo que hacen.

CÓMO VINIERON A NUESTRO REAL LOS CACIQUES VIEJOS DE TLASCALA

Desde que los caciques viejos de toda Tlascala vieron que no íbamos a su ciudad, acordaron venir en andas, y otros en hamacas y a cuestas, y otros a pie; los cuales eran los por mí ya nombrados que se decían Maseescasi, Xicotenga el Viejo, Guaolocín, Chichimecatecle y Tecapaneca de Topoyanco, los cuales llegaron a nuestro real con gran compañía de principales, y con gran cato hicieron a Cortés y a todos nosotros tres reverencias, quemaron copal, tocaron las manos en el suelo y besaron la tierra, y Xicotenga el Viejo comenzó a hablar a Cortés de esta manera: “Malinche, Malinche: muchas veces te hemos enviado a rogar que nos perdones porque salimos de guerra, y ya te enviamos a dar nuestro descargo, que fue por defendernos del malo de Montezuma y sus grandes poderes, porque creíamos que erais de su bando y confederados; y si supiéramos lo que ahora sabemos, no digo yo saliros a recibir a los caminos con muchos bastimentos sino tenéroslos barridos, y aun fuéramos por vosotros a la mar adonde teníais vuestros acales. Pues ya nos habéis perdonad, lo que ahora os venimos a rogar yo y todos estos caciques, es que vayáis luego con nosotros a nuestra ciudad, y allí os daremos de los que tuviéremos, y os serviremos con nuestras personas y haciendas. Mira, Malinche, no hagas otra cosa, si no luego nos vamos; y porque tenemos que por entura te habrán dicho esos mejicanos alguna cosa de falsedades y mentiras de las que suelen decir de nosotros, no las creas ni los oigas, que en todo son falsos; y tenemos entendido que por causa de ellos no has querido ir a nuestra ciudad”.

Antes que más pase adelante quiero decir cómo en todos los pueblos por donde pasamos, y en otros donde tenían noticia de

nosotros, llamaban a Cortés Malinche, y así lo nombraré de aquí adelante Malinche en todas las pláticas que tuviéremos con cualesquier indio así de esta provincia como de la ciudad de Méjico; y no lo nombraré Cortés sino en parte que convenga. Y la causa de haberle puesto este nombre es que como doña Marina, nuestra lengua, estaba siempre en su compañía, en especial cuando venían embajadores o pláticas de caciques, y ella lo declaraba en la lengua mejicana, por esta causa llamaban a Cortés el capitán de Marina, y por más breve lo llamaron Malinche.

CÓMO FUIMOS A LA CIUDAD DE TLASCALA

Como los caciques vieron que comenzaba a ir nuestro fardaje camino de su ciudad luego se fueron adelante para mandar que todo estuviese muy aparejado para recibirnos y para tener los aposentos muy enramados. Y ya que llegábamos a un cuarto de legua dela ciudad, nos salen a recibir los mismos caciques que se habían adelantado, y traen consigo sus hijos y sobrinos y muchos principales, cada parentela, bando y parcialidad por sí; porque en Tlascala había cuatro parcialidades, sin la que Tecapaneca, señor de Topoyanco, que eran cinco. También vinieron de todos los lugares sus sujetos, y traían sus libreas diferenciadas, que aunque eran de henequén, eran muy primas y de buenas labores y pinturas, porque algodón no lo alcanzaban.

Luego vinieron los papas de toda la provincia, que había muchos por los grandes adoratorios que tenían, que son donde tienen sus ídolos y sacrifican. Traían aquellos papas braseros con ascuas de brasas, y con sus inciensos sahumando a todos nosotros; y trían vestidos algunos de ellos ropas muy largas, a manera de sobrepellices, y eran blancas, y traían capillas en ellos que querían parecer a la de los canónigos, y los cabellos muy largos

y engreñados, que no se pueden desparcir si no se cortan, y llenos de sangre, que les salía de las orejas, que en aquel día se habían sacrificado; y bajaban las cabezas, como a manera de humildad, como nos vieron; y traían las uñas de los dedos de las manos muy largas; y oímos decir que aquellos papas tenían por religiosos y de buena vida.

Junto a Cortés se allegaron muchos principales acompañándole, y desde que entramos en lo poblado no cabían por las calles y azoteas de tantos indios e indias que nos salían a ver con rostros muy alegres. Trajeron obra de veinte piñas, hechas de muchas rosas de la tierra, diferenciados los colores y de buenos olores, y las dan a Cortés y a los demás soldados que les parecían capitanes, en especial a los de caballo.

Desde que llegamos a unos buenos patios, adonde estaban los aposentos, tomaron luego por la mano a Cortés Xicotenga el Viejo y Maseescasi y le meten en los aposentos, y allí tenían aparejado para cada uno de nosotros, a su usanza, unas camillas de esteras y mantas de henequén; y también se aposentaron los amigos que traíamos de Cempoal y de Xocotlán cerca de nosotros.

CÓMO CORTÉS PREGUNTÓ A MASEESCASI Y A XICOTENGA POR LAS COSAS DE MÉJICO

Luego Cortés apartó a aquellos caciques y les preguntó muy por extenso las cosas de Méjico; y Xicotenga, como era más avisado y gran señor, tomó l mano a hablar, y de cuando en cuando Maseescasi, que también era gran señor.

Dijo que tenía Montezuma tan grandes poderes de gente de guerra, que cuando quería tomar un gran pueblo o hacer un asalto en una provincia, ponía en campo ciento cincuenta mil hom-

bres, y que esto lo tenía bien experimentado por las guerras y enemistades pasadas que con ellos tienen más de cien años. Y Cortés les dijo: “Pues con tanto guerrero que decís que venían sobre vosotros, ¿cómo nunca os acabaron de vencer?” Respondieron que aunque algunas veces les desbarataban y les mataban y llevaban muchos de sus vasallos para sacrificar, que también de los contrarios quedaban en el campo muchos muertos y otros presos; y que no venían tan encubiertos que de ello no tuviesen noticia; y cuando lo sabían se apercibían con todos sus poderes, y con la ayuda de los de Huexocingo se defendían y ofendían. Que como todas las provincias y pueblos que ha robado Montezuma y puesto debajo de su dominio están muy mal con los mejicanos, y traían de ellos, por fuerza a la guerra, no peleaban de buena voluntad, antes de los mismos tenían avisos, y que a estas causas les defendían sus tierras lo mejor que podían; que donde más mal les ha venido a la continua es de una ciudad muy grande que está de allí un día de andadura, que se dice Cholula, que son grandes traidores, que allí metía Montezuma secretamente sus capitanías; y como estaban cerca, de noche hacían asaltos. Además dijo Maseescasi que tenía Montezuma en todas las provincias puestas guarniciones de muchos guerreros.

Luego dijeron de la gran fortaleza de su ciudad (Méjico), de la manera que es la laguna, y de la hondura del agua, y de las calzadas que hay por donde entrar a la ciudad, y de los puentes de madera que tiene en cada calzada, y cómo entra y sale por el trecho de abertura que hay entre cada puente; y cómo alzando cualquiera den ellas se pueden quedar aislados entre puente y puente, sin entrar en su ciudad, y cómo está toda la mayor parte de la ciudad poblada dentro de una laguna y no se puede pasar de casa en casa si no es por una puente levadiza que tienen hecha, o en canoas; y todas las casas son de azoteas, y en las azoteas tienen hechos a manera de mánparos, y pueden pelear

desde encima de ellas; y la manera cómo se provee la ciudad de agua dulce desde una fuente que se dice Chapultepec, que está dela misma ciudad obra de media legua, y va el agua por unos edificios y llega en parte que con canoas la llevan a vender por las calles.

Como nuestro capitán y todos nosotros estábamos ya informados de antes de todo lo que decían aquellos caciques, estorbó la plática y metióles en otra más honda, y fue cómo habían ellos venido a poblar aquella tierra, y de qué parte vinieron que tan diferentes y enemigos eran de los mejicanos, siendo unas tierras tan cerca de otras. dijeron que les habían dicho sus antecesores, que en los tiempos pasados que había allí entre ellos poblados hombres y mujeres muy altos de cuerpo y de grandes huesos, que porque eran muy malos y de malas maneras los mataron peleando con ellos, y otros que de ellos quedaban se murieron. Y para que viésemos qué tamaños y altos cuerpos tenían, trajeron un hueso y zancarrón de uno de ellos, y era muy grueso, el altor tamaño como un hombre de razonable estatura; y aquel zancarrón era desde la rodilla hasta la cadera. Yo me medí con él y tenía gran altor como yo, puesto que soy de razonable cuerpo. Y trajeron otros pedazos de lienzos como el primero; mas estaban ya comidos y deshechos de la tierra.

Todos nos espantamos de ver aquellos zancarrones, y tuvimos por cierto haber habido gigantes en aquella tierra. Nuestro capitán Cortés nos dijo que sería bien enviar aquel gran hueso a castilla para que lo viese Su Majestad, y así lo enviamos por los primeros procuradores que fueron.

También dijeron aquellos mismos caciques que sabían de sus antecesores que les había dicho un ídolo, en quien ello tenían mucha devoción, que vendrían hombres dela parte de donde sale el sol y de lejanas tierras a sojuzgarlos y señorearlos; que si somos nosotros, holgarían de ello, pues tan esforzados y buenos

somos. Cuando trataron las paces se les acordó de esto que les habían dicho sus ídolos, y por aquella causa nos dan sus hijas para tener parientes que los defiendan de los mejicanos.

Desde que acabaron su razonamiento, todos quedamos espantados, y decíamos si por ventura decían verdad. Nuestro capitán Cortés les replicó y dijo que ciertamente veníamos de hacia donde sale el sol, y que por esta causa nos envió el rey nuestro señor para tenerles por hermanos, porque tiene noticia de ellos, y plega a Dios que nos dé gracia para que por nuestras manos e intercesión se salven. Y dijimos todos amén.

Hallamos en este pueblo de Tlascala casas de madera hechas de redes y llenas de indios e indias que tenían dentro encarcelados y a cebo, hasta que estuviesen gordos para comer y sacrificar. Las cuales cárceles les quebramos y deshicimos para que se fuesen los presos que en ellas estaban, y los tristes indios no osaban ir a cabo ninguno, sino estarse allí con nosotros y así escaparon las vidas.

CÓMO ACORDÓ NUESTRO CAPITÁN CORTÉS CON TODOS NUESTROS CAPITANES Y SOLDADOS QUE FUÉSEMOS A MÉJICO

Viendo nuestro capitán Cortés que hacía diez y siete días que estábamos holgando en Tlascala, y oíamos decir de las grandes riquezas de Montezuma y su próspera ciudad, acordó tomar consejo con todos nuestros capitanes y soldados, en quien sentía que le tenían buena voluntad, para ir adelante; y fue acordado que con brevedad fuese nuestra partida. Sobre este camino hubo en el real muchas pláticas de disconformidad, porque decían unos soldados que era cosa muy temerosa irnos a meter en tan fuerte ciudad siendo nosotros tan pocos, y decían de los grandes poderes de Montezuma. El capitán respondía que ya no podíamos

hacer otra cosa, porque siempre nuestra demanda y apellido que fue ver a Montezuma, y que por demás eran ya otros consejos. Viendo que tan determinadamente lo decía, y sintieron los del contrario parecer que muchos de los soldados le ayudamos a Cortés de buena voluntad, con decir "¡adelante, en buena hora!" no hubo más contradicción. Los que andaban en estas pláticas contrarias eran de los que tenían en Cuba haciendas, que yo y otros pobres soldados, ofrecidas teníamos siempre nuestras ánimas a Dios, que las crió, y los cuerpos a heridas u trabajos hasta morir en servicio de Nuestro Señor Dios y de Su Majestad.

CÓMO FUIMOS A LA CIUDAD DE CHOLULA Y DEL GRAN RECIBIMIENTO QUE NOS HICIERON

Y una mañana comenzamos a marchar por nuestro camino para la ciudad de Cholula; e íbamos con el mayor concierto que podíamos, porque como otras veces he dicho, adonde esperábamos haber revueltas o guerras nos apercibíamos mucho mejor. Aquel día fuimos a dormir a un río que pasa obra de una legua chica de Cholula, donde está ahora hecho una puente de piedra, y allí nos hicieron unas chozas y ranchos. En esa misma noche enviaron los caciques de Cholula mensajeros, hombres principales, a darnos el parabién venidos a su tierra. Trajeron bastimentos de gallinas y pan de su maíz, y dijeron que en la mañana vendrían todos los caciques y papas para recibirnos, que les perdonemos porque no habían salido luego. Cortés les dijo que se lo agradecía, así por el bastimento que traían como por la buena voluntad que mostraban.

Allí dormimos aquella noche con buenas velas, escuchas y corredores del campo, y desde que amaneció comenzamos a caminar hacia la ciudad. Yendo por nuestro camino ya cerca de la población, nos salieron a recibir los caciques y papas y otros

muchos indios; y todos los más traían vestidas unas ropas de algodón de hechuras de marlotas. Venían muy de paz y de buena voluntad, y los papas traían braseros con inciensos con que sahumaron a nuestro capitán y a los soldados que cerca de él nos hallamos. Parece ser que aquellos papas y principales, como vieron los indios tlascaltecas que con nosotros venían, dijeron a doña Marina que le dijese al general que no era bien que de aquella manera entrasen sus enemigos con armas en su ciudad. Como nuestro capitán lo entendió, mandó a los capitanes y soldados y el fardaje que parásemos, y cuando nos vio juntos y que no caminaba ninguno dijo: “Paréceme, señores, que antes que entremos en Cholula demos un tiento con buenas palabras a estos caciques y papas y veamos cuál es su voluntad, porque vienen murmurando de estos nuestros amigos tlascaltecas, y tienen mucha razón en lo que dicen, y con buenas palabras les quiero dar a entender la causa porque venimos a su ciudad. Y porque ya, señores, habéis entendido lo que nos han dicho los tlascaltecas, que son bulliciosos, será bien que por bien den la obediencia a Su Majestad. Esto me parece que conviene”.

Luego mandó a doña Marina que llamase a los caciques y papas allí donde estaba a caballo y todos nosotros junto con él. Vinieron tres principales y dos papas, y dijeron: “Malinche, perdónanos porque no fuimos a Tlascala a verte y llevar comida; y no por falta de voluntad, sino porque son nuestros enemigos Maseescasi, Xicotenga y toda Tlascala, y que han dicho muchos males de nosotros y del gran Montezuma, nuestro señor. Y que no basta lo que han dicho, sino que ahora tengan atrevimiento, con vuestro favor de venir con armas a nuestra ciudad”.

Como el capitán vio la razón que tenían, mandó luego a Pedro de Alvarado y al maestre de campo, que era Cristóbol de Olid, que rogasen a los tlascaltecas que allí en el campo hiciesen sus ranchos y chozas y que no entrasen con nosotros sino los

que llevaban la artillería y nuestros amigos los de Cempoal, y les dijesen la causa por qué se les mandaba.

Cuando los de Cholula vieron lo que Cortés mandó, parecía que estaban más sosegados; y les comenzó Cortés a hacer un parlamento, diciendo que nuestro rey y señor, cuyos vasallos somos, tiene grandes poderes y tiene debajo de su mando a muchos grandes príncipes y caciques, y que nos envió a estas tierras a notificarles y mandarles que no adoren ídolos, ni sacrifiquen hombres, ni coman de sus carnes, ni hagan sodomías ni otras torpedades. Que por ser el camino por allí para Méjico, a donde vamos a hablar al gran Montezuma, y por no haber otro más cercano, venimos por su ciudad, y también para tenerles como hermanos. Que pues otros grandes caciques han dado la obediencia a Su Majestad, será bien que ellos la den como los demás.

Respondieron que aún no hemos entrado en su tierra y ya les mandamos dejar su teúles, que no lo pueden hacer, y que dar la obediencia a ese vuestro rey que decís, les place; y así la dieron de palabra y no ante escribano. Esto hecho, luego comenzamos a marchar para la ciudad. Y era tanta la gente que nos salía a ver, que las calles y azoteas estaban llenas, y no me maravillo de ello, porque no habían visto hombres como nosotros ni caballos.

CÓMO TENÍAN CONCERTADO MATARNOS EN ESTA CIUDAD DE CHOLULA

Habiéndonos recibido tan solemnemente como dicho tengo, y ciertamente de buena voluntad, después pareció que envió a mandar Montezuma a sus embajadores que con nosotros estaban que tratasen con los de Cholula que con un escuadrón de veinte mil hombres que envió, que tenía apercibidos para, en entrando

en aquella ciudad, que todos nos diesen guerra, y de noche o de día nos acapillasen y los que pudiesen llevar atados de nosotros a Méjico, que se los llevasen.

Pues ya todo concertado, y los guerreros que luego Montezuma envió estaban en unos ranchos y arcabuesos, obra de media legua de Cholula, y otros estaban ya dentro en las casas, y todos los puestos a punto con sus armas, y hechos mamparos en las azoteas, y en las calles hoyos y albarradas para que no pudiesen correr los caballos.

Así como nos aposentaron, nos dieron muy bien de comer los dos días primeros, y aunque los veíamos que estaban muy de paz, no dejábamos siempre de estar muy apercibidos, por la buena costumbre que en ello teníamos. Al tercer día ni nos daban de comer ni parecía cacique ni papa; y si algunos indios nos venían a ver, estaban apartados, que no se llegaban a nosotros, y riéndose, como cosa de burla.

Desde que aquello vio nuestro capitán dijo a doña marina y Aguilar, nuestras lenguas, que dijesen a los embajadores del gran Montezuma, que allí estaban, que mandasen a los caciques traer de comer; y lo que traían era agua y leña, y unos viejos que lo traían decían que no tenían maíz.

En aquel mismo día vinieron otros embajadores de Montezuma y se juntaron con los que estaban con nosotros, y dijeron a Cortés muy desvergonzadamente que su señor les enviaba a decir que no fuésemos a su ciudad porque no tenía qué darnos de comer, y que luego se querían volver a Méjico con la respuesta.

Desde que aquello vio Cortés, le pareció mal su plática, y con palabras blandas dijo a los embajadores que se maravillaba de tan gran señor como es Montezuma tener tantos acuerdos, y que les rogaba que no fuesen a México, porque otro día se quería partir para verle y hacer lo que mandase, y aun me parece que

les dio unos sartalejos de cuentas. Los embajadores dijeron que sí aguardarían.

Hecho esto, nuestro capitán nos mandó juntar, y nos dijo: "Muy desconcertada veo esta gente. estemos muy alerta, que alguna maldad hay entre ellos".

Estando en estas pláticas vinieron tres indios de los de Cempoal, nuestros amigos, y secretamente dijeron a Cortés que han hallado, junto a donde estábamos aposentados, hecho hoyos en las calles, encubiertos con madera y tierra encima, que si no miran mucho en ello no se podría ver, y que quitaron la tierra de encima de un hoyo y estaba lleno de estacas muy agudas, para matar los caballos si corriesen, y que ciertamente no estaban de buen arte, porque también hallaron albarradas de maderos gruesos en otra calle.

En aquel instante vinieron ocho indios tlascaltecas, de los que dejamos en el campo que no entraron en Cholula, y dijeron a Cortés: "Mira, Malinche, que esta ciudad está de mala manera, porque sabemos que esta noche has sacrificado a su ídolo, que es el de la guerra, siete personas, y los cinco de ellos son niños, porque les dé victoria contra vosotros, y también hemos visto que sacan todo el fardaje y mujeres y niños". Como aquello oyó Cortés, luego les despachó para que fuesen a sus capitanes, los tlascaltecas, y que estuviesen muy aparejados si les enviásemos a llamar.

Volvamos a nuestro capitán, que quiso saber muy por extenso todo el concierto y los que pasaban, y dijo a doña Marina que llevase más chalchihuís a dos papas que había hablado primero, pues no tenían miedo, y con palabras amorosas les dijese que los quería tornar a hablar Malinche, y que los trajese consigo.

Doña Marina fue, y les habló de tal manera, que lo sabía muy bien hacer, y con dádivas vinieron luego con ella. Cortés les dijo

que dijesen la verdad de lo que supiesen, pues eran sacerdotes de ídolos y principales que no habían de mentir, y que lo que dijesen no sería descubierto por vía ninguna, pues que otro día nos habíamos de partir, y que les daría mucha ropa.

Dijeron que la verdad es que su señor Montezuma supo que íbamos a aquella ciudad, y que cada día estaba en muchos acuerdos, que no determinaba bien la cosa, que unas veces les enviaba a mandar que si allá fuésemos que nos hiciesen mucha honra y nos encaminasen a su ciudad, y otras veces les enviaba a decir que ya no era su voluntad que fuésemos a Méjico. Que ahora nuevamente le han aconsejado su Tescatepuca y su Huichilobos, en quien ellos tienen gran devoción, que allí en Cholula nos matasen o llevasen atados a Méjico. Que había enviado el día antes veinte mil hombres de guerra, y que la mitad están ya aquí dentro de esta ciudad y la otra mitad están cerca de aquí entre unas quebradas.

Cortés les mandó dar mantas muy labradas y les rogó que no lo dijesen, porque si lo descubrían, a la vuelta que volviésemos de Méjico, los matarían; y que se quería ir muy de mañana, y que hiciesen venir todos los caciques para hablarles, como dicho les tiene.

Luego aquella noche tomó consejo Cortés de lo que habíamos de hacer, porque tenía muy extremados varones y de buenos consejos; todo pareció bien este postrer acuerdo; y fue de esta manera, que ya que les había dicho Cortés que nos habíamos de partir para otro día, hiciésemos que liábamos nuestro hato, que era harto poco, y en unos grandes patios que había donde posábamos, que estaban con altas cerca diésemos en los indios de guerra, pues aquello era su merecido; y que con los embajadores de Montezuma disimulásemos y les dijésemos que los malos cholultecas han querido hacer una traición y echar la culpa de

ella a su señor Montezuma, y a ellos mismos, como sus embajadores, lo cual no creímos que tal mandase hacer.

Una india vieja, mujer de un cacique, como sabía el concierto y trama que tenían ordenado, vino secretamente a doña Marina, nuestra lengua, y como la vio moza y de buen parecer y rica, le dijo y aconsejó que se fuese con ella a su casa si quería escapar con vida, porque ciertamente aquella noche o al otro día nos habían de matar a todos, porque ya estaba así mandado y concertado por el gran Montezuma, para que entre los de aquélla ciudad y los mejicanos se juntasen y no quedase ninguno de nosotros con vida, o nos llevasen atados a Méjico. Que porque sabe esto y por lástima que tenía de la doña Marina, se lo venía a decir, y que tomase todo su hato y se fuese con ella a su casa, que allí la casaría con su hijo, hermano de otro mozo que traía la vieja, que la acompañaba.

Como lo entendió la doña Marina, y en todo era muy avisada, la dijo: "¡Oh, madre, cuánto tengo de agradeceros eso que me decís! Yo me fuera ahora con vos, sino que no tengo aquí de quien fiarme para llevar mis mantas y joyas de oro, que es mucho. Por vuestra vida, madre, que aguardéis un poco vos y vuestro hijo, y esta noche nos iremos, que ahora ya veis que estos teúles están velando y nos sentirán". La vieja creyó lo que le decía y quedóse con ella platicando. Y doña Marina entre de presto donde estaba el capitán y le dice todo lo que pasó con la india, la cual luego la mandó traer ante él y la tornó a preguntar sobre las traiciones y conciertos; y le dijo ni más ni menos que los papas. Y la pusieron guardas porque no se fuese.

Desde que amaneció ¡qué cosa era de ver la prisa que traían los caciques y papas con los indios de guerra, con muchas risadas y muy contentos, como si ya nos tuvieran metidos en el garlito y redes! Y trajeron más indios de guerra que les demanda-

mos, que no cupieron en los patios, por muy grandes que son, que aun todavía están sin deshacer por memoria de lo pasado.

Por bien de mañana que vinieron los cholultecas con la gente de guerra, ya todos nosotros estábamos muy a punto para lo que se había de hacer, y los soldados de espada y rodela puestos a la puerta de gran patio, para no dejar salir ningún indio de los que estaban con armas. Nuestro capitán también estaba a caballo, acompañado de muchos soldados para su guarda. Y desde que vio que tan de mañana habían venido los caciques, papas y gente de guerra, dijo: "¡Qué voluntad tienen estos traidores de vernos entre las barrancas para hartarse de nuestras carnes! ¡Mejor lo hará Nuestro Señor!"

Como Cortés estaba a caballo y doña Marina junto a él, comenzó a decir a los caciques que, sin hacerles enojo ninguno, a qué causa nos querían matar la noche pasada, y que si les hemos hecho o dicho cosa para que nos tratasen aquellas traiciones más de amonestarles las cosas que a todos los demás pueblos por donde hemos venido les decimos y decirles las cosas tocantes a nuestra santa fe, y esto sin apremiarles en cosa ninguna; y a qué fin tienen ahora nuevamente aparejadas muchas varas largas y recias, con colleras, y muchos cordeles en una casa junto al gran cu; y por qué han hecho de tres días acá albarradas en las calles y hoyos, y pertrechos en las azoteas, y por qué han sacado de su ciudad sus hijos, mujeres y hacienda.

Esta razón se la decía doña Marina, y se lo daba muy bien a entender. Y desde que lo oyeron los papas y caciques y capitanes, dijeron que así es verdad lo que les dice, y que de ello no tienen culpa, porque los embajadores de Montezuma lo ordenaron por mandado de su señor.

Entonces les dijo Cortés que tales traiciones como aquellas, que mandan las leyes reales que no queden sin castigo, y que por su delito que han de morir. Luego mandó soltar una escopeta,

que era la señal que teníamos apercibida para aquel efecto, y se les dio una mano que se les acordará para siempre porque matamos muchos de ellos, que no les aprovechó las promesas de sus falsos ídolos. No tardaron dos horas cuando llegaron allí nuestros amigos los tlascaltecas que dejamos en el campo, y pelean muy fuertemente en las calles, donde los cholutecas tenían otras capitanías defendiéndolas, porque no les entrásemos, y de presto fueron desbaratadas. Iban por la ciudad robando y cautivando, que no les podíamos detener.

Luego mandó llamar los caciques de Tlascala que estaban en el campo y les dijo que devolviesen los hombres y mujeres que habían cautivado, que bastaban los males que habían hecho. Aunque se les hacía de mal devolverlos y decían que de muchos más daños eran merecedores por las traiciones que siempre de aquella ciudad han recibido; por mandarlo Cortés devolvieron muchas personas, mas ellos quedaron de esta vez ricos de oro, mantas, algodón, sal y esclavos.

Además de esto, Cortés les hizo amigos con los de Cholula, que, a lo que ya después vi y entendí, jamás quebraron las amistades. Y les mandó a todos los papas y caciques cholultecas que poblasen su ciudad, que hiciesen tianguez y mercados, y que no tuviesen temor, que no se les haría enojo ninguno.

Aquella ciudad está asentada en un llano y en parte donde están muchas poblaciones cercanas, que son Tepeaca, Tlascala, Chalco, Tecamachalco, Huexocingo y otros muchos pueblos que, por ser tantos, aquí no los nombro. Es tierra de mucho maíz y otras legumbres, y de mucho ají, y toda llena de magüeyales, que es donde hacen el vino. Hacen de ella muy buena loza de barro colorado y prieto y blanco, de diversas pinturas y se abastece de ella Méjico y todas las provincias comarcanas.

Tenía aquella ciudad en aquel tiempo tantas torres muy altas, que eran cúes y adoratorios donde estaban sus ídolos, en espe-

cial el cu mayor era de más altor que el de Méjico, aunque era muy suntuoso y alto el cu mejicano, y tenía otros patios para servicio de los cúes. Según entendimos, había allí un ídolo muy grande, el nombre de él no me acuerdo; mas entre ellos se tenía gran devoción y venían de muchas partes a sacrificarles y a tener como a manera de novenas, y le presentaron de las haciendas que tenían.

Los escuadrones que había enviado el gran Montezuma, que estaban ya puestos entre los arcabuesos que están junto a Cholula, y tenían hechos mamparos y callejones para que no pudiesen correr los caballos, desde que supieron lo acaecido se vuelven más que de paso para Méjico y dan relación a Montezuma según y de la manera que todo pasó. Pro presto que fueron ya tenía la nueva de dos principales que con nosotros estaban, que fueron en posta. Y supimos muy de cierto que cuando lo supo Montezuma sintió gran dolor y enojo, y que luego sacrificó ciertos indios a su ídolo Huichilobos, que le tenían por dios de la guerra, porque dijese en lo que había de parar nuestra ida a Méjico, o si nos dejaría entrar en su ciudad; y aun supimos que estuvo encerrado en sus devociones y sacrificios dos días, juntamente con diez papas, los más principales, y que tuvo respuesta de aquellos ídolos, y fue que le aconsejaron que nos enviase mensajeros a disculpar de lo de Cholula, y con nuestras de paz nos deje entrar en Méjico, y que estando dentro, con quitarnos la comida yagua o alzarnos cualquiera de los puentes nos matarían.

Este castigo de Cholula fue sabido en todas las provincias de la Nueva España, y si de antes teníamos fama de esforzados y habían sabido de las guerras de Potonchán y Tabasco y de Cingapacinga y lo de Tlascala, y nos llamaban teúles, desde ahí adelante nos tenían por adivinos, y decían que no se nos podrían encubrir cosa ninguna mala que contra nosotros tratasen que no lo supiésemos, y a esta causa nos mostraban buena voluntad.

CÓMO EL GRAN MONTEZUMA ENVIÓ UN PRESENTE DE ORO

Como el gran Montezuma hubo tomado otra vez consejo con su Huichilobos y papas y capitanes, y las palabras que le enviamos a decir acerca de nuestra amistad, y también otras razones bravosas, estaba asombrado y aun temeroso; y después de muchos acuerdos que tuvo, envió seis principales con un presente de oro y joyas de mucha diversidad de hechuras.

Como aquellos principales llegaron ante Cortés con el presente, besaron la tierra con la mano, y con gran acato, como entre ellos se usa, dijeron: "Malinche, nuestro señor el gran Montezuma te envía este presente, y dice que le recibas con el amor grande que te tiene, y a todos vuestros hermanos". Que le pesa del enojo que le dieron los de Cholula, y que quisiera que los castigara más en sus personas, porque son malos y mentirosos, que las maldades que ellos querían hacer le echaban a él la culpa y a sus embajadores, y que tuviésemos por muy cierto que era nuestro amigo y que vayamos a su ciudad cuando quisiéramos.

Como Cortés lo entendió por nuestras lenguas, recibió aquel presente con muestras de amor, abrazó a los mensajeros y les mandó dar ciertos diamantes torcidos. Les dio buena respuesta y muy amorosa, y mandó que se quedasen tres mensajeros de los que vinieron con el presente para que fuesen con nosotros por guías, y los otros tres volvieron con la respuesta a su señor y le avisaron que ya íbamos en camino.

Cuando aquella nuestra partida entendieron los caciques mayores de Tlascala, les pesó en el alma, y enviaron a decir a Cortés que ya le habían dicho muchas veces que mirase lo que hacía y se guardase de entrar en tan recia ciudad, donde había

tantas fuerzas y tanta multitud de guerreros, porque un día u otro nos darían guerra, y temían que no podríamos salir con las vidas. Que por la buena voluntad que nos tienen, ellos quieren enviar diez mil hombres con capitanes esforzados que vayan con nosotros con bastimento para el camino.

Cortés agradeció mucho su buena voluntad, y les dijo que no es justo entrar en Méjico con tanta copia de guerreros, especialmente siendo tan contrarios los unos de los otros; que solamente había menester mil hombres para llevar los tepuzques y fardajes y para adobar algunos caminos. Y luego despacharon los mil indios muy apercibidos.

Ya que estábamos a punto para caminar, vinieron ante Cortés los caciques y todos los más principales guerreros que sacamos de Cempoal, que andaban en nuestra compañía y nos sirvieron muy bien y lealmente, y dijeron que se querían volver a Cempoal, y que no pasarían de Cholula adelante para ir a Méjico, porque tenían por cierto que si allá iban que habían de morir ellos y nosotros, y que el gran Montezuma les mandaría matar, porque eran personas muy principales de los de Cempoal, que fueron en quitarle la obediencia, y en que no se le diese tributo, y en aprisionar sus recaudadores.

Como Cortés vio que con tanta voluntad le demandaban aquella licencia, les respondió que no tuviesen temor ninguno que recibirán mal ni daño, y que, pues iban en nuestra compañía, ¿quién había de ser osado o enojarlos a ellos ni a nosotros? Que les rogaba que mudasen su voluntad y que se quedasen con nosotros; y les prometió que les haría ricos. Y por más que se lo rogó Cortés y doña Marina se lo decía muy afectuosamente, nunca quisieron quedar, sino que se querían volver.

Cuando aquello vio Cortés, dijo: “Nunca Dios quiera que nosotros llevemos por fuerza a estos indios que tan bien nos han servido”. Y mandó traer muchas cargas de mantas ricas y se las

repartió entre todos, y también envió el cacique gordo, nuestro amigo, señor de Cempoal, dos cargas de mantas para él y para su sobrino Cuesco.

CÓMO COMENZAMOS A CAMINAR PARA LA CIUDAD DE MÉJICO

Así como salimos de Cholula con gran concierto, como lo teníamos de costumbre, llegamos aquel día a unos ranchos que están en una como serrezuela, que es población de Huexocingo, que me parece que se dicen los ranchos de Iscalpan, cuatro leguas de Cholula.

Allí vinieron luego los caciques y papas de los pueblos de Huexocingo, que estaba cerca, y eran amigos confederados de los Tlascaltecas, y también vinieron otros poblezuelos que están poblados en las faldas del volcán, que confinan con ellos.

Le aconsejaron que no fuese a Méjico, que era una ciudad muy fuerte y de muchos guerreros, y que correríamos muchos peligro. Que mirase que, ya que íbamos, que subido aquel puerto, había dos caminos muy anchos, y que uno iba aun pueblo que se dice Chalco, y el otro a Tamanalco, que era otro pueblo, entrambos sujetos a Méjico. Que un camino estaba muy barrido y limpio para que vayamos por él y el otro camino le teníamos ciego, y cortados muchos árboles muy gruesos y grandes pinos porque no pueden ir a caballos ni pudiésemos pasar adelante, y que abajado un poco de la sierra, por el camino que tenían limpio, creyendo que habíamos de ir por él, tenían cortado un pedazo de la sierra, y había allí mamparos y albarradas, y que han estado en el paso ciertos escuadrones de mejicanos para matarnos.

Cortés les recibió el presente con mucho amor, y les dijo que les agradecía el aviso que le daban, y con la ayuda de Dios, que no dejará de seguir su camino, y que irá por donde le aconsejaban.

Luego otro día bien de mañana comenzamos a caminar, y ya era cerca de mediodía cuando llegamos a lo alto de la sierra, donde hallamos los caminos ni más ni menos que los de Huexocingo dijeron.

Cortés mandó llamar a los embajadores del gran Montezuma que iban a nuestra compañía y les preguntó que cómo estaban aquellos dos caminos de aquella manera, el uno muy limpio y barrido y el otro lleno de árboles cortados nuevamente. Respondieron que porque vayamos por el limpio, que sale a una ciudad que se dice Chalco, donde nos harán buen recibimiento, que es de su señor Montezuma, y que el otro camino, que le pudieron aquellos árboles y lo cegaron porque no fuésemos por él, que hay malos pasos y se rodea algo para ir a México, que sale a otro pueblo que no es tan grande como Chalco. Entonces dijo Cortés que quería ir por el que estaba embarazado.

Como supieron otros pueblos de nuestra llegada, luego vinieron los de Chalco y se juntaron con los de Tamanalco, Chimaloacán, Mecameda y Acacingo, donde están las canoas, que es puerto de ellos, y otros poblezuelos que ya no se me acuerda el nombre de ellos. Todos juntos trajeron un presente de oro y dos cargas de mantas y ocho indias, que valdría el oro sobre ciento cincuenta pesos, y dijeron: “Malinche, recibe estos presentes que te damos y tennos de aquí adelante por tus amigos”.

Cortés lo recibió con gran amor, y se les ofreció que en todo lo que hubiesen menester les ayudaría. Desde que los vio juntos dijo al padre de la Merced que les amonestase las cosas tocantes a nuestra santa fe y dejasen sus ídolos, y a todo respondieron que bien dicho estaba, y que lo verían adelante. También se les

dio a entender el gran poder del emperador nuestro señor, y que veníamos a deshacer agravios y robos, que para ello nos envió a estas partes.

Como aquello oyeron todos aquellos pueblos que dicho tengo, secretamente, que no lo sintieron los embajadores mejicanos, dan tantas quejas de Montezuma y de sus recaudadores, que les robaban cuanto tenían, y su mujeres e hijas, si eran hermosas, las forzaban delante de ellos y de sus maridos y se las tomaban, y que les hacían trabajar como si fueran esclavos.

Cortés les consoló con palabras amorosas, que se las sabía muy bien decir con doña Marina, y que ahora al presente o puede entender en hacerles justicia, y que se sufriesen, que él les quitaría aquel dominio.

CÓMO EL GRAN MONTEZUMA NOS ENVIÓ OTROS EMBAJADORES CON UN PRESENTE DE ORO Y MANTAS

Ya que estábamos de partida para ir nuestro camino a Méjico, vinieron ante Cortés cuatro principales mejicanos que envió Montezuma y trajeron un presente de oro y mantas, y después de hecho su acato, como lo tenían de costumbre, dijeron: “Malinche, este presente te envía nuestro señor el gran Montezuma, y dice que le pesa mucho por el trabajo que habéis pasado en venir de tan lejanas tierras a verle, y que yate ha enviado a decir otra vez que te dará mucho oro y plata y chalchihuís en tributo para vuestro emperador y para vos y los demás teúles que traéis, y que no vengas a Méjico, y ahora nuevamente te pide por merced que no pases de aquí adelante, sino que te vuelvas por donde viniste, que él te promete enviarte al puerto mucha cantidad de oro y plata y ricas piedras para ese vuestro rey, y para ti te dará cuatro cargas de oro, y para cada uno de tus hermanos una car-

ga, porque ir a Méjico, es excusada tu entrada dentro, que todos sus vasallos están puestos en armas para no dejaros entrar”. Además de esto, que no tenía camino, sino muy angosto, ni bastimentos que comiésemos. Y dijo otras muchas razones de inconvenientes para que no pasásemos de allí.

Cortés, con mucho amor, abrazó a los mensajeros, aunque le pesó de la embajada, recibió el presente, y les respondió que se maravillaba del señor Montezuma, habiéndose dado por nuestro amigo y siendo tan gran señor, tener tantas mudanzas, que unas veces dice uno y otras envía a mandar al contrario, y que en cuanto a lo que dice que dará el oro para nuestro señor el emperador y para nosotros, que se lo tiene en merced, y por aquello que ahora le envía, que en buenas obras se lo pagará el tiempo andando. Que si le parecerá bien que, estando tan cerca de su ciudad, será bueno volvernos del camino sin hacer aquello que nuestro señor nos manda. Que si el señor Montezuma hubiese enviado sus mensajeros y embajadores a algún gran señor como él es, ya que llegasen cerca de su casa aquellos mensajeros que enviaba se volviesen sin hablarle y decirle a lo que iban, desde que volviesen ante su presencia con aquel recaudo, ¿qué mercedes les haría, no tenerles por cobardes y de poca calidad? Que así haría nuestro señor el emperador con nosotros, y que de una manera o de otra habíamos de entrar en su ciudad, y desde allí adelante que no le envíe más excusas sobre aquel caso, porque le ha de ver y hablar y dar razón de todo el recaudo a que hemos venido, y ha de ser a su sola persona; y desde que lo haya entendido, si no les estuviese bien nuestra estada en su ciudad, que nos volveremos por donde venimos.

El gran Montezuma, como llegaron sus mensajeros y oyó la respuesta que Cortés le envió, luego acordó enviar a un sobrino suyo, que se decía Cacamatzin, señor de Tezcuco, con muy gran fausto, a dar el bienvenido a Cortés y a todos nosotros. Vino uno

de nuestros corredores a avisar que venían por el camino muy gran copia de mejicanos de paz, y que al parecer venían de ricas mantas vestidos. Cuando esto pasó era muy de mañana, y queríamos caminar, y Cortés nos dijo que reparásemos en nuestras posadas hasta ver qué cosa era.

En aquel instante vinieron cuatro principales, y hacen a Cortés gran reverencia, y le dicen que allí cerca viene Cacamatzin, gran señor de Tezcuco, sobrino del gran Montezuma, y que nos pide por merced que aguardemos hasta que venga. No tardó mucho, porque luego llegó con el mayor fausto y grandeza que ningún señor de los mejicanos habíamos visto traer.

Ya que llegaron cerca del aposento donde estaba Cortés, le ayudaron a salir de las andas, y le barrieron el suelo, y le quitaban las pajas por donde había de pasar, y cuando llegaron ante nuestro capitán le hicieron grande acato, y el Cacamatzin le dijo: “Malinche, aquí venimos yo y estos señores a servirte y hacerte dar todo lo que hubieres menester para ti y tus compañeros, y meteros en vuestras casas, que es nuestra ciudad, porque así nos es mandado por nuestro señor el gran Montezuma, y dice que le perdones porque él mismo no viene a lo que nosotros venimos, y porque está mal dispuesto lo deja, y no por falta de muy buena voluntad que os tiene”.

Como Cacamatzin hubo dicho su razonamiento, Cortés le abrazó y le hizo muchas caricias a él y a todos los más principales, y le dio tres piedras que se llaman margaritas, que tienen dentro de sí muchas pinturas de diversos colores, y a los demás principales se les dio diamanteas azules, y les dijo que se lo tenía en merced y que cuándo pagaría al señor Montezuma las mercedes que cada día nos hace.

Otro día por la mañana llegamos a la calzada ancha y vamos camino de Estapalapa. Y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes pobla-

ciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel cómo iba a Méjico, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto. Algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían, si era entre sueños, y no es de maravillar que yo escriba aquí de esta manera, porque hay mucho que ponderar en ello que no sé cómo lo cuente, ver cosas nunca oídas, ni vistas, ni aun soñadas, como veíamos. Pues desde que llegamos cerca de Estapalapa, ver la grandeza de otros caciques que nos salieron a recibir, que fue el señor de aquel pueblo, que se decía Coadlavaca, y el señor de Culuacán, que entrambos entre deudos muy cercanos de Montezuma.

Después de bien visto todo aquello, fuimos a la huerta y jardín, que fue cosa muy admirable verlo y pasearlo, que no me hartaba de mirar la diversidad de árboles y los olores que cada uno tenía, y andenes llenos de rosas y flores, y muchos frutales y rosales de la tierra, y un estanque de agua dulce. Otra cosa de ver: que podían entrar en el vergel grandes canoas desde la laguna por una abertura que tenían hecha, sin saltar en tierra.

DEL GRANDE Y SOLEMNE RECIBIMIENTO QUE NOS HIZO EL GRAN MONTEZUMA

Luego otro día de mañana partimos de Estapalapa, muy acompañados de aquellos grandes caciques que atrás he dicho. Íbamos por nuestra calzada adelante, la cual es ancha de ocho pasos, y va tan derecha a la ciudad de Méjico, que me parece que no se torcía poco ni mucho, y aunque es bien ancha, toda iba llena de aquellas gentes que no cabían, unos que entraban en Méjico y otros que salían, y los indios que nos venían a ver, que nonos podíamos rodear de tantos como vinieron.

Desde que vimos cosas tan admirables, no sabíamos qué decir, o si era verdad lo que por delante parecía, que por una parte en tierra había grandes ciudades, y en la laguna otras muchas, y veíamoslo todo lleno de canoas, y en la calzada muchos puentes de trecho a trecho, y por delante estaba la gran ciudad de Méjico; y nosotros aun no llegábamos a cuatrocientos soldados, y teníamos muy bien en la memoria las pláticas y avisos que nos dijeron los de Huexocingo, Tlascala y Tamanalco, y con otros muchos avisos que nos habían dado para que nos guardásemos de entrar en Méjico, que nos habían de matar desde que dentro nos tuviesen. Miren los curiosos lectores si esto que escribo si había bien que ponderar en ello. ¿Qué hombres ha habido en el universo que tal atrevimiento tuviesen?

Pasemos adelante y vamos por nuestra calzada. Ya que llegamos donde se aparta otra calzadilla que iba a Cuyuacán, que es otra ciudad, donde estaban unas como torres que eran adoratorios, vinieron muchos principales y caciques con muy ricas mantas sobre sí, con galanía de libreas diferenciadas las de los unos caciques de los otros, y las calzadas llenas de ello. Aquellos grandes caciques enviaba el gran Montezuma adelante a recibirnos, y así como llegaban antes Cortés decían en su lengua que fuésemos bienvenidos.

Desde allí se adelantaron Cacamatzin, señor de Tezcuco, y el señor de Estapalapa, y el señor de Tacuba, y el señor de Cuyuacán a encontrarse con el gran Montezuma, que venía cerca, en ricas andas, acompañado de otros grandes señores y caciques que tenían vasallos.

Ya que llegábamos cerca de Méjico, adonde estaban otras torrecillas, se apeó el gran Montezuma de las andas, y traíanles del brazo aquellos grandes caciques, debajo de un palio muy riquísimo a maravilla, y la color de plumas verdes con grandes labores de oro, con mucha argentería y perlas y piedras chalchihuís,

que colgaban de unas como bordaduras, que hubo mucho que mirar en aquello.

El gran Montezuma venía muy ricamente ataviado, según su usanza, y traía calzados unas como cotaras, que así se dice lo que se calzan, las suelas de oro, y muy preciada pedrería por encima de ellas.

Venían, sin aquellos cuatro señores, otros cuatro grandes caciques que traían el palio sobre sus cabezas, y otros muchos señores que venían delante del gran Montezuma barriendo el suelo por donde había de pisar, y le ponían mantas porque no pisase la tierra. Todos estos señores ni por pensamiento le miraban en la cara, sino los ojos bajos y con mucho acato, excepto aquellos cuatro deudos y sobrinos suyos que lo llevaban del brazo.

Como Cortés vio y entendió y le dijeron que venía el gran Montezuma, se apeó del caballo, y desde que llegó cerca de Montezuma, a una se hicieron grandes acatos. Montezuma le dio el bien venido, y nuestro Cortés le respondió con doña Marina que él fuese muy bien estado. Paréceme que Cortés, con la lengua doña Marina, que iba junto a él, le daba la mano derecha, y Montezuma no la quiso y se la dio él a Cortés.

Entonces sacó Cortés un collar que traía muy a mano de unas piedras de vidrio, que ya he dicho que se dicen margaritas, que tienen dentro de sí muchas labores y diversidad de colores, y venía ensartado en unos cordones de oro con almizcle porque diesen buen olor, y se lo echó al cuello al gran Montezuma, y cuando se lo puso le iba a abrazar, y aquellos grandes señores que iban con Montezuma detuvieron el brazo a Cortés que no le abrazase, porque lo tenían por menosprecio.

Luego Cortés, con la lengua doña Marina, le dijo que holgaba ahora su corazón en haber visto un tan gran príncipe, y que le

tenía en gran merced la venida de su persona a recibirle y las mercedes que le hace a la continua.

Entonces Montezuma le dijo otras palabras de buen comedimiento, y mandó a dos de sus sobrinos de los que le traían del brazo, que eran el señor de Tezcuco y el señor de Cuyuacán, que se fuesen con nosotros hasta aposentarnos. Montezuma con los otros dos sus parientes, Cuedlavaca y el señor de Tacuba, que le acompañaban, se volvió a la ciudad, y también se volvieron con él todas aquellas grandes compañías de caciques y principales que le habían venido a acompañar.

Quiero ahora decir la multitud de hombres, mujeres y muchachos que estaban en las calles y azoteas y en canoas en aquellas acequias, que nos salían a mirar. Era cosa de notar, que ahora que lo estoy escribiendo se me representa todo delante de mis ojos como si ayer fuera cuando esto pasó.

Dejemos palabras, pues las obras son buen testigo de lo que digo, y volvamos a nuestra entrada en Méjico, que nos llevaron a aposentar a unas grandes casas donde había aposentos para todos nosotros, que habían sido de su padre del gran Montezuma, que se decía Axayaca, adonde en aquella sazón tenía Montezuma sus grandes adoratorios de ídolos y una recámara muy secreta de piezas y joyas de oro, que era como tesoro de lo que había heredado de su padre Axayaca, que no tocaba en ello. Nos llevaron a aposentar a aquella casa porque, como nos llamaban teúles y por tales nos tenían, estuviésemos entre sus ídolos. Sea de una manera o sea de otra, allí nos llevaron, donde tenían hechos grandes estrados y salas muy entoldadas de paramentos de la tierra para nuestro capitán, y para cada uno de nosotros otras camas de esteras y unos toldillos encima.

Como llegamos y entramos en un gran patio, luego tomó por la mano el gran Montezuma a nuestro capitán, que allí le estuvo esperando, y le metió en el aposento y sala a donde había de

posar, que le tenía muy ricamente aderezada para según su usanza. Tenía aparejado un muy rico collar de oro de hechura de camarones, obra muy maravillosa, y el mismo Montezuma se lo echó al cuello a nuestro capitán Cortés, que tuvieron bien que mirar sus capitanes del gran favor que le dio.

Cuando se lo hubo puesto, Cortés le dio las gracias con nuestras lenguas, y dijo Montezuma: “Malinche, en vuestra casa estáis vos y vuestros hermanos. Descansad”. Luego se fue a sus palacios, que no estaban lejos.

Nosotros repartimos nuestros aposentos por capitanías, y nuestra artillería asestada en parte conveniente, y muy bien platicado la orden que en todo habíamos de tener, y estar muy apercibidos, así los de caballo como todos nuestros soldados.

Fue ésta nuestra venturosa y atrevida entrada en la gran ciudad de Tenustitlán Méjico, a ocho días del mes de noviembre, año de Nuestro Salvador Jesucristo de 1519.

CÓMO EL GRAN MONTEZUMA VINO A NUESTROS APOSENTOS

Como el gran Montezuma hubo comido y supo que nuestro capitán y todos nosotros hacía buen rato que habíamos hecho lo mismo, vino a nuestro aposento con gran copia de principales, todos deudos suyos, y con gran pompa. Como a Cortés le dijeron que venía, le salió a mitad de la sala a recibir, y Montezuma le tomó por la mano. Trajeron unos como asentadores hechos a su usanza, muy ricos y labrados de muchas maneras con oro. Y Montezuma dijo a nuestro capitán que se sentase, y se asentaron entrambos cada uno en el suyo.

Luego comenzó Montezuma un muy buen parlamento, y dijo que en gran manera se holgaba de tener en su casa y reino unos

caballeros tan esforzados como era el capitán Cortés y todos nosotros. Que hacía dos años que tuvo noticia de otro capitán que vino a lo de Champotón; y también el año pasado le trajeron nuevas de otro capitán que vino con cuatro navíos, que siempre los deseó ver, y que ahora que nos tiene ya consigo para servirnos y darnos de todo lo que tuviese, y que verdaderamente debe de ser cierto que somos los que sus antecesores, muchos tiempos pasados, habían dicho que vendrían hombres de donde sale el sol a señorear estas tierras.

Cortés le respondió con nuestras lenguas que consigo siempre estaban, en especial la doña Marina, y le dijo que no sabe con qué pagar él ni todos nosotros las grandes mercedes recibidas de cada día, y que ciertamente veníamos de donde sale el sol, y somos vasallos y criados de un gran señor que se dice el emperador don Carlos, que tiene sujetos a sí muchos y grandes príncipes, y que teniendo noticias de él y de cuán gran señor es, nos envió a estas partes a verle y a rogar que sean cristianos, como es nuestro emperador y todos nosotros, que salvarán sus ánimas él y todos sus vasallos.

Acabado este parlamento, tenía apercibido el gran Montezuma muy ricas joyas de oro y de muchas hechuras, que dio a nuestro capitán, y asimismo a cada uno de nuestros capitanes dio cositas de oro y tres cargas de antas de labores ricas de pluma; y entre todos los soldados también nos dio a cada uno a dos cargas de mantas, con alegría y en todo bien parecía gran señor.

Cuando lo hubo repartido, preguntó a Cortés si éramos todos hermanos y vasallos de nuestro gran emperador; y dijo que sí, que éramos hermanos en el amor y amistad, personas muy principales, y criados de nuestro gran rey y señor.

Había mandado Montezuma a sus mayordomos que, a nuestro modo y usanza, de todo estuviésemos proveídos, que es

maíz, piedras e indias para hacer pan, gallinas y fruta, y mucha hierba para los caballos.

CÓMO OTRO DÍA FUE NUESTRO CAPITÁN A VER AL GRAN MONTEZUMA

Otro día acordó Cortés ir a los palacios de Montezuma, y primero envió a saber qué hacía y que supiese cómo íbamos. Llevó consigo cuatro capitanes, que fueron Pedro de Alvarado, Juan Velásquez de León, Diego de Ordaz y Gonzalo de Sandoval, y también fuimos cinco soldados.

Como Montezuma lo supo, salió a recibirnos a mitad de la sala, muy acompañado de sus sobrinos, porque otros señores no entraban ni comunicaban adonde él estaba si no era a negocios importantes.

Cortés les comenzó a hacer un razonamiento con nuestras lenguas doña Marina y Aguilar y dijo que ahora que había venido a ver y hablar con un tan gran señor como era, estaba descansando y todos nosotros, pues ha cumplido el viaje y mandado que nuestro gran rey y señor la mandó. Lo que más le viene a decir de parte de nuestro señor Dios es que ya su merced habrá entendido de sus embajadores Tendile, Pitalpitoque y Quintalbor, cuando nos hizo las mercedes de enviarnos la luna y el sol de oro al arenal, cómo le dijimos que éramos cristianos y adoramos a un solo Dios verdadero, y que aquellos que ellos tienen por dioses, que no lo son, sino diablos, que son cosas muy malas, y cuales tienen las figuras, que peores tienen los hechos, y que mirasen cuán malos son y de poca valía, que adonde tenemos puestas cruces como las que vieron sus embajadores, con temor de ellas no osan parecer delante, y que el tiempo andando lo verán. Que ahora le pide por merced que esté atento a las pa-

labras que le quiere decir,. Y luego le dijo, muy bien dado a entender, de la creación del mundo, y cómo todos somos hermanos, hijos de un padre y de una madre, que se decían Adán y Eva, y como tal hermano, nuestro gran emperador, doliéndose de la perdición de las ánimas que son muchas las que aquellos sus ídolos llevan al infierno, donde arden en vivas llamas, nos envió para que esto que ha oído lo remedien, y no adores aquellos ídolos y les sacrifiquen más indios ni indias, pues todos somos hermanos, ni consienta sodomías ni robos.

Como pareció que Montezuma quería responder, cesó Cortés la plática, y dijo a todos nosotros que con él fuimos: "Con esto cumplimos, por ser el primer toque". Montezuma respondió: "Señor Malinche, muy bien tengo entendido vuestras pláticas y razonamientos antes de ahora, que a mis criados, antes de esto, les dijisteis en el arenal eso de tres dioses y de la cruz, y todas las cosas que en los pueblos por donde habéis venido habéis predicado. No os hemos respondido a cosa ninguna de ellas porque desde ab initio acá adoramos nuestros dioses y los tenemos por buenos. Así deben ser los vuestros y no curéis más al presente de hablarnos de ellos. En eso de la creación del mundo, así lo tenemos nosotros creído muchos tiempos ha pasados, y a esa causa tenemos por cierto que sois los que nuestros antecesores nos dijeron que vendrían de adonde sale el sol. A ese vuestro gran rey yo le soy en cargo y le daré de lo que tuviere, porque, como dicho tengo otra vez, bien hace dos años tengo noticias de capitanes que vinieron con navíos por donde vosotros vinisteis, y decían que eran criados de ese vuestro gran rey. Querría saber si sois todos uno".

Cortés le dijo que sí, que todos éramos hermanos y criados de nuestro emperador, y que aquéllos, vinieron a ver el camino y mares y puertos, para saberlo muy bien y venir nosotros, como venimos. Decíalo Montezuma por lo de Francisco Hernández de

Córdoba y Grijalva, cuando vinimos a descubrir la primera vez; y dijo que desde entonces tuvo pensamiento de haber alguno de aquellos hombres que venían, para tener en sus reinos y ciudades para honrarlos, y que pues sus dioses les habían cumplido sus buenos deseos, y ya estábamos en su casa, las cuales se pueden llamar nuestras, que holgásemos y tuviésemos descanso, que allí seríamos servidos. Que si algunas veces nos enviaba a decir que no entrásemos en su ciudad, que no era de su voluntad, sino porque sus vasallos tenían temor, que les decían que echábamos rayos y relámpagos, y con los caballos matábamos muchos indios, y que éramos teúles bravos y otras cosas de niñería.

DE LA MANERA Y PERSONA DEL GRAN MONTEZUMA Y DE CUÁN GRANDE SEÑOR ERA

Era el gran Montezuma de edad hasta de cuarenta años, e buena estatura y bien proporcionado, cenceño y de pocas carnes, y el color no muy moreno, sino propio color y matiz de indio. Traía los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrían las orejas, y pocas barbas, prietas, bien puestas y ralas. El rostro algo largo y alegre, los ojos de buena manera, y mostraba en su persona, en el mirar, por un cabo amor, y cuando era menester, gravedad. Era muy pulido y limpio, bañábase cada día una vez a la tarde. Tenía muchas mujeres por amigas, hijas de señores, aunque tenía dos grandes cacicas por sus legítimas mujeres, que cuando usaba con ellas era tan secretamente, que no lo alcanzaban a saber sino algunos de los que le servían. Era muy limpio de sodomías. Las mantas y ropas que se ponía un día no se las ponía sino de tres o cuatro días. Tenía sobre doscientos principales de su guarda en otras salas junto ala suya, y esto no para que hablasen todos con é, sino cuál y cuál, y cuando le iban a hablar se habían de quitar las mantas ricas y ponerse otras de poca val-

ía, más habían de ser limpias, y habían de entrar descalzos y los ojos bajos puestos en tierra, y no mirarle a la cara, y con tres reverencias que le hacían, le decían en ellas: “Señor, mi señor, mi gran señor”, primero que a él llegasen.

Desde que le daban relación a lo que iban, sin poca palabras les despachaba. No le volvía las espaldas al despedirse de él, sino la cara y ojos bajos en tierra, hacia donde estaba, y no vueltas las espaldas hasta que salían de la sala. Otra cosa que vi, que cuando otros grandes señores venían de lejanas tierras a pleitos o negocios, cuando llegaban a los aposentos del gran Montezuma, habían de venir descalzos y con pobres mantas, y no habían de entrar derecho en los palacios, sino rodear un poco por un lado de la puerta del palacio, que entrar de rota batida teníanlo por desacato.

En el comer, le tenían sus cocineros sobre treinta manera de guisados, hechos a su manera y usanza, y teníanlo puestos en braseros de barro chicos debajo, porque no se enfriasen, y que aquello que el gran Montezuma había de comer guisaban más de trescientos platos, sin más de mil para la gente de su guarda.

Oí decir que le solían guisar carnes de muchachos de poca edad, y como tenía tantas diversidades de guisados y de tantas cosas, no lo echábamos de ver si era carne humana o de otras cosas, porque cotidianamente le guisaban gallinas, gallos de papada, faisanes, perdices de la tierra, codornices, patos mansos y bravos, venado, puerco de la tierra, pajaritos de caña, palomas, liebres y conejos, y muchas maneras de aves y cosas que se crían en estas tierras, que son tantas que nos las acabaré de nombrar tan presto.

Dejemos de hablar de esto y volvamos a l manera que tenía en su servicio al tiempo de comer. Es de esta manera: que, si hacía frío, teníanle hecha mucha lumbre de ascuas de una leña de cortezas de árboles, que no hacían humo, y el olor de las cor-

tezas de que hacían aquellas ascuas muy oloroso, y porque no le diesen más calor de lo que él quería, ponían delante una como tabla labrada con oro y otras figuras de ídolos, y él sentado en un asentadero bajo, rico y blando, y la mesa también baja, hecha de la misma manera de los asentaderos.

Allí le ponían sus manteles de mantas blancas y unos pañizuelos algo largos de lo mismo, y cuatro mujeres muy hermosas y limpias le daban aguamanos en unos como a manera de aguamaniles hondos, que llaman xicales; ponían debajo, para recoger el agua, otras a manera de platos, y le daban sus toallas, y otras dos mujeres les traían el pan de tortillas.

Ya que comenzaba a comer, echábanle delante una como puerta de madera muy pintada de oro, porque no le viesen comer, y estaban apartadas las cuatro mujeres; y allí se le ponían a sus lados cuatro grandes señores viejos en pie, con quien Montezuma de cuando en cuando platicaba y preguntaba cosas; y que mucho favor daba a cada uno de estos viejos un plato de lo que a él más le sabía.

Servíase con barro de Cholula, uno colorado y otro prieto. Mientras que comía ni por pensamiento habían de hacer alboroto ni hablar alto los de su guarda, que estaban en las salas, cerca de la de Montezuma. Traíanle fruta de todas cuantas había en la tierra, mas no comía sino muy poca. De cuando en cuando traían unas como a manera de copas de oro fino con cierta bebida hecha del mismo cacao. Decían que era para tener acceso con mujeres, y entonces no mirábamos en ello; mas lo que yo vi es que traían sobre cincuenta jarros grandes, hechos de buen cacao, con su espuma, y de aquello bebía, y las mujeres le servían al beber con gran acato.

Algunas veces, al tiempo de comer, estaban unos indios corcovados, muy feos, porque eran chicos de cuerpo y quebrados por medio los cuerpos, que entre ellos eran chocarreros, y otros

indios que debían ser truhanes, que le decían gracias, y otros indios que debían de ser truhanes, que le decían gracias, y otros que le cantaban y bailaban, porque Montezuma era aficionado a placeres y cantares. A aquéllos mandaba dar los relieves y jarros del cacao.

Las mismas cuatro mujeres alzaban los manteles y le tornaban a dar aguamanos, con mucho acato que le hacían; y hablaba Montezuma a aquellos cuatro principales en cosas que le convenían, y se despedían de él con gran reverencia que le tenían, y él se quedaba reposando. Cuando el gran Montezuma había comido, luego comían todos los de su guarda y otros muchos de sus serviciales de casa, y me parece que sacaban sobre mil platos de aquellos manjares que dicho tengo.

También le ponía en la mesa tres cañutos muy pintados y dorados, y dentro tenían liquidámbar revuelto con unas yerbas que se dice tabaco. Cuando acababa de comer, después que le habían bailado y cantado y alzado la mesa, tomaba el humo de uno de aquellos cañutos, y muy poco, y con ello se dormía.

Acuérdome que eran en aquel tiempo su mayordomo mayor un gran cacique, que le pusimos por nombre Tapia, y tenía cuanta de todas las rentas que le traían a Montezuma con sus libros, hechos de su papel, que se dicen amal, y tenía d estos libros una gran casa de ellos. Dejemos de hablar de los libros y cuentas pues va fuera de nuestra relación, y digamos cómo tenía Montezuma dos casas llenas de todo género de armas, y muchas de ellas ricas, con oro y pedrería, donde había rodelas grandes y chicas, y unas como macanas, y otras a manera de espadas de a dos manos, engastadas en ellas unas navajas de pedernal, que cortan mucho mejor que nuestras espadas, y otras lanzas más largas que no la nuestras, con una braza de cuchilla, engastadas en ella muchas navajas, que aunque den con ellas en un broquel

o rodela no saltan, y cortan, en fin, como navajas, que se rapan con ellas las cabezas.

Dejemos esto y vamos a la casa de aves, y por fuerza me he de detener en contar cada género de qué calidad era, desde águilas reales y otras águilas más chicas y otras muchas maneras de aves de grandes cuerpos hasta pajaritos muy chicos, pintados de diversos colores, y también donde hacen aquellos ricos plumajes que labran de plumas verdes. Las aves de estas plumas tienen el cuerpo a manera de las picazas que hay en nuestra España; llámanse en esta tierra quetzales.

Otros pájaros que tienen la pluma de cinco colores, que es verde, colorado, blanco, amarillo y azul; éstos no sé cómo se llaman. Pues papagayos de otros diferenciados colores tenían tantos que no se me acuerdan los nombres.

Dejemos esto y vayamos a otra gran casa donde tenían muchos ídolos y decían que eran sus dioses bravos, y con ellos todo género de alimañas, de tigres y leones de dos maneras, unos que son de hechura de lobos, que en esta tierra se llaman adives, y zorros, y otras alimañas chicas, y todas estas carnicerías se mantenían con carne. Las más de ellas criaban en aquella casa, y les daban de comer venados, gallinas, perrillos y otras cosas que cazaban, y aun oí decir que cuerpos de indios de los que sacrificaban.

Pues también tenían en aquella maldita casa muchas víboras y culebras emponzoñadas que traen en la cola uno que suena como cascabeles. Éstas son las peores víboras de todas, y teníanlas en unas tinajas y en cántaros grandes, y en ellos mucha pluma, y allí ponían sus huevos y criaban sus viboreznos. Les daban a comer de los cuerpos de los indios que sacrificaban y otras carnes de perros de los que ellos solían criar; y aun tuvimos por cierto que cuando nos echaron de Méjico y nos mataron sobre ochocientos cincuenta de nuestros soldados, que de las muertes

mantuvieron muchos días aquellas fieras alimañas y culebras, según diré en su tiempo y sazón; y estas culebras y alimañas tenían ofrecidas a aquellos sus ídolos bravos para que estuviesen en su compañía.

Pasemos adelante y digamos de los grande oficiales que tenían de cada oficio que entre ellos se usaban. Comencemos por lapidarios y plateros de oro y plata y todo vaciadizo, que en nuestra España los grandes plateros tienen que mirar en ello, y de éstos tenía tantos y tan primos en un pueblo que se dice Escapuzalco, una legua de Méjico. Pues labrar piedras finas y chalchihuís, que son como esmeraldas, otros muchos grandes maestros. Vamos adelante a los grandes oficiales de labrar y asentar de pluma y pintores y entalladores muy sublimados, que por lo que ahora hemos visto la obra que hacen, tendremos consideración en lo que entonces labraban. Que tres indios hay ahora en la ciudad de Méjico tan primísimos en su oficio de entalladores y pintores, que se dicen Marcos de Aquino, Juan de la Cruz y el Crespillo, que si fueran en el tiempo de aquel antiguo y afamado Apeles, o de Miguel Ángel, o Berruguete, que son de nuestro tiempo, también les pusieran en el número de ellos.

Pasemos adelante y vamos a las indias tejedores o labranderas, que le hacían tanta multitud de ropa fina con muy grandes labores de pluma. De donde más cotidianamente le traían era de unos pueblos y provincia que está en la costa del norte, que se decían Cotastán, muy cerca de San Juan de Ulúa.

En su casa del mismo gran Montezuma todas las hijas de señores que él tenía por amigas siempre tejían cosas muy primas, y otras muchas hijas de vecinos mejicanos, que estaban como a manera de recogimiento, que querían parecer monjas, también tejían, y todo de pluma. Estas monjas tenían sus casas cerca del gran cu del Huichilobos, y por devoción suya o de otro ídolo de mujer, que decían que era su abogada para casamientos, las met-

ían sus padres en aquella religión hasta que se casaban, y de allí las sacaban para casarlas.

Pasemos adelante y digamos de la gran cantidad que tenía el gran Montezuma de bailadores y danzadores, y otros que traen un palo con los pies, y de otros que parecen como matachines, y éstos eran para darle placer. Digo que tenía un barrio de éstos, que no entendían en otra cosa.

Pasemos adelante y digamos de los oficiales que tenía de canteros, albañiles y carpinteros, que todos entendían en las obras de sus casas; también digo que tenía tantas cuantas quería.

No olvidemos las huertas de flores y árboles olorosos, y de los muchos géneros que de ellos tenía, y el concierto y paseaderos de ellas, y de sus albercas y estanques de agua dulce, cómo viene el agua por un cabo y va por otro, y de los baños que dentro tenían, y de la diversidad de pajaritos chicos que en los árboles criaban, y de qué hierbas medicinales y de provecho que en ellas tenía era cosa de ver; y para todo esto muchos hortelanos, y todo labrado de cantería y muy encalado, así baños como paseaderos, y otros retretes, y apartamentos como cenaderos, y también adonde bailaban y cantaban.

CÓMO NUESTRO CAPITÁN SALIÓ A VER LA CIUDAD DE MÉJICO

Como hacía ya cuatro días que estábamos en Méjico y no salí el capitán ni ninguno de nosotros de los aposentos, excepto a las casas y huertas, nos dijo Cortés que sería bien ir a la plaza mayor y ver el gran adoratorio de su Huichilobos, y que quería enviarlo a decir al gran Montezuma que lo tuviese por bien.

Y Montezuma, como lo supo, envió a decir que fuésemos mucho en buena hora, y por otra parte temió no le fuésemos a

hacer algún deshonor a sus ídolos, y acordó ir él en persona con muchos de sus principales.

En sus ricas andas salió de sus palacios hasta la mitad del camino. Junto a unos adoratorios se apeó delas andas porque tenía por gran deshonor de sus ídolos ir hasta su casa y adoratorio de aquella manera, y llevábanle del brazo grandes principales. Iban delante de él señores de vasallos, y llevaban delante dos bastones como cetros, alzados en alto, que era señal que iba allí el gran Montezuma; y cuando iba en las andas llevaba una varita medio de oro y medio de palo, levantada, como vara de justicia. así se fue y subió en su gran cu, acompañado de muchos papas, y comenzó a sahumar y hacer otras ceremonias al Huichilobos.

Dejemos a Montezuma, que ya había ido adelante, y volvamos a Cortés y a nuestros capitanes y soldados, que como siempre teníamos por costumbre de noche u

y de día estar armados, y así nos veía estar Montezuma cuando le íbamos a ver, no lo tenía por cosa nueva. Digo esto porque a caballo nuestro capitán con todos los demás que tenían caballos, y la mayor parte de nuestros soldados muy apercibidos, fuimos al Tatelulco, e iban muchos caciques que Montezuma envió para que nos acompañasen.

Cuando llegamos a la gran plaza, como no habíamos visto tal cosa, quedamos admirados de la multitud de gente y mercaderías que en el había y del gran concierto y regimiento que en todo tenían. Los principales que iban con nosotros nos lo iban mostrando. Cada género de mercaderías estaban por sí, y tenían situados y señalados sus asientos. Comencemos por los mercaderes de oro y plata y piedras ricas, plumas y mantas y cosas labradas, y otras mercaderías de indios esclavos y esclavas. Traían tantos de ellos a vender a aquella plaza como traen los portugueses los negros de Guinea, y traíanlos atados en unas varas largas

con colleras a los pescuezos, porque no se les huyesen, y otros dejaban sueltos.

Luego estaba otros mercaderes que vendían ropa más basta y algodón y cosas de hilo torcido, y cacahuateros que vendían cacao, y de esta manera estaban cuantos géneros de mercaderías hay en toda la Nueva España, puesto por su concierto, de la manera que hay en mi tierra, que es Medina del Campo, donde se hacen las ferias, que en cada calle están sus mercaderías por sí. Así estaban en esta gran plaza, y los que vendían mantas de henequén y sogas y cotaras, que son los zapatos que calzan y hacen del mismo árbol, y raíces muy dulces cocidas, y otras rebusterías, que sacan del mismo árbol, todo estaba en una parte de la plaza; y cueros de tigres, de leones y de nutrias, y de adives y venados y de otras alimañas y tejones y gatos monteses, de ellos adobados y otros sin adobar, estaban en otra parte, y otros géneros de cosas y mercaderías.

Pasemos adelante y digamos de los que vendían frijoles y chía y otras legumbres y hierbas a otra parte. vamos a los que vendían gallinas, gallos de papada, conejos, liebres, venados y anadones, perrillos y otras cosas de este arte, a su parte dela plaza. Digamos de las fruteras, de las que vendían cosas cocidas, mazamorreras y malcacinado, también a su parte. pues todo género de loza, hecha de mil maneras, desde tinajas grandes y jarrillos chicos, que estaban por sí aparte; y también los que vendían mil y melcochas y otras golosinas que hacían como nuégados. Pues los que vendían madera, tablas, cunas, vigas, tajos y bancos, y todo por sí.

Vamos a los que vendían leña ocote, y otras cosas de esta manera. ¿Qué quieren más que diga que hablando con acato, también vendían muchas canoas llenas de yenda de hombres, que tenían en los esteros cerca de la plaza? Y esto era para hacer

sal o para curtir cuerpos, que sin ella dicen que no se hacía buena.

¿Para qué gasto yo tantas palabras de lo que vendían en aquella gran plaza? Porque es para no acabar tan presto de contar por menudo todas las cosas, sino que papel, que en esta tierra llaman amal, y unos cañutos de olores con liquidámbar, llenos de tabaco, y otros ungüentos amarillos y cosas de este arte, vendían mucha grana debajo de los portales que estaban en aquella plaza. Había muchos herbolarios y mercaderías de otra manera. Y tenían allí sus casas, adonde juzgaban tres jueces y otros como alguaciles ejecutores que miraban las mercaderías.

Se me había olvidado la sal y los que hacían navajas de pederna, y de cómo las sacaban de la misma piedra.

Así dejamos la gran plaza sin más la ver y llegamos a los grandes patios y cercas donde estaba el gran cu. Tenía antes de llegar a él u gran circuito de patios, que me parece que era más que la plaza que hay en Salamanca, y con dos cercas alrededor de calicanto, y el mismo patio y sitio todo empedrado de piedras grandes de lozas blancas y muy lisas, y adonde no había de aquellas piedras estaba encalado y bruñido, y todo muy limpio, que no hallaron una paja ni polvo en todo él.

Cuando llegamos cerca del gran cu, antes que subiésemos ninguna grada de él, envió el gran Montezuma desde arriba, donde estaba haciendo sacrificios, seis papas y dos principales para que acompañasen a nuestro capitán general.

Como subimos a lo alto del gran cu, en una placeta que arriba se hacía, adonde tenían un espacio como andamios, y en ellos puestas unas grandes piedras, adonde ponían los tristes indios para sacrificar, allí había un gran bulto de como dragón, y otras malas figuras, y mucha sangre derramada de aquel día.

Así como llegamos, salió Montezuma de un adoratorio, adonde estaban sus malditos ídolos, que era en lo alto del gran cu, y vinieron con él dos papas, y con muchos acato que hicieron a Cortés y a todos nosotros, le dijo: “Cansado estaréis, señor Malinche, de subir a este nuestro gran templo”. Cortés le dijo con nuestras lenguas, que iban con nosotros, que él ni nosotros no nos cansábamos en cosa ninguna.

Luego Montezuma le tomó por la mano y le dijo que mirase su gran ciudad y todas las demás ciudades que había dentro en el agua, y otros muchos pueblos alrededor de la misma laguna entierra, y que si no había visto muy bien su gran plaza, que desde allí la podría ver mucho mejor.

Así lo estuvimos mirando, porque desde aquel grande y maldito templo estaba tan alto que todo lo señoreaba muy bien; y allí vimos las tres calzadas que entran en Méjico, que es la de Istapalapa, que fue por la que entramos cuatro días hacía, y la de Tacuba, que fue por donde después salimos huyendo la noche de nuestro gran desbarate, cuando Cuedlavaca, nuevo señor, no echó de la ciudad, y la de Tepeaquilla. Y veíamos el agua dulce que venía de Chapultepec, de que se proveía la ciudad, y en aquellas tres calzadas, las puentes que tenían hechas de trecho en trecho, pro donde entraba y salía el agua dela laguna de una parte a otra; y veíamos en aquella gran laguna tanta multitud de canoas, unas que venían con bastimentos y otras que volvían con carga y mercaderías; y veíamos que cada casa de aquella gran ciudad, y de todas las demás ciudades que estaban pobladas en el agua, de casa a casa no se pasaba sino por unas puentes levadizas que tenían hechas de madera, o de canoas; y veíamos en aquellas ciudades cúes y adoratorios a manera de torres y fortalezas, y todas blanqueando, que era cosa de admiración, y las casas de azoteas, y ellas calzadas otras torrecillas y adoratorios que eran como fortalezas.

Después de bien mirado y considerado todo lo que habíamos visto, tornamos a ver la gran plaza y la multitud de gente que en ella había, unos comprando y otros vendiendo, que solamente el rumor y zumbido de las voces y palabras que allí sonaba más que de una legua. Entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, en Constantinopla y en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien comparada y con tanto concierto y tamaña y llena de tanta gente no ha habían visto.

Luego nuestro Cortés dijo a Montezuma, con doña Marina, la lengua: "Muy gran señor es vuestra merced, y de mucho más es merecedor. Hemos holgado de ver vuestras ciudades. Lo que os pido por merced es que, pues estamos aquí, en este vuestro templo, que nos mostréis vuestros dioses y teúles". Montezuma dijo que primero hablaría con sus grandes papas. Y luego que con ellos hubo hablado dijo que entrásemos en una torrecilla y apartamiento a manera de sala, donde estaban dos como altares, con muy ricas tablazones encima del techo. En cada altar estaban dos bultos, como de gigante, de muy altos cuerpos y muy gordos, y el primero, que estaba a mano derecha, decían que era el de Huichilobos, su dios de la guerra. Tenía la cara y rostro muy ancho y los ojos disformes y espantables. En todo el cuerpo tanta de la pedrería, oro, perlas y aljófar pegado con engrudo, que hacen en esta tierra de unas como raíces, que todo el cuerpo y cabeza estaba lleno de ello, y ceñido al cuerpo unas a manera de grandes culebras hechas de oro y pedrería, y en una mano tenía un arco y en otra unas flechas. Otro ídolo pequeño que allí junto a él estaba. Que decían que era su paje, le tenía una lanza no larga y una rodela muy rica de oro y pedrería. Tenía puestos al cuello el Huichilobos unas caras de indio y otros como corazones de los mismos indios, y éstos de oro y algunos de plata, con muchas pedrerías azules.

Estaban allí unos braseros con incienso, que es su copal, y con tres corazones de indios que aquel día habían sacrificado y se quemaban, y con el humo y copal le habían hecho aquel sacrificio. Y estaban todas las paredes de aquel adoratorio tan babadas y negras de costras desangre, y asimismo el suelo, que todo hedía muy malamente. Luego vimos a otra parte, de la mano izquierda, estas el otro gran bulto, delator del Huichilobos, y tenía un rostro como de oso, y unos ojos que le relumbraban, hechos de sus espejos, que se dice tezcat, y el cuerpo con ricas piedras pegadas, según y de la manera del otro su Huichilobos, porque, según decían, entrambos eran hermanos. Este Tezcatepuca era el dios de los infiernos, y tenía cargo de las ánimas de los mejicanos, y tenía ceñido el cuerpo con unas figuras como diablillos chicos, y las colas de ellos como sierpes, y tenía en las paredes tantas costras de sangre y el suelo todo bañado de ello, que en los mataderos de Castilla no había tanto hedor.

En lo más alto de todo el cu estaba otra concavidad muy ricamente labrada de madera de ella, y estaba otro bulto como de medio hombre y medio lagarto, todo lleno de piedras ricas y la mitad de él enmantado. Este decían que el cuerpo de él estaba lleno de todas las semillas que había en toda la tierra, y decían que era el dios de las sementeras y frutas; no se me acuerda el nombre.

Dejemos esto y digamos de los grandes y suntuosos patios que estaban delante del Huichilobos, donde está ahora señor Santiago, que se dice el Tatelulco. Ya he dicho que tenían dos cercas de calicanto antes de entrar dentro, y que era empedrado de piedras blancas como losas, y muy encalado y bruñido y limpio, y sería de tanto compás y tan ancho como la plaza de Salamanca. Un poco apartado del gran cu estaba otra torrecilla, que también era casa de ídolos o puro infierno, porque tenía la boca de la una puerta una muy espantable boca de las que pintan que

dicen que están en los infiernos. Asimismo estaban unos bultos de diablos y cuerpos de sierpes junto a la puerta, y tenía un poco apartado un sacrificadero, y todo ello muy ensangrentado y negro de humo y costras de sangre, y tenían muchas ollas grandes y cántaros y tinajas dentro en la casa, llenas de agua, que era allí donde cocinaban la carnes de los tristes indios que sacrificaban y que comían los papas.

Pasemos adelante del patio, y vamos a otro cu, donde había enterramientos de grandes señores mejicanos, que también tenía otros muchos ídolos, y todo lleno de sangre y humo, y tenía otras puertas y figuras de infierno. Luego junto de aquel cu estaba otro lleno de calaveras y zancarrones, puestos con gran concierto, que se podían ver, mas no se podrían contar.

En cada casa o cu y adoratorio que he dicho estaban papas con sus vestiduras largas de mantas prietas y las capillas como de dominicos, que también tiraban un poco a las de los canónigos, y el cabello muy largo, que no se puede desparcir ni desenredar, y todos los más sacrificadas las orejas, y en los mismos cabellos mucha sangre.

No quiero detenerme más en contar de ídolos, sino solamente diré que alrededor de aquel gran patio había muchas casas y no altas, que era donde posaban y residían los papas y otros indios que tenían cargo de los ídolos. También tenían otra muy mayor albarca o estanque de agua, y muy limpia, a una parte del gran cu. Era dedicada solamente para el servicio del Huichilobos y Tezcatepuca, y entraba el agua en aquella alberca por caños encubiertos que venían de Chapultepec.

Allí cerca estaban otros grandes aposentos a manera de monasterio, donde estaban recogidas muchas hijas de vecinos mejicanos, como monjas, hasta que se casaban; y allí estaban dos bultos de ídolos de mujeres, que eran abogadas de los casamientos de las mujeres, y a aquéllas sacrificaban.

Una cosa de reír es que tenían encada provincia sus ídolos, y los de una provincia o ciudad no aprovechaban a los otros, y así tenían infinitos.

CÓMO SE ACORDÓ PRENDER A MONTEZUMA

Como nuestro capitán Cortés y el fraile de la Merced vieron que Montezuma no tenía voluntad que en el cu de su Huichilobos pusiésemos la cruz ni hiciésemos iglesia, acordóse que demandásemos a los mayordomos del gran Montezuma albañiles para que en nuestro aposento hiciésemos una iglesia.

Los mayordomos dijeron que se lo harían saber a Montezuma. Nuestro capitán envió a decírselo, y luego dio licencia y mandó dar todo recaudo. En dos días teníamos nuestra iglesia hecha y la santa cruz puesta delante de los aposentos, y allí se decía misa cada día hasta que se acabó el vino, que como Cortés y otros capitanes y el fraile estuvieron malos cuando las guerras de Tlascala, dieron prisa al vino que teníamos para misas.

Pues estando que estábamos en aquellos aposentos, como somos de tal calidad y todo lo trascendemos y queremos saber, cuando mirábamos adonde mejor y en más convenible parte habíamos de hacer el altar, dos de nuestros soldados, que uno de ellos era carpintero de lo blanco, que se decía Alonso Yánez, vieron en una pared como señal que había sido puerta, y estaba cerrada y muy bien encalada y bruñida. Como había fama y teníamos relación que en aquel aposento tenía Montezuma el tesoro de su padre Axacaya, sospechose que estaría en aquella sala, y el Yánez lo dijo a Juan Velásquez de León y a Francisco de Lugo y aquellos capitanes se lo dijeron a Cortés, y secretamente se abrió la puerta.

Cuando fue abierta, y Cortés con ciertos capitanes entraron primero dentro y vieron tanto número de joyas de oro y en planchas, y tejuelos muchos y piedras de chalchihuís y otras muy grandes riquezas, quedaron suspensos.

Luego lo supimos entre todos los demás capitanes y soldados y lo entramos a ver muy secretamente. Acordóse por todos nuestros capitanes y soldados que ni por pensamiento se tocase en cosa ninguna de ellas, sino que la misma puerta se tornase luego a poner sus piedras y se cerrase y encalase dela manera que la hallamos, y que no se hablase en ello por que no lo alcanzase a saber Montezuma.

Dejemos esto de esta riqueza y digamos que como teníamos tan esforzados capitanes y soldados apartaron a Cortés en la iglesia cuatro de nuestros capitanes, y juntamente doce soldados de quien él se fiaba y comunicaba, y yo era uno de ellos, y le dijimos que mirase la red y garlito donde estábamos y la gran fortaleza de aquella ciudad, y mirase las puentes y calzadas y las palabras y avisos que por todos los pueblos por donde hemos venido nos han dado de que había aconsejado el Huichilobos a Montezuma que nos dejase entrar en su ciudad y que allí nos matarían. Que mirase que los corazones de los hombres son muy mudables, en especial en los indios, y que no tuviese confianza de la buena voluntad y amor que Montezuma nos muestra, porque de una hora a otra la mudaría, y cuando se le antojase darnos guerra, con quitarnos la comida o el agua o alzar cualquier puente, nonos podríamos valer, y que mira la gran multitud de indios que tiene de guerra en su guarda, y que qué podríamos nosotros hacer para ofenderlos o para defendernos, porque todas las casas tienen en el agua. Pues socorros de nuestros amigos los de Tlascala ¿por dónde han de entrar? Y pues es cosa de ponderar todo esto que le decíamos, que luego sin más dilación pren-

diésemos a Montezuma, si queríamos asegurar nuestras vidas, y que no se aguardase para otro día.

De manera que estuvimos platicando en este acuerdo bien una hora si le prenderíamos o no, y qué manera tendríamos. A nuestro capitán bien se le encajó este postrer consejo; y dejábamoslo para otro día.

Después de estas pláticas, otro día por la mañana vinieron dos indios de Tlascala, muy secretamente, con unas cartas dela Villa Rica. Lo que se contenía en ellas decía que Juan de Escalante, que quedó por alguacil mayor, era muerto, y seis soldados juntamente con él, en una batalla que le dieron los mejicanos, y también le mataron el caballo y a muchos indios totonaques que llevó en su compañía, y que todos los pueblos de la sierra y Cempoal y su sujeto están alterados y no les quieren dar comida ni servir en la fortaleza, y que no saben qué hacerse.

Cuando oímos aquellas nuevas sabe Dios cuánto pesar tuvimos todos. Éste fue el primer desbarate que tuvimos en la Nueva España.

DE LA PRISIÓN DEL GRAN MONTEZUMA

Como teníamos acordado el día antes prender a Montezuma, toda la noche estuvimos en oración rogando a Dios que fuese de tal manera que redundase para su santo servicio, y otro día de mañana fue acordado dela manera que había de ser.

Ya puestos a punto todos, envióle nuestro capitán a hacerle saber cómo iba a su palacio, porque así lo tenía por costumbre, y no se alterase viéndole ir de sobresalto. Montezuma bien entendió, poco más o menos, que iba enojado por lo de Almería.

Como entró Cortés, después de haberle hecho sus acatos acostumbrados, le dijo con nuestras lenguas: “Señor Montezu-

ma, muy maravillado de vos estoy, siendo tan valeroso príncipe y habiéndonos dado por nuestro amigo, mandar a vuestros capitanes que teníais en la costa cerca de Tuzpan que tomasen armas contra mis españoles, y tener atrevimiento de robar los pueblos que están en guarda y amparo de nuestro rey y señor, y demandarles indios e indias para sacrificar, y matar un español, hermano mío y un caballo". No le quiso decir del capitán ni de los seis soldados que murieron luego que llegaron a la Villa Rica, porque Montezuma no lo alcanzó a saber. También le dijo Cortés: "Teniéndole por tan amigo, mandé a mis capitanes que en todo lo que posible fuese os sirviesen y favoreciesen, y vuestra merced, por el contrario, no lo ha hecho. Asimismo en lo de Cholula tuvieron vuestros capitanes, con gran copia de guerreros, ordenado por vuestro mandado que nos matasen. Helo disimulado lo de entonces por lo mucho que os quiero, y asimismo ahora vuestros vasallos y capitanes se han desvergonzado y tienen pláticas secretas que no queréis mandar matar. Por estas causas no quería comenzar guerra ni destruir esta ciudad. Conviene que para excusarse todo, que luego callando y sin hacer ningún alboroto vayáis con nosotros a nuestro aposento, que allí seréis servido y mirado muy bien, como en vuestra propia casa. Y si alboroto o voces dais, luego seréis muerto por estos capitanes, que no los traigo para otro efecto".

Cuando esto oyó Montezuma, estuvo muy espantado y sin sentido, y respondió que nunca tal mandó que tomasen armas contra nosotros, y que enviaría luego a llamar sus capitanes, y se sabría la verdad, y los castigaría. Luego en aquel instante quitó de su brazo y muñeca el sello y señal de Huichilobos, que aquello era cuando mandaba alguna cosa grave y de peso para que se cumpliese, y luego se cumplía. En lo de ir preso y salir de sus palacios contra su voluntad, dijo que no era persona la suya para que tal le mandase, y que no era su voluntad salir. Cortés le re-

plicó muy buenas razones, Montezuma le respondía muy mejores, y que no había de salir de sus casas.

Como Juan Velásquez de León y los demás capitanes vieron que se detenía con él, y no veían la hora de haberlo sacado de sus casas y tenerlo preso, hablaron a Cortés algo alterados, y dijeron: "¿Qué hace vuestra merced ya con tantas palabras? O le llevamos preso o le daremos estocadas. Por eso, tórnele a decir que si da voces o hace alboroto que le mataremos, porque más vale que de esta vez aseguremos nuestras vidas o las perdamos".

Entonces Montezuma dijo a Cortés: "Señor Malinche, ya que eso queréis que sea, yo tengo un hijo y dos hijas legítimas. Tomadlos en rehenes y a mí no me hagáis esta afrenta. ¿Qué dirán mis principales si me viesen llevar preso?" Tornó a decir Cortés que su persona había de ir con ellos, y no había de ser otra cosa, y en fin de muchas razones que pasaron, dijo que él iría de buena voluntad.

Luego le trajeron sus ricas andas, en que solía salir, con todo sus capitanes, que le acompañaron. Y fue a nuestro aposento, donde le pusimos guardas y velas, y todos cuantos servicios y placeres le podíamos hacer. luego le vinieron a ver todos los mayores principales mejicanos y sus sobrinos a hablar con él y a saber la causa de su prisión, y si mandaba que nos diesen guerra. Montezuma les respondió que él holgaba de estar algunos días allí con nosotros de buena voluntad y no por fuerza, y que, cuando él algo quisiese, se lo diría, y que no se alborotasen ellos ni la ciudad.

Dejaré de decir al presente de esta prisión, y digamos de los mensajeros que envió Montezuma con su señal y sello a llamar sus capitanes que mataron nuestros soldados, que vinieron ante él presos, y lo que con ellos habló yo no lo sé, sino que se los

envió a Cortés para que hiciese justicia de ellos. Tomada su confesión sin estar Montezuma delante, confesaron ser verdad lo atrás ya por mí dicho, que su señor se lo había mandado que diesen guerra y cobrasen los tributos.

Vista esta confesión por Cortés, envióselo a hacer saber a Montezuma cómo le condenaban en aquella cosa; y é se disculpó cuanto pudo. Nuestro capitán le envió a decir que él así lo creía, puesto que merecía castigo, conforme a lo que nuestro rey manda, que la persona que manda matar a otros, sin culpa o con culpa, que muera por ello: mas que le quiere tanto y le desea todo bien, que ya que aquella culpa tuviese, que antes la pagaría Cortés, por su persona que vérsela pasar a Montezuma. Con todo esto que le envió a decir, estaba temeroso.

Sin más gastar razones, Cortés sentenció a aquellos capitanes a muerte, y que fuesen quemados delante de los palacios de Montezuma, y así se ejecutó luego la sentencia. Porque no hubiese algún embarazo entre tanto que se quemaban, mandó echar unos grillos al mismo Montezuma. Cuando se los echaron, él hacía bramuras, y si de antes estaba temeroso, entonces estuvo mucho más.

Después de quemados, fue nuestro Cortés con cinco de nuestros capitanes a su aposento, y él mismo le quitó los grillos, y tales palabras le dijo y tan amorosas, que se le pasó luego el enojo.

Decíaselo Cortés con nuestras lenguas, y cuando se lo estaba diciendo, parecía que se le saltaban las lágrimas de los ojos a Montezuma. Y respondió con gran cortesía que se lo tenía en merced. Empero, bien entendió que todo eran palabras las de Cortés, y que ahora al presente convenía estar allí preso.

CÓMO LOS SOBRINOS DEL GRAN MONTEZUMA ANDABAN ATRAYENDO LAS VOLUNTADES DE OTROS SEÑORES PARA VENIR A MÉJICO Y SACARLE DE LA PRISIÓN

Como Cacamatzin, señor de la ciudad de Tezcuco, que es, después de Méjico, la mayor y más principal ciudad que hay en la Nueva España, entendió que hacía muchos días que estaba preso su tío Montezuma y que en todo lo que nosotros podíamos nos íbamos señoreando, y aun alcanzó a saber que habíamos abierto la casa donde estaba el gran tesoro de su abuelo Axayaca, y que no habíamos tomado cosa ninguna de ello, y antes que lo tomásemos, acordó convocar a todos los señores de Tezcuco, sus vasallos, y al señor de Coyoacán, que era su primo y sobrino de Montezuma, y al de Tacuba, y al de Istapalapa, y a otro cacique muy grande, señor Matalcingo, que era pariente muy cercano de Montezuma.

Pues andando concertando con ellos y con otros señores mejicanos que para en tal día viniesen con todos sus poderes y nos diesen guerra, parece ser que el cacique que he dicho que era valiente por su persona, que no le sé el nombre, dijo que si le daban a él el señorío de Méjico, pues le venía de derecho, él con toda su parentela y de una provincia que se dice Matalcingo serían los primeros que vendrían con sus armas a echarnos de Méjico, y no quedaría ninguno de nosotros con vida. Cacamatzin, según pareció, respondió que a él le venía el cacicazgo y él había de ser rey, pues era sobrino de Montezuma, y que no quería venir, que sin él y su gente haría la guerra.

Andando en estos tratos, lo supo muy bien Montezuma por parte de su gran deudo que no quiso conceder en los que Cacamatzin quería, y para mejor saberlo envió a llamar todos sus caciques y principales de aquella ciudad, y le dijeron cómo Cacamatzin los andaba convocando todos con palabras o dádivas

para que le ayudasen a darnos guerra y soltar al tío. Y como Montezuma era cuerdo y no quería ver su ciudad puesta en armas ni alborotos, se lo dijo a Cortés según y de la manera que pasaba.

El consejo que sobre ello se tomó era que nos diese de su gente mejicana, e iríamos sobre Tezcuco, y que le prenderíamos o destruiríamos aquella ciudad y sus comarcas. A Montezuma no le cuadró este consejo. Cortés le envió a decir a Cacamatzin que se quitase de andar revolviendo guerra, que será causa de su perdición, que le quiere tener por amigo.

Como Cacamatzin era mancebo y halló otros muchos de su parecer que le acudirían en la guerra, envió a decir a Cortés que ya había entendido sus palabras de halagos, que no las quería más oír sino cuando le viese venir, que entonces le hablaría lo que quisiese. Tornó otra vez Cortés a enviarle a decir que mirase que no hiciese deservicio a nuestro rey y señor, que lo pagaría en su persona y le quitaría la vida por ello. Respondió que ni conocía a rey ni quisiera haber conocido a Cortés.

Cuando envió aquella respuesta, nuestro capitán rogó a Montezuma, pues era tan gran señor y dentro de Tezcuco tenía grandes caciques y parientes por capitanes, y no estaban bien con Cacamatzin, y pues allí en Méjico, con Montezuma, estaba un hermano del mismo Cacamatzin, que tuviese manera y concierto con todos los de Tezcuco que prendiesen a Cacamatzin, o que secretamente le enviase a llamar, y que si viniese le echasen mano y le tuviese en su poder hasta que estuviese más sosegado. Que pues aquel su sobrino estaba en su casa, huido por temor del hermano, y le sirve, que le alce luego por señor y le quite el señorío a Cacamatzin.

Montezuma dijo que le enviaría luego a llamar; mas que sentía de él que no querría venir, y que si no viniese que se tendría concierto con sus capitanes y parientes para que le prendan.

Cacamatzin y sus principales entraron en consejo sobre lo que harían, y Cacamatzin comenzó a bravear, que nos había de matar dentro de cuatro días, y que el tío era una gallina, por no darnos guerra cuando se lo aconsejaban, al bajar la sierra de Chalco, cuando tuvo allí buen aparejo con sus guarniciones, y que nos metió él por su persona en su ciudad, como si tuviera conocido que íbamos para hacerle algún bien, y que cuanto oro ole han traído de sus tributo nos daba, y que le habíamos escalado y abierto la casa donde está el tesoro de su abuelo Axayaca, que sobre todo esto le teníamos preso. Que porque esto no viniese a más mal, les rogaba que le ayudasen, pues todo lo que les ha dicho han visto por sus ojos, y cómo quemamos los capitanes del mismo Montezuma, que ya no se puede compadecer otra cosa sino que todos juntos a una nos diesen guerra.

Allí les prometió Cacamatzin que si quedaba con el señorío de Méjico les había de hacer grandes señores, y también les dio muchas joyas de oro y les dijo que ya tenía concertado con sus primos, los señores de Cuyuacán, Istapalapa, Tacuba y otros deudos, que le ayudarían, y que en Méjico tenía de su parte otras personas principales que le darían entrada y ayuda a cualquier hora que quisiese.

Volvamos a nuestra plática, que en lo que se resumió fue enviar a decir que él vendría, a pesar nuestro y de su tío, a nos hablar y matar. Cuando el gran Montezuma oyó aquella respuesta tan desvergonzada, recibió mucho enojo, y luego en aquella hora envió a llamar seis de sus capitanes de mucha cuenta, y les dio su sello, y aun les dio ciertas joyas de oro, y les mandó que fuesen a Tezcuco y que mostrasen secretamente aquel su sello a ciertos capitanes y parientes que estaban muy mal con Cacamatzin, por ser muy soberbio, y que tuviesen tal orden y manera que a él y a los que era en su consejo los prendiesen y luego se los trajeran delante.

Como fueron aquellos capitanes, y en Tezcuco entendieron lo que Montezuma mandaba, y Cacamatzin era malquisto, en sus propios palacios le prendieron, que estaba platicando con aquellos sus confederados en cosas de la guerra, y también trajeron otros cinco presos con él.

Cuando hubo desembarcado le meten en sus ricas andas, como rey que era, y con gran acato le llevan ante Montezuma. Parece ser que estuvo hablando con el tío y desvergonzósele más de lo que antes estaba y supo Montezuma de los conciertos en que andaba, que era lazarse por señor de Méjico, lo cual alcanzó a saber más por entero de los demás prisioneros que le trajeron, y si enojado estaba antes del sobrino, mucho más lo estuvo entonces. Y luego se lo envió a nuestro capitán para que le echase preso, y a los demás prisioneros mandó soltar.

Cortés fue a los palacios y al aposento de Montezuma, y le dio las gracias por tamaña merced, y se dio orden que se alzase por rey de Tezcuco al mancebo que estaba en compañía del gran Montezuma, que también era su sobrino, hermano de Cacamatzin.

Para hacerlo solemnemente y con acuerdo de toda la ciudad, mandó Montezuma que viniesen ante él los más principales de toda aquella provincia y después de muy bien platicada la cosa le alzaron por rey y señor de aquella gran ciudad, y se llamó don Carlos. Ya todo esto hecho, como los caciques y reyezuelos, sobrinos del gran Montezuma, vieron y oyeron la prisión de Cacamatzin y supieron que el gran Montezuma había sabido que ellos entraban en la conjuración para quitarle su reino y dárselo a Cacamatzin, temieron.

CÓMO CORTÉS DIJO AL GRAN MONTEZUMA QUE MANDASE A TODOS LOS CACIQUES DE TODA SU TIERRA QUE TRIBUTASEN A SU MAJESTAD

Cortés con consejo de Ordaz y de otros capitanes y soldados, acordó decir y demandar a Montezuma que todos los caciques y pueblos de la tierra tributasen a Su Majestad, y que él mismo, como gran señor, también diese sus tesoros. Respondió que enviaría por todos los pueblos a demandar oro, mas que muchos de ellos no lo alcanzaban.

También envió a la provincia donde era cacique y señor aquel su pariente muy cercano que no le quería obedecer; y la respuesta que trajeron los mensajeros fue que decía que no quería dar oro ni obedecer a Montezuma, y que también él era señor de Méjico.

Como esto oyó Montezuma tuvo tanto enojo, que de presto envió su señal y su sello, y con buenos capitanes para que se lo trajesen preso. Venido en su presencia el pariente, le habló muy desacatadamente y sin ningún temor, o de muy esforzado, o decían que tenía ramos de locura, porque era como atronado. Todo lo cual alcanzó a saber Cortés, y envió a pedir por merced a Montezuma que se lo diese. Traído ante Cortés, le habló muy amorosamente, y que no fuese loco contra su señor, y le quería soltar. Montezuma, cuando lo supo, dijo que no le soltasen, sino que le echasen en la cadena gorda.

En obra de veinte días vinieron todos los principales que Montezuma había enviado a cobrar los tributos del oro, y así como vinieron envió a llamar a Cortés y a nuestros capitanes, y a ciertos soldados que conocía, que éramos de la guarda, y dijo estas palabras formales, u otras como ellas: “Hágoos saber, señor Malinche y señores capitanes y soldados, que a vuestro gran rey yo le soy en cargo, y le tengo buena voluntad, así por ser le soy en cargo, y le tengo buena voluntad, así por ser tan gran señor como por haber enviado de tan lejanas tierras a saber de mí, y lo que más me pone en el pensamiento es que él ha de ser el que nos ha de señorear, según nuestros antepasados nos han

dicho, y aun nuestros dioses nos dan a entender por las respuestas que de ellos tenemos. Tomad ese oro que se ha recogido; por ser de prisa no se trae más. Lo que yo tengo aparejado para el emperador es todo el tesoro que he habido de mi padre, que está en vuestro poder y aposentos. Bien sé que luego que aquí vinisteis, abristeis a casa y lo mirasteis todo, y la tornasteis a cerrar como de antes estaba. Cuando se lo enviareis, decidle en vuestros amales y cartas: Esto os envía vuestro buen vasallo Montezuma. También yo os daré unas piedras muy ricas que le enviéis en mi nombre, que son chalchihuís, que no son para dar a otras personas sino para ese vuestro gran señor, que vale cada piedra dos cargas de oro. También le quiero enviar tres cerbatanas, que tienen tales obras de pedrería, que se holgará de verlas; y también yo quiero dar de lo que tuviere, aunque es poco, porque todo el más oro y joyas que tenía os he dado en veces". Cuando aquello le oyó Cortés y todos nosotros, estuvimos espantados de su gran bondad y liberalidad.

Después que tuvimos otras pláticas de buenos comedimientos, luego en aquella hora envió Montezuma sus mayordomos para entregar todo el tesoro de oro y riqueza que estaba en aquella sala encalada; y para verlo y quitarlo de sus bordaduras y donde estaba engastado, tardamos tres días, y aun para quitarlo y deshacerlo vinieron los plateros de Montezuma.

Digo que era tanto, que después de deshecho eran tres montones de oro, y pesado, hubo en ellos sobre seiscientos mil pesos, sin la plata y otras muchas riquezas, y no cuento con ello los tejuelos y planchas de oro y el oro en granos de las minas.

Se comenzó a fundir con los indios plateros, y se hicieron unas barras muy anchas, de medida como de tres dedos de la mano el anchor de cada barra. Ya fundido y hecho barras, traen otro presente por sí de los que el gran Montezuma había dicho que daría, que fue cosa de admiración de tanto oro y las riquezas

de otras joyas que trajo. Las piedras chalchihuís eran tan ricas algunas de ellas, que valían entre los mismos caciques mucha cantidad de oro. Las tres cerbatanas, los engastes que tenían de pedrerías y perlas y las pinturas de pluma y de pajaritos llenos de aljófar, y otras aves, todo era de gran valor. Dejemos de decir penachos y plumas y otras muchas cosas ricas, que es para nunca acabar de traerlo aquí a la memoria. Digamos ahora cómo se marcó todo el oro con una marca de hierro que mandó hacer Cortés y los oficiales del rey proveídos por Cortés y de acuerdo de todos nosotros en nombre de Su Majestad, hasta que otra cosa mandase; y la marca fue las armas reales como de un real y del tamaño de un tostón de a cuatro.

Para pesar todas estas barras de oro y plata, y las joyas que quedaron por deshacer, no teníamos pesos de marcos ni balanzas, y pareció a Cortés y a los mismos oficiales de la hacienda de Su Majestad que sería bien hacer de hierro unas pesas de hasta una arroba y otras de media arroba, de dos libras, de una libra, de media, y de cuatro onzas; y esto no para que viniese muy justo, sino media onza más o menos en cada peso que se pesaba.

Cuando se pesó, dijeron los oficiales del rey que había en el oro, así en lo que estaba hecho barras como en los granos de las minas y en los tejuelos y joyas, más de seiscientos mil pesos, sin la plata y otras muchas joyas que se dejaron de avaluar.

CÓMO EL GRAN MONTEZUMA DIJO A CORTÉS QUE SE SALIESE DE MÉJICO, PORQUE SE QUERÍAN LEVANTAR TODOS LOS CACIQUES Y PAPAS Y DARNOS GUERRA HASTA MATARNOS

Nunca nos faltaban sobresaltos, y de tal calidad que eran para acabar las vidas en ellos si Nuestro Señor Dios no lo remediara; y como habíamos puesto en el gran cu, en el altar que hicimos,

la imagen de Nuestra Señora y la cruz, y se dijo el santo Evangelio y misa, parece ser que Huichilobos y Tezcatepuca hablaron con los papas y les dijeron que se querían ir de su provincia, pues tan mal tratados son de los teúles, y que donde están aquellas figuras y cruz no quieren estar, y que ellos no estarían allí si no nos mataban, y aquello les daban por respuesta, iqueño curasen de tener otra, y que se lo dijesen a Montezuma y a todos sus capitanes que luego comenzasen la guerra y nos matasen.

Para que Cortés y todos nosotros lo supiésemos, el gran Montezuma envió a llamarlo, que le quería hablar en cosas que iba mucho en ellas. Y vino el paje Orteguilla y dijo que estaba muy alterado y triste Montezuma, y que aquella noche y parte del día habían estado con él muchos papas y capitanes.

Cuando Cortés lo oyó, fue de presto al palacio donde estaba Montezuma, y llevó consigo a Cristóbal de Olid, que era capitán de la guardia, y a otros cuatro capitanes, a doña Marina y a Jerónimo de Aguilar. Después que le hicieron mucho acato, dijo Montezuma: "¡Oh señor Malinche y señores capitanes! ¡Cuánto me pesa de la respuesta y mandato que nuestros teúles han dado a nuestros papas y a mí y a todos mis capitanes! Y es que os demos guerra y os matemos y os hagamos ir por la mar adelante. Lo que he colegido de ello y me parece es que antes que comiencen la guerra, que luego salgáis de esta ciudad y no quede ninguno de vosotros aquí. Esto, señor Malinche, os digo que hagáis en todas maneras, que os conviene. Si no os matarán, y mirad que os va las vidas".

Cortés y nuestros capitanes sintieron pesar y aun se alteraron, y no era de maravillar, de cosa tan nueva y determinada, que era poner nuestras vidas en gran peligro. Cortés dijo que se lo tenía en merced el aviso, y que al presente de dos cosas le pesaba: no tener navíos en que irse, que los mandó quebrar los que trajo, y la otra, que por fuerza había de ir Montezuma con nosotros para

que le vea nuestro gran emperador. Que le pide por merced que tenga por bien que, hasta que se hagan tres navíos en el arenal, que detenga a los papas y capitanes, porque para ellos es el mejor partido. Que si comienzan ellos la guerra, todos morirán en ella. También dijo, que porque vea Montezuma que quiere luego hacer lo que le dice, mande a sus carpinteros que vayan con dos de nuestros soldados que son grandes maestros de hacer navíos a cortar la madera cerca del arenal.

Montezuma estuvo mucho más triste que de antes, como Cortés le dijo que había de ir con nosotros ante el emperador, y dijo que él daría los carpinteros, y que luego despachase y no hubiese más palabras, sino obras, y que entre tanto él mandaría a los papas y a los capitanes que no curasen de alborotar la ciudad.

Luego Cortés mandó llamar a Martín López, carpintero de hacer navíos, y a Andrés Núñez, y con los indios carpinteros que le dio el gran Montezuma, después de platicado el porte de que se podrían labrar los tres navíos, le mandó que luego pusiese por obra hacerlos y ponerlos a punto, pues que en la Villa Rica había todo aparejo de hierro y herreros, jarcia, estopa, calafates y brea.

Dejéosles labrando los navíos y digamos cuáles andábamos todos en aquella gran ciudad, tan pensativos, temiendo que de una hora a otra nos habían de dar guerra, y nuestras naborías de Tlascala y doña Marina así lo decían al capitán; y Orteguilla, el paje de Montezuma, siempre estaba llorando, y todos nosotros muy a punto y buenas guardas a Montezuma. De día ni de noche no se nos quitaban las armas.

Otra cosa digo, y no por jactanciarme de ello: que quedé yo tan acostumbrado a andar armado y dormir de la manera que he dicho, que después de conquistada la Nueva España tenía por costumbre acostarme vestido y sin cama, y que dormía mejor que n colchones.

La expedición de Pánfilo de Narváez

[Cuando Diego Velásquez tuvo conocimiento del éxito de Cortés en Méjico, y de que había solicitado al emperador Carlos V que lo nombrase gobernador de las tierras conquistadas, decidió enviar contra él una expedición que encomendó a Pánfilo de Narváez. La componían cerca de mil hombres bien armados. Narváez debía hacer prisionero a Cortés y continuar la conquista.

Apenas llegados a San Juan de Ulúa, enviaron mensajeros a Gonzalo de Sandoval solicitándole la rendición de Veracruz. Sandoval los apresó y los envió prisioneros a Méjico.

Cortés trató de llegar a un acuerdo pacífico con Narváez. Para tal fin envió a su campamento al padre Olmedo, quien además llevaba consigo valiosos obsequios para ganarse la voluntad de los jefes principales. Narváez no quiso aceptar las proposiciones de Cortés, pero el padre Olmedo obró tan hábilmente, que antes de regresar ya había convencido a la mayor parte de los oficiales.

Ante esta circunstancia, Cortés dejó en Méjico a Pedro de Alvarado, y con parte de sus tropas, más indios amigos que se le unieron en el camino, salió dela ciudad para enfrentar a Narváez. Tras rápidas marchas llegaron hasta las cercanías de su campamento, en Cempoalla y lo atacaron –sorprendiéndolo- al amanecer. La lucha fue corta, y el mismo Narváez fue herido.

Tan fulminante victoria proporcionó a Cortés un gran refuerzo en hombres y en armas. Permitió que los vencidos se le unieran y con ellos regresó a Méjico, donde Pedro de Alvarado enfrentaba a los mejicanos sublevados.]

Como llegó la nueva de que Pedro de Alvarado estaba cercado y Méjico rebelado, cesaron las capitanías que habían de ir a poblar a Pánuco y Guazacualco. Cortés habló a los de Narváez, que sintió que no irían con nosotros de buena voluntad, y les rogó que dejasen atrás enemistades pasadas. Tantas palabras les dijo, que todos a una se le ofrecieron; y si supieran las fuerzas de Méjico, cierto está que no fuera ninguno.

Luego caminamos a muy grandes jornadas hasta llegar a Tlascala, donde supimos que hasta que Montezuma y sus capitanes habían sabido cómo habíamos desbaratado a Narváez, no dejaron de dar guerra a Alvarado, y le habían ya muerto siete soldados, y le quemaron los aposentos, y que desde que supieron nuestra victoria cesaron de darle guerra.

Esta nueva trajeron indios de Tlascala en aquella misma hora que hubimos llegado. Y luego Cortés mandó hacer alarde de la gente que llevaba, y halló sobre mil trescientos soldados, así de los nuestros como de los de Narváez, y sobre noventa y seis caballos, ochenta ballesteros, y otros tantos escopeteros, con los cuales le pareció que llevaba gente para poder entrar muy a nuestro salvo en Méjico. Además de esto, en Tlascala nos dieron los caciques dos mil indios de guerra.

Luego fuimos a grandes jornadas hasta Tezcuco, y no se nos hizo honra ninguna ni pareció ningún señor. Llegamos a Méjico día de señor San Juan de junio de 1520, y no parecían por las calles caciques, ni capitanes, ni indios conocidos, sino todas las casas despobladas.

Como llegamos a los aposentos en que solíamos posar, el gran Montezuma salió al patio para hablar y abrazar a Cortés y darle la bienvenida, y de la victoria con Narváez. Cortés, como

venía victorioso, no le quiso oír, y Montezuma se entró en su aposento muy triste y pensativo.

Cortés procuró saber cuál fue la causa de levantarse Méjico, porque bien entendido teníamos que a Montezuma le pesó de ello, que si le pluguiera o fuera por su consejo, dijeron muchos soldados de los que se quedaron con Alvarado en aquellos trances que a todos los mataran, y que Montezuma los aplacaba para que cesase la guerra.

Lo que contaba Pedro de Alvarado a Cortés sobre el caso era que por libertar los mejicanos a Montezuma, y porque su Huichilobos se lo mandó, porque pusimos en su casa la imagen de la Virgen Santa María y la cruz; y más dijo que habían llegado muchos indios a quitar la santa imagen del altar donde la pusimos, y que no pudieron, y que los indios lo tuvieron a gran milagro y se lo dijeron a Montezuma, y que les mandó que la dejasen en el mismo lugar.

También dijo Pedro de Alvarado que porque lo que Narváez le había enviado a decir a Montezuma que le venía a soltar de las prisiones y a prendernos no salió verdad, y como Cortés había dicho a Montezuma que en teniendo navíos nos habíamos de ir a embarcar y salir de toda la tierra, y que no nos íbamos, y que todo eran palabras, y que ahora había visto venir muchos más teúles, antes que todos los de Narváez y los nuestros tornásemos a entrar en Méjico, que sería bien matar a Pedro de Alvarado y a sus soldados y soltar al gran Montezuma, y después no dejar la vida a ninguno de los nuestros ni de los de Narváez.

Estas pláticas y descargo dio Pedro de Alvarado a Cortés. Y le tornó a decir Cortés que a qué causa les fue a dar guerra estando bailando y haciendo sus fiestas. Respondió que sabía muy ciertamente que en acabando las fiestas y bailes y sacrificios que hacían a su Huichilobos y a Tezcatepuca, luego le habían de venir a dar guerra, que lo supo de un papa y de los principales y

de otros mejicanos. Cortés le dijo: “Pues me han dicho que le demandaron licencia para hacer el areito y bailes”. Dijo que así era verdad, que fue por tomarles descuidados; y que porque temiesen y no viniesen a darle guerra, se adelantó a dar en ellos.

Como aquello Cortés le oyó, le dijo muy enojado que era muy mal hecho y gran desatino, y que pluguiera a Dios que Montezuma se hubiera soltado, y que tal cosa no la oyera a sus oídos.

CÓMO NOS DIERON GUERRA EN MÉJICO

Como Cortés vio que en Tezcuco no nos habían hecho ningún recibimiento ni aun dado de comer sino mal, y lo vio todo remontado y de mal arte, y venido a Méjico lo mismo, y vio que no hacían tianguis, sino todo levantado, y oyó a Pedro de Alvarado de la manera y desconcierto con que les fue a dar guerra; y parece ser que había dicho Cortés en el camino a los capitanes de Narváez, alabándose de sí mismo, el gran acato y mando que tenía, y que por los caminos le saldrían a recibir y hacer fiestas, y le darían oro, y que en Méjico mandaba tan absolutamente así al gran Montezuma como a todos sus capitanes; y viendo que todo estaba muy al contrario de sus pensamientos, que aun de comer no nos daban, estaba muy airado y soberbio con la mucha gente de españoles que traía, y muy triste y mohino.

En este instante envió el gran Montezuma dos de sus principales a rogar a Cortés que le fuese a ver, que le quería hablar; y la respuesta que les dio fue: “Vaya para perro, que aun tianguez no quiere hacer, ni de comer nos manda dar”. Como aquello lo oyeron a Cortés nuestros capitanes, dijeron: “Señor, temple su ira, y mire cuánto bien y honra nos ha hecho este rey de estas

tierras, que es tan bueno que, si por él no fuese, ya fuéramos muertos y nos habrían comido, y mire que hasta las hijas le ha dado”.

Cuando esto oyó Cortés, se indignó más de las palabras que le dijeron, porque aprecian de reprensión, y dijo: “¿Qué cumplimiento he de tener yo con un perro que se hacía con Narváez secretamente, y ahora veis que aun de comer no nos dan?” Y dijeron nuestros capitanes: “Esto nos parece que debe hacer, y es buen consejo”. Como Cortés tenía allí en Méjico tantos españoles, así de los nuestros como de los de Narváez, no se le daba nada por cosa ninguna, y hablaba tan airado y descomedido. Por manera que tornó a hablar a los principales que dijesen a su señor Montezuma que luego mande hacer tianguez y mercados; si no, que hará y acontecerá.

Los principales bien entendieron las palabras injuriosas que Cortés dijo de su señor, y aun también la reprensión que nuestros capitanes dieron a Cortés sobre ello; y según y de la manera que lo entendieron se lo dijeron a Montezuma, y de enojo, o porque ya estaba concertado que nos diesen guerra, no tardó un cuarto de hora que vino un soldado a gran prisa, muy malherido.

Dijo aquel soldado que estaba toda la ciudad y camino por donde venía lleno de ente de guerra, con todo género de armas, y que le quitaron las indias que traía y le dieron dos heridas, y que si no se les soltara, que le tenían ya asido para meterle en una canoa y llevarle a sacrificar, y que habían deshecho una puente.

Luego Cortés mandó al capitán Diego de Ordaz que fuese con cuatrocientos soldados, y entre ellos los más ballesteros y escopeteros, y algunos de caballo, y que mirase qué era aquello que decía el soldado que avía venido herido y trajo las nuevas; y que si viese que sin guerra y ruido se pudiese apaciguar, lo pacificase.

Como fue Diego de Ordaz de la manera que le fue mandado, aun no hubo bien llegado a media calle por donde iba, cuando le salen tantos escuadrones mejicanos de guerra, y otros muchos que estaban en las azoteas, y le dieron tan grandes combates, que le mataron a las primeras arremetidas ocho soldados, y a todos los más hirieron, y al mismo Ordaz le dieron tres heridas. De manera que no pudo pasar un paso adelante, sino volverse poco a poco al aposento.

En aquel instante, si muchos escuadrones salieron a Diego de Ordaz, muchos más vinieron a nuestros aposentos, y tiran tanta vara y piedras con hondas y flechas, que nos hirieron de aquella vez sobre cuarenta y seis de los nuestros, y doce murieron delas heridas. Estaban tantos guerreros sobre nosotros, que Diego de Ordaz, que se venía retrayendo, no podía llegar a los aposentos por la mucha guerra que le daban, unos por detrás y otros por delante y otros desde las azoteas. Pues quizá no aprovechaban mucho nuestros tiros, ni escopetas, ni ballestas, ni lanzas, ni estocadas que les dábamos, ni nuestro buen pelear, que aunque les matábamos y heríamos muchos de ellos, por las puntas de las espadas y lanzas se nos metían.

En fin, con los tiros y escopetas y ballestas y el mal que les hacíamos de estocadas, tuvo lugar de entrar Ordaz en el aposento, que hasta entonces, no podía pasar, y con sus soldados bien heridos y catorce menos; y todavía no cesaban muchos escuadrones de darnos guerra y decirnos que éramos como mujeres, y nos llamaban de bellacos y otros vituperios. Aún no ha sido nada todo el daño que nos han hecho hasta ahora a lo que después hicieron. Y es que tuvieron otra, entraron a ponernos fuego en nuestros aposentos, que no nos podíamos valer con el humo y fuego, hasta que se puso remedio con derrocar sobre él mucha tierra y atajar otras salas por donde venía el fuego.

Duraron estos combates todo el día, y aun la noche estaban sobre nosotros tantos escuadrones de ellos, y tiraban varas y piedras y flechas a bulto y piedra perdida, que de lo del día y lo de entonces estaban todos aquellos patios y suelos hechos parvas.

Aquella noche se pasó en curar heridos, y en poner remedio en los portillos que habían hecho, y en apercibirnos para otro día. Cuando amaneció, acordó nuestro capitán que con todos los nuestros y los de Narváez saliésemos a pelear con ellos , y que llevásemos tiros, escopetas y ballestas, y procurásemos vencerlos.

Si nosotros teníamos hecho aquel concierto, los mejicanos tenían concertado lo mismo, y peleábamos muy bien; mas ellos estaban tan fuertes y tenían tantos escuadrones, que se remudaban de rato en rato, que aunque estuvieran allí diez mil Héctores troyanos y otros tantos Roldanes, no les pudieran entrar, porque ni aprovechaban tiros, ni escopetas, ni ballestas, ni apechugar con ellos, ni matarles treinta ni cuarenta de cada vez que arremetíamos.

Pues para pasar a quemarles las casas, y he dicho que de casa a casa tenían un puente levadizo de madera; alzábanlo y no podíamos pasar sino por agua muy honda. Desde las azoteas, los cantos y piedras no los podíamos sufrir; por manera que nos maltrataban y herían muchos de los nuestros. No sé yo para qué si escribo así tan tibiamente, porque unos tres o cuatro soldados que se habían hallado en Italia, que allí estaban con nosotros, juraron muchas veces a Dios que guerras tan bravosas jamás habían visto en las que se habían hallado entre cristianos y contra la artillería del rey de Francia, ni del Gran Turco.

Con harto trabajo nos retrajimos a nuestros aposentos, y todavía muchos escuadrones de guerreros sobre nosotros, con grandes gritos y silbidos y trompetillas y tambores, llamándonos

de bellacos y para poco, que no osábamos esperarles todo el día en batalla, sino volvernos retrayendo. Aquel día mataron otros diez o doce soldados, y todos volvimos bien heridos. En lo que pasó la noche fue en concertar que de ahí a dos días saliésemos todos los soldados cuantos sanos había en el real, y con cuatro ingenios a manera de torres, que se hicieron de madera bien recios, en que pudiesen ir debajo de cualquiera de ellos para ir los tiros, y también iban escopeteros y ballesteros, y junto con ellos habíamos de ir otros soldados, escopeteros y ballesteros, y los tiros y todos los demás, y los de a caballo hacer algunas arremetidas. Hecho este concierto, como estuvimos aquel día que entendíamos en la obra y en fortalecer muchos portillos que nos tenían hechos, no salimos a pelear.

No sé cómo lo diga, los grandes escuadrones de guerreros que nos vinieron a los aposentos a dar guerra, no solamente por diez o doce partes, sino por más de veinte, porque en todos estábamos repartidos, y en otras muchas partes. Entre tanto que adorábamos y fortalecíamos los ingenios y portillos, otros muchos escuadrones procuraban entrarnos en los aposentos a escala vista, que ni por tiros ni ballestas ni escopetas, ni por muchas arremetidas y estocadas, les podían retraer. Decían que en aquel día no había de quedar ninguno de nosotros, y que habían de sacrificar a sus dioses nuestros corazones y sangre, y con las piernas y brazos que bien tendrían para hacer hartazgas y fiestas, y que el oro que teníamos, habríamos mal gozo de él, y de todas las mantas; y a los de Tlascala que con nosotros estaban, les decían que los meterían enjaulas en engordar, y que poco a poco harían sus sacrificios con sus cuerpos.

En cuanto amaneció, después de encomendarnos a Dios, salimos de nuestros aposentos con nuestras torres, y con los tiros, escopetas y ballestas delante, y los de caballo haciendo algunas arremetidas. Aunque les matábamos muchos de ellos, porque,

aunque arremetían a los escuadrones para romperlos, tirábanles tanta flecha, vara y piedra, que no se podían valer por bien armados que estaban; y si los iban alcanzando, luego se dejaban caer los mejicanos a su salvo en las acequias y lagunas, donde tenían hechos otros mamparos para los de caballo, y estaban otros muchos indios con lanzas muy largas para acabar de matarlos.

Fuimos hasta el gran cu de sus ídolos, y luego de repente suben en él más de cuatro mil mejicanos, sin otras capitanías que en ellos estaban, con grandes lanzas, piedra y vara y se ponen en defensa. Nos resistieron la subida un buen rato, que no bastaban las torres, ni los tiros, ni ballestas, ni escopetas, ni los de caballo; porque aunque querían arremeter los caballos, estaba todo el patio empedrado con unas losas muy grandes, que se iban a los caballos pies y manos, y eran tan lisas, que caían. Como desde las gradas nos defendían el paso, y a un lado y a otro teníamos tantos contrarios, aunque nuestros tiros llevaban diez o quince de ellos, y a estocadas y arremetidas matábamos otros muchos, cargaba tanta gente, que no les podíamos subir al alto cu; y con gran concierto tornamos a porfiar, sin llevar las torres, porque ya estaban desbaratadas, y les subimos arriba.

Aquí se mostró Cortés muy varón, como siempre lo fue. ¡Oh, qué pelear y fuerte batalla que aquí tuvimos! Era cosa de notar vernos a todos corriendo sangre y llenos de heridas, y otros muertos. Quiso Nuestro Señor que llegamos adonde solíamos tener la imagen de Nuestra Señora, y no la hallamos, que apreció, según supimos, que Montezuma tenía devoción en ella, y la mandó guardar.

Pusimos fuego a sus ídolos, y se quemó un buen pedazo de la sala con los ídolos Huichilobos y Tezcatepuca. Entonces nos ayudaron muy bien los tlascaltecas. Pues ya hecho esto, estando que estábamos unos peleando y otros poniendo el fuego, ver los

papas que estaban en este gran cu, y sobre tres o cuatro mil indios, todos principales, ya que nos bajábamos, cuál nos hacían venir rodando seis gradas y aun diez abajo, y hay tanto que decir de otros escuadrones que estaban en los petriles y concavidades del gran cu, tirándonos tanta vara y flecha, que así a unos escuadrones como a los otros no podíamos hacer cara.

Acordamos con mucho trabajo y riesgo de nuestras personas volvernos a nuestros aposentos, los castillos deshechos y todos heridos, y diez y seis muertos, y los indios siempre apretándonos.

Pues aun no digo lo que hicieron los escuadrones mejicanos que estaban dando guerra en los aposentos en tanto que andábamos fuera, y la gran porfía y tesón que ponían en entrarles. En esta batalla prendimos dos papas principales, que Cortés nos mandó que los llevasen a buen recaudo.

Dejemos de hablar de ello y digamos cómo con gran trabajo tornamos a los aposentos, y si mucha gente nos fueron siguiendo y daban guerra, otros muchos estaban en los aposentos, que ya les tenían derrocadas unas paredes para entrarles, y con nuestra llegada cesaron.

Aquella noche se nos fue en curar heridos, en enterrar los muertos, en aderezar para salir otro día a pelear y en poner fuerzas y mamparas a las paredes que habían derrocado, y en tomar consejo cómo y de qué manera podríamos pelear sin que recibiésemos tantos daños ni muertes; y en todo lo que platicábamos no hallábamos remedio ninguno.

También quiero decir las maldiciones que los de Narváez echaban a Cortés, y aun a Diego Velásquez que acá les envió, que bien pacíficos estaban en sus casas en la isla de Cuba, y estaban embelesados y sin sentido.

Volvamos a nuestra plática, que fue acordado demandarles paces para salir de Méjico. Y desde que amaneció vienen muchos más escuadrones de guerreros, y muy de hecho nos cercan por todas partes los aposentos, y si mucha piedra y flecha tiraban de antes, muchas más espesas y con mayores alaridos y silbatos vinieron este día.

Viendo todo esto, acordó Cortés que el gran Montezuma les hablase desde una azotea, y les dijese que cesasen las guerras, y que no queríamos ir de su ciudad. Cuando el gran Montezuma se lo fueron a decir de parte de Cortés, dicen que dijo con gran dolor: “¿Qué quiere ya de mí Malinche, que yo no deseo vivir ni oírle, pues en tal estado por su causa mi ventura me ha traído?”. Y no quiso venir, y aun dicen que dijo que ya no le quería ver ni oír a él ni a sus falsas palabras ni promesas y mentiras. Entonces el padre de la Merced y Cristóbal de Olid fueron y le hablaron con mucho acato y palabras muy amorosas, y dijo Montezuma: “Yo no tengo creído que no aprovecharé cosa ninguna para que cese la guerra, porque ya tienen alzado otro señor y se han propuesto no dejaros salir de aquí convida; y así creo que todos vosotros habéis de morir”.

Montezuma se puso a un pretil de una azotea con muchos de nuestros soldados que le guardaban, y les comenzó a hablar con palabras muy amorosas que dejasen la guerra y que nos iríamos de Méjico. Muchos principales y capitanes mejicanos bien le conocieron; y luego mandaron que callasen sus gentes y no tirasen varas, piedras ni flechas. Cuatro de ellos se llegaron en parte que Montezuma les podía hablar, y ellos a él, y llorando le dijeron: “¡Oh, señor y nuestro gran señor, y cómo nos pesa de todo vuestro mal y daño y de vuestros hijos y parientes! Hacémoos saber que ya hemos levantado a un pariente vuestro por señor”. Allí le nombró, que se decía Cuitláhuac, señor de Istapalapa. Y más dijeron que la guerra la habían de acabar, y que tenían pro-

metido a sus ídolos no dejarla hasta que todos nosotros muriésemos, y que rogaban cada día a su Huichilobos y a Tezcatepuca que le guardase libre y sano de nuestro poder.

No bien hubieron acabado el razonamiento, cuando tiran tanta piedras y vara, que los nuestros que le arrodelaban, como vieron que entretanto que hablaba con ellos no daban guerra, se descuidaron un momento en rodearle de presto, y le dieron tres pedradas, una en la cabeza, otra en un brazo y otra en una pierna; y aunque le rogaban que se curase y comiese y le decían sobre ello buenas palabras, no quiso, antes cuando no nos catamos vinieron a decir que era muerto.

Cortés lloró por él, y todos nuestros capitanes y soldados, y hombres hubo entre nosotros, de los que le conocíamos y tratábamos, de que fue tan llorado como si fuera nuestro padre, y no nos hemos de maravillar de ello viendo cuán bueno era. decían que hacía diez y siete años que reinaba, y que fue el mejor rey que en Méjico había habido, y que por su persona había vencido tres desafíos que tuvo sobre las tierras que sojuzgó.

CÓMO ACORDÓ CORTÉS HACER SABER A LOS CAPITANES Y PRINCIPALES QUE NOS DABAN GUERRA QUE HABÍA MUERTO MONTEZUMA

Como vimos a Montezuma que se había muerto, ya he dicho la tristeza que en todos nosotros hubo por ello, y aun al frailes dela Merced, que siempre estaba con él, se lo tuvimos a mal no atraerle a que se volviese cristiano, y él dio por descargo que no creyó que de aquellas heridas muriese, sino que él debía de mandar que le pusiesen alguna cosa con la que se pasmó. En fin de más razones mandó Cortés a un papa y a un principal de los que estaban presos, que soltamos, para que fuesen a decir al ca-

ciques que alzaron por señor, y a sus capitanes, cómo el gran Montezuma era muerto, y que ellos lo vieron morir, y de la manera que murió y heridas que le dieron los suyos, y que dijesen cómo a todos nos pesaba de ello. Que lo enterrasen como a gran rey que era, y que alzasen por rey al primo de Montezuma que con nosotros estaba, pues le parecía heredar, o a otros de sus hijos, y que el que habían alzado por señor no le venía por derecho, y que tratasen paces para salirnos de Méjico.

Cuando así le vieron muerto, vimos que hicieron muy gran llanto, que bien oímos las gritas y aullidos que por él daban; y aun con todo esto no cesó la gran batería que siempre nos daban de vara, piedra y flecha, y luego la comenzaron mucho mayor y con gran braveza, y nos decían: “Ahora pagaréis muy de verdad la muerte de nuestro rey y señor y el deshonor de nuestros ídolos; y las paces que nos enviáis a pedir, salid acá y concertaremos cómo y de qué manera han de ser”. Decían tantas palabras sobre esto y de otras cosas, y que ya tenían elegido un buen rey, y que no será de corazón tan flaco que le podáis engañar con palabras falsas como fue a su buen Montezuma.

CÓMO ACORDAMOS IRNOS HUYENDO DE MÉJICO

Como veíamos que cada día menguaban nuestras fuerzas y las de los mejicanos crecían, y veíamos muchos de los nuestros muertos y todos los más heridos, y que aunque peleábamos muy como varones no podíamos hacerlos retirar, y la pólvora apocada, y la comida y agua por el consiguiente, y el gran Montezuma muerto, las paces y treguas que les enviamos a demandar no las querían aceptar, y, en fin, veíamos nuestras muertes a los ojos, y las puentes que estaban alzadas, fue acordado por Cortés y por todos nuestros capitanes y soldados que de noche nos fuésemos,

cuando viésemos que los escuadrones guerreros estaban más descuidados, y para más descuidarles, aquella tarde les enviamos a decir con un papa de los que estaban presos, que era muy principal entre ellos, y con otros prisioneros, que nos dejen ir en paz de ahí a ocho días, y que les daríamos todo el oro.

Además de esto estaba con nosotros un soldado que se decía Botello, al pareced muy hombre de bien y latino, que había estado en Roma. decían que era nigromántico, otros decían que tenía familiar, y algunos le llamaban astrólogo. Este Botello había dicho cuatro días hacía que hallaba por sus suertes o astrologías, que si aquella noche que veía no salíamos de Méjico, ninguno saldría con vida.

Se dio luego orden que se hiciese de maderos y tablas muy recias un puente, que llevásemos para poner en los puentes que tenían quebrados, y para ponerlo y llevarlo a guardar el paso hasta que pásese todo el fardaje y el ejército, señalaron cuatrocientos indios tlascaltecas y ciento cincuenta soldados. Para llevar la artillería señalaron doscientos indios de Tlascala y cincuenta soldados, y para que fuesen en la delantera peleando señalaron a Gonzalo de Sandoval y a Diego de Ordaz; a Francisco de Saucedo y a Francisco de Lugo y una capitanía de icen soldados mancebos sueltos para que fuesen entre medias y acudiesen en la parte que más conviniese pelear. Señalaron al mismo Cortés, Alonso de Ávila, Cristóbal de Olid y a otros capitanes que fuesen en medio. En la retaguardia a Pedro de Alvarado y a Juan Velásquez de León, y entremetidos en medio de los capitanes y soldados de Narváez, y para que llevasen a cargo los prisioneros y a doña Marina y doña Luisa, señalaron trescientos tlascaltecas y treinta soldados.

Pues hecho este concierto, ya era de noche, y para sacar el oro y llevarlo o repartirlo, mandó Cortés a su camarero, que se decía Cristóbal de Guzmán y a otros soldados sus criados, que

todo el oro, joyas y plata lo sacasen con muchos indios de Tlascala que para ello les dio, y lo pusieran en la sala. Dijo a los oficiales del rey, que se decían Alonso de Ávila y Gonzalo Mexía, que pusiesen cobro en el oro de Su Majestad.

Cargaron de ello a bulto lo que más pudieron llevar, que estaban hechas barras muy anchas, y quedaba mucho oro en la sala hecho montones. Entonces Cortés llamó a su secretario y a otros escribanos del rey y dijo: "Dadme por testimonio que no puedo más hacer sobre este oro. Aquí teníamos en este aposento y sala sobre setecientos mil pesos de oro, y como habéis visto que no se puede pesar ni poner más en cobre, los soldados que quisieren sacar de ello, desde aquí se lo doy, como ha de quedar perdido entre estos perros".

Cuando aquello oyeron, muchos soldados de los de Narváez, y algunos de los nuestros, cargaron de ello. Yo digo que no tuve codicia sino procurar de salvar la vida, mas no dejé de apañar de unas cajuelas que allí estaban unos cuatro chalchihuís, que son piedra entre los indios muy preciadas, que de presto me eché en los pechos entre las armas, que me fueron después buenas para curar mis heridas y comer el valor de ellas.

Desde que supimos el concierto que Cortés había hecho de la manera que habíamos de salir e ir aquella noche a los puentes, y como hacía algo oscuro y había niebla y lloviznaba, antes de medianoche se comenzó a traer el puente y caminar el fardaje y los caballos y la yegua y los tlascaltecas cargados con el oro; y de presto se puso el puente, y pasó Cortés y los demás que consigo traía primero, y muchos de a caballo. Estando en esto suenan las voces y cornetas y gritas y silbidos de los mejicanos, y decían en su lengua a los de Tatelulco: "¡Salid presto con vuestras canoas, que se van los teúles, y tajadles que no quede ninguno con vida!". Cuando no me cato, vimos tantos escuadrones de guerreros sobre nosotros, y toda la laguna cuajada de canoas,

que no nos podíamos valer. Muchos de nuestros soldados ya habían pasado, y estando de esta manera cargan tanta multitud de mejicanos a quitar el puente y a herir y matar en los nuestros, que no se daban a manos. Como la desdicha es mala en tales tiempos, ocurre un mal sobre otro; como llovía, resbalaron dos caballos y caen en la laguna. Cuando aquello vimos yo y otros de los de Cortés nos pusimos en salvo de esa parte del puente, y cargaron tanto guerrero, que por bien que peleábamos no se pudo más aprovechar de ella. De manera que aquel paso y abertura de agua de presto se llenó a caballos muertos y de indios e indias y naborías y fardaje y petacas.

Temiendo no nos acabasen de matar, tiramos por nuestra calzada adelante y hallamos muchos escuadrones que estaban aguardándonos con lanzas grandes, y nos decían palabras de vituperios, y entre ellas decían: "¡Oh, cuilones, y aún vivos quedáis!". A estocadas y cuchillas que les dábamos pasamos, aunque hirieron allí a seis de los que íbamos. Pues quizá había algún concierto de cómo lo habíamos concertado, maldito aquél; porque Cortés y los capitanes y soldados que pasaron primero a caballo, por salvarse y llegar a tierra firme y asegurar sus vidas, aguijaron por la calzada adelante, y no la erraron; también salieron en salvo los caballos con el oro y los tlascaltecas.

Digo que si aguardáramos, así los de a caballo como los soldados, unos a otros en los puentes, todos feneciéramos. La causa es ésta: que yendo por la calzada, ya que arremetíamos a los escuadrones mejicanos, de la una parte es agua y delatora parte azoteas, y la laguna llena de canoas, y no podíamos hacer cosa ninguna. Pues escopetas y ballestas, todas quedaban en el puente. Y si fuera de día, fuera mucho peor, y aun los que escapamos fue Nuestro Señor servido de ello. Para quien vio aquella noche la multitud de guerreros sobre nosotros estaban, y las cosas que

de ellos andaban a arrebatar nuestros soldados, es cosa de espanto.

Ya que íbamos por nuestra calzada adelante, cabe el pueblo de Tacuba, adonde ya estaba Cortés con todos los capitanes, Gonzalo de Sandoval y Cristóbal de Olid y otros de a caballo de los que pasaron delante, decían a voces: “Señor capitán, aguardemos, que dicen que vamos huyendo y los dejamos morir en los puentes. Tornémosles a amparar, si algunos han quedado, que no salen ni vienen ningunos”. La respuesta de Cortés fue que los que habíamos salido era milagro. Todavía volvió con los de a caballo y soldados que no estaban heridos, y no anduvieron mucho trecho, porque luego vino Pedro de Alvarado bien herido, a pie, con una lanza en la mano, porque la yegua alazana ya se la habían muerto, y traía consigo cuatro soldados tan heridos como él.

Como Cortés y los demás capitanes les encontraron de aquella manera y vieron que no venían más soldados, se le saltaron las lágrimas de los ojos. Dijo Pedro de Alvarado que Juan Velásquez de León quedó muerto con otros muchos caballeros, así de los nuestros como de los de Narváez, que fueron más de ochenta, en el puente, que él y los cuatro soldados que consigo traía, después que le mataron los caballos, pasaron el puente con mucho peligro sobre muertos y caballos y petacas, que estaba aquel paso del puente cuajado de ellos; y dijo que todos los puentes y calzadas estaban llenos de guerreros. En el triste puente, que dijeron después que fue el salto de Alvarado, digo que en aquel tiempo ningún soldado se paraba a verlo si saltaba poco o mucho, porque harto teníamos que salvar nuestras vidas, porque estábamos en peligro de muerte, según la multitud de mejicanos que sobre nosotros cargaban.

Pasemos adelante, y diré que como estando en Tacuba se habían juntado muchos guerreros mejicanos de todos aquellos

pueblos, y nos mataron allí tres soldados, acordamos lo más presto que pudiésemos salir de aquel pueblo, y con cinco indios tlascaltecas, que atinaban el camino de Tlascala, sin ir por camino, nos guiaban con mucho concierto, hasta que llegamos a una cacería que en un cerro estaban, y allí junto uncu, adonde separamos.

Quiero tornar a decir qué seguidos que íbamos de los mejicanos, y de las flechas, varas y pedradas que con sus hondas nos tiraban, y cómo nos cercaban, dando siempre en nosotros, es cosa de espantar.

En aquel cu, después de ganada la gran ciudad de Méjico, hicimos una iglesia, que se dice Nuestra Señora de los Remedios, muy devota, y van ahora allí en romería y a tener novenas muchos vecinos y señoras de Méjico.

Lástima era de ver curar y apretar con algunos paños de mantas nuestras heridas, y como se habían resfriado y estaban hinchadas, dolían. Pues más de llorar fue los caballeros y esforzados soldados que faltaban, que fueron Juan de Velásquez de León, Francisco de Saucedo, Francisco de Moria, Lares el buen jinete y otros muchos de los nuestros de Cortés. Cuento yo estos pocos, porque escribir los nombres de los muchos que de nosotros faltaron es no acabar tan presto. Pues de los de Narváez todos los más en los puentes quedaron, cargados de oro. Al astrólogo Botello no le aprovechó su astrología, que también allí murió con su caballo. También quedaron en los puentes muertos los hijos e hijas de Montezuma, y los prisioneros que traíamos, y Cacamatzin, señor de Tezcuco, y otros reyes de provincias.

Dejemos ya de contar tantos trabajos y digamos cómo estábamos pensando en lo que por delante teníamos, y era que todos estábamos pensando en lo que por delante teníamos, y era que todos estábamos heridos, y no escaparon sino veintitrés caballos. Los tiros, artillería y pólvora, no sacamos ninguna; las ballestas

fueron pocas, y ésas se remediaron luego las cuerdas, e hicimos saetas. Lo peor de todo era que no sabíamos la voluntad que habíamos de hallar en nuestros amigos los de Tlascala.

Aquella noche siempre estuvimos cercados de mejicanos, y acordamos salirnos de allí a medianoche, y con los tlascaltecas, nuestros guías, por delante, con muy buen concierto, caminar, los heridos en medio y los cojos bordones, y algunos que no podían andar y estaban muy malos, a ancas de caballos de los que iban cojos, que no eran para batallar, y los de a caballo que no estaban heridos, repartidos delante y aun lado y a otro. De esta manera todos nosotros, los que más sanos estábamos, haciendo rostro y cara a los mejicanos, y los tlascaltecas heridos dentro del cuerpo de nuestro escuadrón, y los demás que estaban sanos hacían cara juntamente con nosotros, porque los mejicanos nos iban siempre picando con grandes voces, gritos y silbidos.

Pues me he olvidado de escribir el contento que recibimos de ver viva a nuestra doña Marina, y a doña Luisa, la hija de Xicotenga, que las escaparon en los puentes unos tlascaltecas, y también una mujer que se decía María de Estrada, que no teníamos otra mujer de Castilla en Méjico sino aquélla. Quedaron muertas las más de nuestras naborías que nos habían dado en Tlascala y en la misma ciudad de Méjico.

Llegamos aquel día a unas estancias y caserías de un pueblo grande que se dice Gualtitán. Desde allí fuimos por unas caserías y poblezuelos, y siempre los mejicanos siguiéndonos.

Otro día muy de mañana comenzamos a caminar con el concierto que de antes íbamos, y aun mejor, y siempre la mitad de los de a caballo adelante. Poco más de una legua de allí, en un llano, ya que creíamos ir en salvo, vuelven nuestros corredores del campo que iban descubriendo y dicen que están los campos llenos de guerreros mejicanos aguardándonos.

Allí reparamos un poco, y se dio orden cómo se había de entrar y salir los de a caballo a media rienda, y que no se parasen a alancearlos, sino las lanzas por los rostros hasta romper sus escuadrones, y que todos los soldados, las estocadas que diésemos les pasásemos las entrañas, y que hiciésemos de manera que vengásemos muy bien nuestras muertes y heridas.

Después de encomendarnos a Dios y a Santa María muy de corazón, invocando el nombre del señor Santiago, desde que vimos que nos comenzaban a cercar, de cinco en cinco de caballo rompieron por ellos, y todos nosotros juntamente.

¡Oh, qué cosa era de ver esta tan temerosa y rompida batalla, cómo andábamos tan revueltos con ellos, pie con pie, y qué cuchilladas y estocadas les dábamos, y con qué furia los perros peleaban, y qué herir y matar hacían en nosotros con sus lanzas y macanas y espadas de dos manos, y los de caballo, no dejaban de batallar muy como varones esforzados!

Pues todos nosotros lo que no teníamos caballos, parece ser que a todos se nos ponía doblado esfuerzo, que aunque estábamos heridos y de refresco teníamos otras heridas, no curábamos de apretarlas por no pararnos a ello, que no había lugar, sino con grandes ánimos apechugábamos con ellos a darles de estocadas. Pues quiero decir cómo Cortés y los otros capitanes, cuáles andaban a una parte y a otra, aunque bien heridos, rompiendo escuadrones; y las palabras que Cortés decía a los que andábamos envueltos con ellos, que la estocada o cuchillada que diésemos fuese en señores señalados, porque todos traían grandes penachos de oro y ricas armas y divisas. Pues ver cómo nos esforzaba el valiente y animoso Sandoval, y decía: "¡Ea, señores que hoy es el día que hemos de vencer! ¡Tened esperanza en Dios que saldremos de aquí vivos para algún buen fin!". Y quiso Dios que allegó Cortés, con los capitanes que andaban en su compañía, a una parte donde andaba con su gran escuadrón el capitán

general de los mejicanos, con su bandera tendida, con ricas armas de oro y grandes penachos de argentería.

Cuando le vio Cortés, con otros muchos mejicanos que eran principales, que todos traían grandes penachos, dijo a los demás capitanes: "¡Ea, señores, rompamos por ellos y no quede ninguno de ellos sin herida!". Y encomendándose a Dios, arremetió Cortés con otros caballeros. Cortés dio un encuentro con el caballo al capitán mejicano, que le hizo abatir su bandera, y los demás capitanes acabaron de romper el escuadrón, que eran muchos indios, y quien siguió al capitán que traía la bandera, que aun no había caído del encuentro que Cortés le dio, fue Juan de Salamanca, que andaba con Cortés con una buena yegua overa, que le dio una lanzada, le quitó el rico penacho que traía, y se lo dio a Cortés, mas de allí a cosa de tres años Su Majestad se lo dio por armas a Salamanca, y lo tienen sus descendientes en sus reposteros.

Volvamos a nuestra batalla, que Nuestro Señor Dios fue servido que, muerto aquel capitán que traía la bandera mejicana, y otros muchos que allí murieron, aflojó su batallar, y todos los de a caballo siguiéndolos. Nuestros amigos los de Tlascala estaban hechos unos leones, y con sus espadas y montantes y otras armas que allí apañaron, hacíanlo muy bien.

Ya vueltos los de a caballo de seguir la victoria, todos dimos muchas gracias a Dios que escapamos de tan gran multitud de gente, porque no se había visto ni hallado en todas las Indias, en batalla que se haya dado, tan gran número de guerreros juntos, porque allí estaba la flor de Méjico y de Tezcuco y de todos los pueblos que están alrededor de la laguna, y otros muchos sus comarcanos, ya conpensamiento que de aquella vez no quedara roso ni velloso de nosotros. ¡Qué armas tan ricas que traían, con tanto oro y penachos y divisas, y todos los más capitanes y personas principales! Allí junto donde fue estas reñida y nombrada

batalla tienen muy bien pintada y en retratos entallada los mejicanos y tlascaltecas, entre otras muchas batallas que con los mejicanos tuvimos hasta que ganamos a Méjico. Fue esta nombrada batalla de Otumba a catorce de julio de 1520.

Digo que en obra de cinco días fueron muertos y sacrificados sobre ochocientos sesenta soldados, con setenta y dos que mataron en un pueblo que se dice Tustepeque, y a cinco mujeres de Castilla; y éstos que mataron en Tustepeque eran de los de Narváez; y mataron sobre mil doscientos tlascaltecas. Si miramos en ello, todos comúnmente hubimos mal gozo de lar partes del oro que nos dieron, y si de los de Narváez murieron muchos más que de los de Cortés en los puentes, fue por salir cargados de oro.

Íbamos ya muy alegres y comiendo unas calabazas que llaman ayotes, hacia Tlascala, por temor no se tornasen a juntar escuadrones mejicanos. Allí estaba un buen cu y casa fuerte, donde reparamos aquella noche y nos curamos nuestras heridas y estuvimos con más reposo.

Desde aquella población y casa donde dormimos se parecían las serrezuelas que están cabe Tlascala, y como las vimos nos alegramos, como si fueran nuestras casas. Pues quizá sabíamos de cierto que nos habían de ser leales, o qué voluntad tendrían, o qué había acontecido a los que estaban poblados en la Villa Rica, si eran muertos o vivos. Cortés nos dijo, que pues éramos pocos, que no quedamos sino cuatrocientos cuarenta con veinte caballos y doce ballesteros y siete escopeteros, y no teníamos pólvora, y todos heridos, cojos y mancos, que mirásemos muy bien cómo Nuestro Señor Jesucristo fue servido de escaparnos con las vidas, por cual siempre le hemos de dar muchas gracias y loores.

Llegamos a una fuente que estaba en una ladera, y allí estaban unas como cercas y mamparos de tiempos viejos, y dijeron

nuestros amigos los tlascaltecas que allí partían términos entre los mejicanos y ellos; y de buen reposo nos paramos a lavar y a comer de la miseria que habíamos habido. Luego comenzamos marchar, y fuimos a un pueblo de tlascaltecas que se dice Guaolipar, donde nos recibieron y nos dieron de comer, mas no tanto, que si no se lo pagábamos con algunas pecezuelas de oro y chalchihuís, que llevábamos algunos de nosotros, no os lo daban de balde. Allí estuvimos un día reposando.

Desde que lo supieron en la cabecera de Tlascala, luego vinieron Maseescasi, Xicotenga el Viejo, Chichimecatecle y otros muchos caciques y principales y todos los más vecinos de Huexocingo, y como llegaron a aquel pueblo donde estábamos, fueron a abrazar a Cortés y a todos nuestros capitanes y soldados, y llorando algunos de ellos, dijeron a Cortés: "¡Oh, Malinche, y cómo nos pesa de vuestro mal y de todos vuestros hermanos, y de los muchos de los nuestros que con vosotros han muerto! Ya os lo habíamos dicho muchas veces que no os fiaseis de gente mejicana, porque un día y otro os habían de dar guerra. No me quisisteis creer. Ya hecho es, no se puede al presente hacer más de curaros y daros de comer. En vuestras casas estáis. Descansad e iremos luego a nuestro pueblo y os aposentaremos. Y no pienses, Malinche, que has hecho poco en escapar con las vidas de aquella tan fuerte ciudad y sus puentes. Yo te digo que si de antes os teníamos por muy esforzados, ahora os tengo en mucho más. Bien sé que llorarán muchas mujeres e indios de estos nuestros pueblos las muertes de sus hijos, maridos, hermanos y parientes. No te congojes por ello. Y mucho debes a tus dioses que te han aportado aquí y salido de entre tanta multitud de guerreros que os aguardaban en lo de Otumba, que cuatro días había que lo supe que os esperaban para mataros. Yo quería ir en vuestra busca con treinta mil guerreros de los nuestros, y

no pude salir a causa que no estábamos juntos y los andaban juntando”.

Cortés y todos nuestros capitanes y soldados los abrazamos y les dijimos que se lo teníamos en merced. Y Cortés les dio a todos los principales joyas de oro y piedras, que todavía se escaparon, cada cual soldado lo que pudo; asimismo dimos algunos de nosotros a nuestros conocidos de lo que teníamos.

CÓMO FUIMOS A LA PROVINCIA DE TEPEACA Y LO QUE EN ELLA HICIMOS

Como Cortés había demandado a los caciques de Tlascala cinco mil hombres de guerra para ir a correr y castigar los pueblos donde habían muerto españoles, que eran Tepeaca, Cachula y Tecamachalco, de muy entera voluntad tenían aparejados hasta cuatro mil indios, porque si mucha voluntad teníamos nosotros de ir a aquellos pueblos, mucha más gana tenían Maseescasi y Xicotenga el Viejo de darles guerra.

Al otro día tuvimos en un llano una buena batalla con los mejicanos y tepeaqueños, y como el campo era labranzas de maíz y magueyales, aunque peleaban bravosamente los mejicanos, presto fueron desbaratados por los de a caballo.

Como los de Tepeaca vieron que con el bravear que hacían los mejicanos que tenían en su pueblo y guarnición eran desbaratados, y ellos juntamente, acordaron, sin decirles cosa ninguna, venir adonde estábamos. Los recibimos de paz, dieron la obediencia a Su Majestad, y echaron los mejicanos de sus casas. Nos fuimos al pueblo de Tepeaca, donde se fundó una villa que se nombró Segura de la Frontera, porque estaba en el camino de la Villa Rica. Allí se nombraron alcaldes y regidores y se dio orden cómo se corriesen los rededores sujetos a Méjico, en es-

pecial los pueblos adonde habían muerto a españoles. Se hizo el hierro con que se habían de herrar los que se tomaban por esclavos, que era una “G”, que quiere decir guerra. Desde la villa de Segura de la Frontera corríamos los alrededores, de manera que en obra de cuarenta días tuvimos aquellos pueblos muy pacíficos y castigados.

Ya en aquella sazón habían alzado en Méjico otro señor, porque el que nos echó de Méjico era fallecido de viruela, y al señor que hicieron era un sobrino o pariente muy cercano de Montezuma, que se decía Guatemuz, mancebo de hasta veinticinco años, bien gentil hombre para ser indio, y muy esforzados. Era casado con una hija de Montezuma, bien hermosa mujer para ser india.

Como ya esta dan de paz todos los pueblos comarcanos de Tepeaca, acordó Cortés que quedase en la villa de Segura de la Frontera por capitán un Francisco de Orozco con obra de veinte soldados y con todos los más de nuestro ejército fuimos a Tlascala; y se dio orden que se cortase madera para hacer trece bergantines para se cortase madera para hacer trece bergantines para ir otra vez a Méjico, porque hallábamos por muy cierto que para la laguna, sin bergantines, no la podíamos señorear.

Cuando llegamos a Tlascala ya era fallecido de viruelas nuestro gran amigo y muy leal vasallo de Su Majestad Maseescasi, de la cual muerte nos pesó a todos, y Cortés lo sintió tanto, como él decía, como si fuera su padre, y se puso luto de mantas negras y asimismo muchos de nuestros capitanes y soldados. Cortés y todos nosotros les hacíamos mucha honra a sus hijos y parientes, y porque en Tlascala había diferencias sobre el mando y cacicazgo, señaló y mandó que lo fuese un hijo legítimo del mismo Maseescasi, porque así lo había mandado su padre antes que muriese.

Xicotenga el Viejo y Chichimecatecle y todos los más caciques de Tlascala se ofrecieron a servir a Cortés así en cortar la madera para los bergantines como para todo lo demás que les quisiesen mandar en la guerra contra mejicanos. Cortés les abrazó con mucho amor y les dio gracias por ello, y luego procuró que se volviesen cristianos, y el buen Xicotenga de buena voluntad dijo que lo quería ser. Con la mayor fiesta que en aquella sazón se pudo hacer en Tlascala le bautizó el padre de la Merced y le puso por nombre don Lorenzo de Vargas.

Volvamos a decir de nuestros bergantines. Martín López se dio tanta prisa en cortar la madera, con la gran ayuda de indios que le ayudaban, que en pocos días la tenía ya toda cortada y señalada su cuenta en cada madero para qué parte y lugar había de ser, según tienen sus señales los oficiales, maestros y carpinteros de ribera.

Luego despachó Cortés a la Villa Rica por mucho hierro y clavazón de los navíos que dimos al través, y mandó venir todos los herreros que había. Y envió por capitán para mandarlo traer a un Santa Cruz, muy buen soldado y hasta las calderas para hacer brea y todo cuanto de antes habían sacado de los navíos trajo con más de mil indios. Pues como no teníamos pez para brear, ni aun los indios lo sabían hacer, mandó Cortés a cuatro hombres de la mar que sabían de aquel oficio que en unos pinares cerca de Huexocingo, que los hay buenos, fuesen a hacer la pez.

Viendo Cortés que ya era cortada la madera para los bergantines y se habían ido a Cuba las personas de los de Narváez, que los teníamos por sobrehuesos, especialmente poniendo temores, y libre de aquellas zozobras, acordó Cortés que fuésemos con todos nuestros soldados para la ciudad de Tezcuco. Sobre ello hubo grandes y muchos acuerdos, porque unos soldados decían que era mejor sitio y acequias y zanjas para hacer los berganti-

nes en Ayocingo, junto a Chalco, que no en la zanja y estero; y otros porfiábamos que mejor sería en Tezcuco, por estar en parte y sitio cerca de muchos pueblos, y que teniendo aquella ciudad por nosotros, desde allí haríamos entradas en las tierras comarcanas de Méjico, y puestos en aquella ciudad por nosotros, desde allí haríamos entradas en las tierras comarcanas de Méjico, y puestos en aquella ciudad tomaríamos el mejor parecer según sucediesen las cosas. Pues ya que estaba acordado lo por mí dicho, viene nueva y cartas, que trajeron soldados, de cómo había venido a la Villa Rica un navío de Castilla o de las islas de Canaria, de buen porte, cargado de muchas mercaderías, escopetas, pólvora y ballestas, e hilo de ballestas, y tres caballos, y otras armas, y venía por señor de la mercadería y navío Juan de Burgos, y por maestre Francisco de Medel, y venían trece soldados. Luego le envió Cortés a comprar todas las armas y pólvora y todo lo más que traía, y aun el mismo Juan de Burgos y Medel y todos los pasajeros que traía se vinieron luego para donde estábamos, con los cuales recibimos contento viendo tan buen socorro y en tal tiempo.

CÓMO CAMINAMOS CON TODO NUESTRO EJÉRCITO CAMINO DE LA CIUDAD DE TEZCUCO

Como Cortés vio tan buen aparejo de escopetas, pólvora, ballestas y caballos, y conoció de todos nosotros el gran deseo que teníamos de estar ya sobre la gran ciudad de Méjico, acordó hablar a los caciques de Tlascala para que le diesen diez mil indios de guerra que fuesen con nosotros a aquella jornada hasta Tezcuco. Luego con nosotros a aquella jornada hasta Tezcuco. Luego Xicotenga el Viejo dijo que le placía de buena voluntad, no solamente diez mil hombres, sino muchos más si los quería llevar, y que iría por capitán de ellos otro cacique muy esforzado

y nuestro gran amigo, que se decía Chichimecatecle. Cortés le dio las gracias por ello, y después de hecho nuestro alarde, un día después de pasada la pascua de Navidad del año 1520, comenzamos a caminar con mucho concierto, y fuimos a dormir aun pueblo donde nos dieron lo que habíamos menester.

De allí en adelante era tierra de mejicanos.

Cuando amaneció comenzamos a subir un portezuelo, y en unos malos pasos como barrancas estaba cortada la sierra, por donde no podíamos pasar, y puesta mucha madera y pinos en el camino, y como llevábamos tantos amigos tlascaltecas, pronto se desembarazó. Caminamos con una capitanía de escopeteros y ballesteros delante, y nuestros amigos cortando y apartando los árboles para poder pasar los caballos, hasta que subimos la sierra, y aun bajamos un poco abajo a donde se descubrió la laguna de Méjico y sus grandes ciudades pobladas en el agua. Cuando la vimos, dimos muchas gracias a Dios que nos la tornó a dejar ver.

Fuimos a dormir a un pueblo sujeto de Tezcuco, y estaba despoblado.

Cuando amaneció, comenzamos a caminar hacia Tezcuco, que sería de allí de donde dormimos obra de dos leguas. Aun no habíamos andado media legua cuando vimos volver a nuestros corredores del campo a matacaballo, muy alegres, y dijeron a Cortés que venían hasta diez indios y que traían unas señas y veletas de oro, y que no traían armas ningunas, y que en todas las caserías y estancias por donde pasaban no les daban grita ni voces como habían dado el día antes; al parecer todo estaba de paz.

Luego mandó Cortés reparar, hasta que llegaron siete indios principales, naturales de Tezcuco, y traían una bandera de oro en una lanza larga, y antes que llegasen bajaron su bandera y se

humillaron, que es señal de paz. Cuando llegaron ante Cortés, estando doña Marina y jerónimo de Aguilar, nuestras lenguas, delante, de Tezcuco, te envía a rogar que le quieras recibir a tu amistad y te está esperando de paz en su ciudad de Tezcuco, y en señal de ello recibe esta bandera de oro, y te pide por merced que mandes a todos los tlascaltecas y a tus hermanos que no les hagan mal en su tierra, y que te vayas a aposentar a su ciudad, que él te dará lo que hubieres menester".

Entonces Cortés tomó consejo con nuestros capitanes, y a todos les pareció que aquel pedir de paz y de aquella manera que era fingido, porque si fueran verdaderas no vinieran tan arrebatadamente, y aun trajeran bastimento. Con todo esto Cortés recibió la bandera, que valía hasta ochenta pesos y dio muchas gracias a los mensajeros,, y les dijo que no tenía por costumbre hacer mal ni daño a ningunos vasallos de Su Majestad, antes les favorecía y miraba por ellos, y que si guardaban las paces que decían, les favorecería contra mejicanos.

Respondieron aquellos mensajeros que ellos se lo dirían a su señor así como se lo mandaba. Como Cortés vio aquella respuesta, por no atemorizarlos no los replicó, sino que fueran con Dios y quedó uno en nuestra compañía.

Luego nos fuimos a unos arrabales de Tezcuco y allí nos dieron bien de comer y todo lo que hubimos menester, y aun derribamos unos ídolos que estaban en unos aposentos donde posábamos. Otro día de mañana fuimos a la ciudad de Tezcuco, y en todas las calles ni casas no veíamos mujeres, ni muchachos, ni niños, sino todos los indios como asombrados y como gente que estaba de guerra; y nos fuimos a aposentar a unos grandes aposentos y salas.

Y mandó a Pedro de Alvarado y a Cristóbal de Olid y a otros soldados y a mí con ellos que subiésemos a un gran cu, que era bien alto, y llevásemos hasta veinte escopeteros para nuestra

guarda, y que mirásemos desde el alto cu la laguna y la ciudad, porque bien se parecía toda; y vimos que todos los moradores de aquellas poblaciones se iban con sus haciendas, hatos, hijos y mujeres, unos a los montes y otros a los carrizales que hay en la laguna.

En cuanto Cortés lo supo, quiso prender al señor de Tezcuco que envió la bandera de oro, y cuando le fueron a llamar a ciertos papas que envió Cortés por mensajeros, ya estaba puesto en cobro, que el primero que se fue huyendo a Méjico fue él con otros muchos principales. Así se pasó aquella noche, que tuvimos gran recaudo de velas, rondas y espías; y otro día muy de mañana mandó Cortés llamar a todos lo más principales indios que había en Tezcuco, porque como es gran ciudad había otros muchos señores, partes contrarias del cacique que se fue huyendo, con quien tenían debates y diferencias sobre el mando y reino de aquella ciudad. Venidos ante Cortés e informado de ellos cómo y de qué manera y desde qué tiempo acá señoreaba Cuayocotzín, dijeron que por codicia de reinar había muerto malamente a su hermano mayor, con favor que para ello le dio Cuitláhuac, señor de Méjico, y que allí había otros señores a quien venía el reino de Tezcuco más justamente que no al que lo tenía, que era un mancebo que luego en aquella sazón se volvió cristiano con mucha solemnidad, y se llamó don Hernando Cortés, porque fue su padrino nuestro capitán.

Este mancebo dijeron que era hijo legítimo del señor y rey de Tezcuco, que se decía su padre Nezahualpinzintle; y luego sin más dilaciones y con gran fiesta y regocijo de todo Tezcuco le alzaron por rey y señor natural con todas las ceremonias que a tales reyes solían hacer, con mucha paz y en amor de todos sus vasallos y otros pueblos comarcanos, y mandaba muy absolutamente y era obedecido. Para mejor ilustrarle en las cosas de nuestra santa fe y ponerle en toda policía, y que aprendiese

nuestra lengua, mandó Cortés que tuviese por ayos a Antonio de Villa Real y a un bachiller, que se decía Escobar.

Cortés le demandó mucha copia de indios trabajadores para ensanchar y abrir más las acequias y zanjas por donde habíamos de sacar los bergantines a la laguna desde que estuviesen acabados y puestos a punto para ir a la vela; y se le dio a entender al mismo don Hernando y a otros sus principales a qué fin y efecto se habían de hacer, y cómo y de qué manera habíamos de poner cerco a Méjico.

CÓMO FUE GONZALO DE SANDOVAL A TLASCALA POR LA MADERA DE LOS BERGANTINES

Como siempre estábamos con gran deseo de tener ya los bergantines acabados y vernos en el cerco de Méjico y no perder ningún tiempo en balde, mandó nuestro capitán Cortés que luego fuese Gonzalo de Sandoval por la madera, y que llevase consigo doscientos soldados, veinte escopeteros y ballesteros, quince de a caballo, buena copia de tlascaltecas y veinte principales de Tezcuco.

Fue Sandoval camino de Tlascala y junto a la cabecera del pueblo mayor donde residían los caciques, topó con toda la madera y tablazón de los bergantines, que traían a cuestas sobre ocho mil hombres, y venían otros tantos en retaguardia de ellos con sus armas y penachos, y otros dos mil para remudar las cargas que traían el bastimento. Venían por capitanes de todos los tlascaltecas Chichimecatecle y otros caciques y principales. A todos los traía a cargo Martín López, que era el maestro que cortó la madera, y dio el gálibo y cuenta para las tablazones.

Entonces dijo Martín López, que lo traía todo a cargo, que sería bien que fuesen con otro recaudo que hasta entonces ven-

ían, porque los tlascaltecas le habían dicho que temían que en aquellos caminos no saliesen de repente los grandes poderes de Méjico y los desbaratasen como iban cargados y embarazados con la madera y bastimentos. Luego mandó Sandoval repartir los de acaballo y ballesteros y escopeteros, que fuesen unos en la delantera y los demás en los lados; y mandó a Chichimecatecle, que iba por capitán delante de todos los tlascatecas, que se quedase detrás para ir en la retaguardia juntamente con Gonzalo de Sandoval, de lo cual se afrentó aquel cacique, creyendo que no le tenían por esforzado; y tantas cosas le dijeron sobre aquel caso, que lo tuvo por bueno, viendo que Sandoval quedaba juntamente con él.

En otros dos días de camino llegaron a Tezcuco, y antes de que entrasen en aquella ciudad se pusieron muy buenas mantas y penachos, y con tambores y cornetas y puestos en ordenanza, caminaron y no quebraron el hilo en más demedio día que iban entrando, dando voces y silbidos, y diciendo "¡Viva, viva el emperador nuestro señor! ¡Castilla, Castilla! ¡Tlascala, Tlascala!"

Cortés y ciertos capitanes les salieron a recibir, con grandes ofrecimientos que Cortés hizo a Chichimecatecle y a todos los capitanes que traía. Las piezas de maderos y tablazones y todo lo demás perteneciente a los bergantines se puso cerca de las zanjas y esteros donde se habrían de labrar; y desde allí adelante tanta prisa se daba en hacer los trece bergantines Martín López, que fue el maestro de hacerlos, con otros españoles que le ayudaban, y ciertos indios y carpinteros, y dos herreros con sus fraguas, todos se dieron gran prisa hasta que los bergantines estuvieron armados y no faltaba sino calafatearlos y ponerles los mástiles, jarcias y velas. Pues ya esto hecho, quiero decir e gran recaudo que teníamos en nuestro real de espías, escuchas y guarda para los bergantines, porque estaban junto a la laguna, y los mejicanos procuraron tres veces ponerles fuego, y aun pren-

dimos quince indios de los que les venían a poner el fuego, de quien Cortés supo muy largamente todo lo que en Méjico hacía y concertaba Guatemuz.

Quiero tornar a decir los llamamientos y mensajeros que en todos los pueblos sujetos a Méjico hacían, y cómo les perdonaba los tributos; y el trabajar que de día y de noche trabajaban de hacer cavas y ahondar los pasos de los puentes, y hacer albarradas muy fuertes, y poner a punto sus varas y tiraderas, y hacer unas lanzas muy largas para matar los caballos.

Volvíamos a decir de nuestra zanja y acequia por donde habían de salir los bergantines a la gran laguna, y estaba ya muy ancha y honda, que podían nadar por ella navíos de razonable porte; porque, como otras veces he dicho, siempre andaban en la obra ocho mil indios trabajadores.

CÓMO NUESTRO CORTÉS FUE A LA UNA ENTRADA Y SE RODEÓ LA LAGUNA

Como Cortés había dicho a los de Chalco que les había de ir a socorrer, porque los mejicanos no les viniesen a dar guerra, que harto teníamos casa semana de ir y a venir a favorecerles, mandó apercibir todos los soldados y ejército, que fueron trescientos soldados. Dejó en guarda de Tezcuco y bergantines a Gonzalo de Sandoval con buena copia de soldados y de a caballo.

Una mañana, después de haber oído misa, que fue viernes cinco de abril de 1521, fuimos a dormir a Tamanalco, y allí nos recibieron muy bien; y otro día fuimos a Chalco, que estaba muy cerca un pueblo del otro. Allí mandó Cortés llamar a todos los caciques de aquella provincia y se les hizo un parlamente en que les dio a entender cómo ahora al presente íbamos a ver si podría

traer de paz algunos pueblos que estaban cerca de la laguna, y también para ver la tierra y sitio para poner cerco a Méjico, y que por la laguna habían de echar los bergantines, que eran trece, y que les rogaba que para otro día estuviesen aparejadas todas sus gentes de guerra para ir con nosotros. Cuando lo hubieron entendido, todos a una de buena voluntad dijeron que así lo harían.

En aquella sazón se tuvo nueva que estaban en un llano cerca de allí aguardando muchos escuadrones y capitanías de mejicanos y sus aliados. Cortés nos apercibió que fuésemos muy alertas. Salimos de aquel pueblo después de haber oído misa, que fue bien de mañana, y con mucho concierto fuimos caminando entre unos peñascos y por medio de dos serrezuelas, donde estaban muchos indios e indias recogidos y hechos fuertes, y desde su fortaleza nos daban gritos, voces y alaridos, y nosotros no curamos de pelear con ellos, sino callar y caminar y pasar adelante hasta un pueblo grande que estaba despoblado,, que se dice Yautepeque. También pasamos de largo y llegamos a un llano donde había unas fuentes de muy poco agua, y a una parte estaba un gran peñol con una fuerza muy mala de ganar, según luego pareció por la obra.

Como llegamos al peñol, vimos que estaba lleno de guerreros y desde lo alto de él nos daban gritos y tiraban piedras, varas y flechas, y luego hirieron a tres soldados de los nuestros. Entonces mandó Cortés que reparásemos allí, y dijo: “Parece que todos estos mejicanos se ponen en fortaleza y hacen burla de nosotros, porque no les acometemos”, y esto dijo por los que dejamos atrás en las serrezuelas.

Cortés nos mandó que les fuésemos entrando u subiendo, al alférez Cristóbal del Corral delante, y otras banderas, y todos nosotros siguiéndoles, y Cortés con los de a caballo aguardando en lo llano por guarda de otros escuadrones de mejicanos, no

viniesen a dar en nuestro fardaje. Como comenzamos a subir por el peñol arriba, echan los indios guerreros que en él estaban tantas piedras muy grandes y peñascos, que fue cosa espantosa cómo se venían despeñando y saltando, que fue milagro que no nos matasen a todos.

Y todavía no dejábamos de subir.

Yo, como en aquel tiempo era suelto, no dejaba de seguir al alférez Corral, e íbamos debajo de unas como socarrenas y concavidades que se hacían en el peñol, que si por ventura me encontraban algunos peñascos entretanto que subía de socarrén a socarrén, fue gran ventura no matarme. Estaba el alférez Cristóbal del Corral amparándose detrás de unos árboles gruesos, que tenían muchas espinas, que nacen en aquellas concavidades, y estaba descalabrado, el rostro todo lleno de sangre, y la bandera rota.

Entonces el alférez Corral dio voces para que dijesen a Cortés, de mano en mano, que no se podía subir más arriba y que al retraer también era muy peligroso. Como Cortés lo entendió, porque allá abajo donde estaba, en la tierra llana, le habían muerto dos o tres soldados y herido siete del gran ímpetu de las galgas que iban desempeñándose, y aun tuvo por cierto que todos los más de los que habíamos subido arriba estábamos muertos o bien heridos, porque adonde él estaba no podía ver las vueltas que daba aquel peñol, luego por señas y por voces y por unas escopetas que soltaron, tuvimos arriba muestras que nos mandaban retraer. Y con buen concierto, de socarrón, bajamos abajo.

Aquella noche dormimos, bien muertos de sed, y se acordó que para otro día, desde otro peñol, fuesen todos los ballesteros y escopeteros y que subiesen en él, que había subida, aunque no buena, para que desde aquél alcanzarían las ballestas y escopetas al otro peñol fuerte, y podríanlo combatir.

Mandó Cortés a Francisco Verdugo y al tesorero Julián de Alderete, que se preciaban de buenos ballesteros, y a Pedro Barba, que era capitán, que fuesen por caudillos, y que todos los más soldados hiciésemos acometimiento por los pasos y salidas de las casas que dicho tengo, como que es queríamos subir, y así los comenzamos a entrar,; mas echaban tanta piedra grande y menuda, que hirieron a muchos soldados.

Entretanto que nosotros estábamos de aquella manera, los ballesteros y escopeteros desde el peñol que he dicho les alcanzaban con las ballestas y escopetas y, aunque no mucho, mataban algunos y herían a otros. De manera que estuvimos dándoles combates obra de media hora; quiso Dios que acoraron darse de paz, y que fue por causa que no tenían agua ninguna, que estaba mucha gente arriba en el peñol, en un llano que se hacía arriba, y habían le acogido a él de todas aquellas comarcas.

Cuando Cortés lo entendió, mandó que no se les hiciese mal ninguno, y por señas se les dio a entender que bajasen cinco principales a entender en las paces. Los cuales bajaron y con gran acato dijeron a Cortés que les perdonase. Cortés les dijo algo enojado que eran dignos de muerte por haber comenzado la guerra; mas, pues que han venido de paz que vayan luego al otro peñol y llamen los caciques y hombres principales que en él están, y traigan los muertos, y que de lo pasado se les perdona, y que vengan de paz; si no, que habíamos de ir sobre ellos y ponerles cerco hasta que se mueran de sed, porque bien sabíamos que no tenían agua, porque en toda aquella tierra no la hay sino muy poco. Y luego fueron a llamarlos como se lo mandó. Cuando vinieron los del otro peñol, en fin de muchas razones que pasaron sobre que les perdonasen lo pasado, todos dieron la obediencia a Su Majestad. Como no había agua en aquel paraje, nos fuimos luego camino de un buen pueblo, que se dice Huaxtepeque, donde está la huerta que he dicho y aquella noche nos

aposentamos todos en ella, y los caciques de aquel pueblo vinieron a hablar y servir a Cortés, porque Gonzalo de Sandoval los había recibido ya de paz cuando entró en aquel pueblo.

Otro día muy de mañana, partimos para Cornavaca, hallamos unos escuadrones de guerreros mejicanos que de aquel pueblo habían salido, y los de a caballo los siguieron más de legua y media hasta encerrarlos en otro gran pueblo que se dice Tepuztlán, que estaban tan descuidados los moradores de él, que dimos en ellos antes que sus espías que tenían sobre nosotros llegasen.

Otro día muy de mañana, partimos para Cornavaca, hallamos unos escuadrones de guerreros mejicanos que de aquel pueblo habían salido, y los de a caballo los siguieron más de legua y media hasta encerrarlos en otro gran pueblo que se dice Tepuztlán, que estaban tan descuidados los moradores de él, que dimos en ellos antes que sus espías que tenían sobre nosotros llegasen.

Otro día fuimos camino de otro muy mejor y mayor pueblo que se dice Coadlavaca –comúnmente corrompemos ahora aquel vocablo y le llamamos Cuernavaca- y había dentro en él mucha gente de guerra, así de mejicanos como de los naturales, y estaba muy fuerte por unas cavas y riachuelo que están en las barrancas, por donde corre el agua, muy hondas de más de ocho estados abajo, aunque no llevan mucho agua, y tampoco había entrada para caballos, sino por unos dos puentes, y tenían los quebrados. De esta manera estaban tan fuertes que no les podíamos entrar, aunque nos llegamos a pelear con ellos de esta parte de sus cavas y riachuelo en medio.

Estando de esta manera, avisaron a Cortés que más adelante, obra demedia legua, había entrada para los caballos. Luego fue allá con todos los de a caballo, y todos nosotros estábamos buscando paso, y vimos que desde unos árboles que estaban junto

con la cava se podía pasar a la otra parte. Aunque cayeron tres soldados desde los árboles abajo en el agua, y aun el uno se quebró la pierna, todavía pasamos, y con harto peligro, y todavía pasé yo y otros treinta soldados, y muchos tlascaltecas, y comenzamos a dar por las espaldas. Cuando nos vieron, que lo tenían por cosa imposible, creyeron que éramos muchos más. En este instante llegaron Cristóbal de Olid y Andrés de Tapia con otros de a caballo, que habían pasado con mucho riesgo de sus personas por un puente quebrado, y damos en los contrarios, de manera que volvieron las espadas y se fueron huyendo a los montes y a otras partes de aquella cava, donde no se pudieron haber.

Vinieron nuestros corredores del campo a decir a Cortés que venían hasta veinte indios, y a lo que parecía en sus meneos y semblante, que eran caciques y hombres principales, que traían mensajes, o a demandar paces, y eran los caciques de aquel pueblo. Cuando llegaron adonde Cortés estaba, le hicieron mucho acato, le presentaron ciertas joyas de oro, y le dijeron que les perdonase porque no salieron de paz, que el señor de Méjico les envió a mandar que, pues estaban en fortaleza, desde allí nos diesen guerra, y que les envió un buen escuadrón de mejicanos para que les ayudasen, y que por lo que ahora han visto, no habrá cosa, por fuerte que sea, que no la combatamos y señoreemos, y que le piden por merced que los reciba de paz. Cortés les mostró buena cara, y allí dieron la obediencia a Su Majestad.

DE LA GRAN SED QUE TUVIMOS EN ESTE CAMINO Y DEL PELIGRO EN QUE NOS VIMOS EN SUCHIMILCO

Pues como caminamos para Suchimilco, que es una gran ciudad, y toda la más de ella están fundadas las casas en la laguna de agua dulce, y estaba de Méjico obra de dos leguas y media,

yendo por nuestro camino con gran concierto y ordenanza, fuimos por unos pinares, y no había agua en todo el camino; y como íbamos con nuestras armas a cuestas y era ya tarde y hacía gran sol, aquejábamos mucho la sed.

Como Cortés así vio todo nuestro ejército cansado, y los amigos tlascaltecas se desmayaron, y se murió uno de ellos de sed y un soldado de los nuestros, acordó Cortés parara a la sombra de unos pinares, y mandó a seis de a caballo que fuesen adelante camino de Suchimilco y que viesen qué tanto de allí había población o estancias.

Cuando fueron los de a caballo, acordé yo apartarme en parte que no me viese Cortés ni los de caballo, con tres naborías míos tlascaltecas, y fui en pos de ellos hasta que me vieron ir y me aguardaron para hacerme volver. Yo todavía porfié a ir con ellos, y Cristóbal de Olid, como era yo su amigo, dijo que fuese y que aparejase los puños a pelear y los pies a ponerme en salvo si había encuentros de mejicanos. Era tanta la sed que tenía, que aventuraba mi vida por hartarme de agua.

Pasando obra de media legua adelante había muchas estancias y caserías de los de Suchimilco en unas laderas de unas serrezuelas. Entonces los de a caballo se apartan para buscar agua en las casas, y la hallaron, y se hartaron de ella; y uno de mis tlascaltecas me sacó de una casa un gran cántaro.

Entonces acordé desde allí volverme donde estaba Cortés reposando, porque los moradores de aquellas estancias ya se comenzaban a apellidar y nos daban gritas y silbidos; y traje el cántaro lleno de agua con los tlascaltecas, y hallé a Cortés que comenzaba a caminar con su ejército. Le dije que había agua en unas estancias muy cerca de allí y que había bebido y traía agua en el cántaro. De la cual bebió Cortés y otros caballeros, y se holgó mucho, y todos se alegraron y se dieron prisa a caminar, y llegamos a las estancias antes de ponerse el sol. Por las casas

hallaron agua, y con la sed y con la sed y hambre que traían, comían unos como cardos.

Otro día muy de mañana comenzamos a caminar, y a obra de las ocho llegamos a Suchimilco. Saber ahora yo decir la multitud de guerreros que nos estaban esperando, unos por tierra y otros en un paso de un puente que tenían quebrado, y los muchos mamparos y albarradas que tenían hechos en ellas, y las lanzas que traían hechas como dalles de las espadas que hubieron cuando la gran matanza de los nuestros en lo de los puentes de Méjico, y otros muchos indios capitanes, que todos traían espadas de las nuestras puestas todas en otras largas lanzas muy relucientes. Digo que estaba toda la tierra firme llena de ellos, y al pasar de aquel puente estuvieron peleando con nosotros obra de media hora, que no les podíamos entrar, que ni bastaban ballestas, ni escopetas, ni grandes arremetidas que hacíamos; y lo peor de todo era que ya venían otros muchos escuadrones de ellos por las espaldas dándonos guerra. Cuando aquello vimos, rompimos por el agua y puente medio nadando, y otros a vuelapié, y allí hubo algunos de nuestros soldados que no quisieran beber por fuerza tanta agua.

Volvamos a nuestra batalla, que al pasar del puente hirieron a muchos de los nuestros, y luego les llevábamos a buenas cuchilladas por unas calles a donde había tierra firme, adelante y los de a caballo, juntamente con Cortés, salen por otras partes a tierra firme donde topan con más de diez mil indios, todos mejicanos, que venían de refresco para ayudar a los de aquel pueblo y pelean de tal manera con los nuestros, que les aguardaban con las lanzas a los de a caballo, e hirieron a cuatro de ellos.

Cortés se halló en aquella prisa, y el caballo en que iba que era muy bueno, se desmayó, y los contrarios mejicanos, como eran muchos, echaron mano a Cortés y le derribaron del caballo; otros dijeron que por fuerza lo derrocaron. Sea por lo uno o por

lo otro, el caballo y él cayeron en el suelo, y en aquel instante llegaron muchos guerreros mejicanos para si pudieran apañarle vivo. Como aquello vieron unos tlascaltecas y un soldado muy esforzado que se decía Cristóbal de Olea, de presto llegaron, y a buena cuchilladas y estocadas hicieron lugar, y tornó Cortés a cabalgar, aunque bien herido en la cabeza.

Como el soldado Olea, que ayudó a Cortés, estaba muy herido de tres cuchilladas y se desangraba, y las calles de aquella ciudad estaban llenas de guerreros, dijimos a Cortés que se volviese a unos mamparos y se curasen él, Olea y el caballo; y así volvimos, no muy sin zozobra.

En este instante vienen Andrés de Tapia, Cristóbal de Olid y todos los más de a caballo que fueron con ellos a otras partes, Olid corriendo sangre de la cara y del caballo, y todos los demás cada cual con su herida, y dijeron que habían peleado con tanto mejicano en el campo raso que no se podían valer.

Pues ya que estábamos curando los heridos con quemarles con aceite, suenan tantas voces, trompetillas, caracoles y atabales por unas calles en tierra firme, y por ellas vienen tantos mejicanos a un patio donde estábamos curándolos, y tirannos tanta vara y piedra, que hirieron de repente a muchos de nuestros soldados; mas no les fue muy bien de aquella cabalgada, que presto arremetimos con ellos y a buenas cuchilladas y estocadas quedaron hartos de ellos tendidos.

Cuando Cortés vio que no había más contrarios, nos fuimos a reposar a otro gran patio, donde estaban los grandes adoratorios de aquella ciudad. Muchos de nuestros soldados subieron en el cu más alto, donde tenían sus ídolos, y desde allí vieron la gran ciudad de Méjico y toda la laguna, porque bien se señoreaba todo, y vieron venir sobre dos mil canoas que venían de Méjico, porque, según otro día supimos, Guatemuz las enviaba para que aquella noche o de día diesen en nosotros, y juntamente envió

por tierra otros diez mil guerreros para que, unos por una parte y otros por otra, tener manera para que no saliésemos de aquella ciudad con vida. También había apercibido otros diez mil hombres para enviarlos de refresco cuando nos estuviesen dando guerra.

Mejor ordenó Nuestro Señor, porque así como vino aquella gran flota de canoas, luego se entendió que venían contra nosotros, y acordamos que hubiese muy buena vela en todo nuestro real, y los de caballo muy a punto, toda la noche ensillados y enfrenados, aguardando en la calzada y tierra firme, y todos los capitanes, y Cortés con ellos, haciendo vela y ronda toda la noche.

Ya que fue de día claro, nos vinieron a cercar todos los escuadrones mejicanos en el patio donde estábamos; y como nunca nos hallaban descuidados, los de a caballo por una parte, como era tierra firme, y nosotros pro otra, y nuestros amigos los tlascaltecas que nos ayudaban, rompimos por ellos, y se mataron e hirieron tres de sus capitanes, que luego otro día se murieron.

En aquella batalla quedaron heridos muchos de nuestros soldados. Pue no se acabó en esta refriega, que yendo los de a caballo siguiendo al alcance, se encuentran con los diez mil guerreros que Guatemuz enviaba en ayuda y socorro de refresco de los que de antes había enviado. Cuando los nuestros de a caballo se hallaron cerca de ellos, como eran pocos y vieron muchos escuadrones, temieron. Por esta causa se ponen en parte para no encontrarse luego con ellos, hasta que Cortés y todos nosotros fuésemos en su ayuda; y como lo supimos, en aquel instante cabalgaban todos los de a caballo que quedaban en el real, aunque estaban heridos ellos y sus caballos, y salimos todos los soldados y ballesteros y con nuestros amigos los tlascaltecas, y arremetimos de manera que rompimos y tuvimos lugar de juntarnos con ellos pie con pie, y a buenas estocadas y cuchilladas

se fueron con la mala ventura y nos dejaron de aquella vez el campo.

Estando de aquella manera pareció ser que, como en aquella ciudad eran ricos y tenían unas casas muy grandes llenas de mantas y ropa y camisas de algodón, y había en ellas oro y otras muchas cosas, y plumajes, alcanzaron a saber los tlascaltecas y ciertos soldados en qué parte o paraje estaban las casas, y se las fueron a mostrar unos prisioneros de Suchimilco.

Como nuestros soldados fueron a las casas, y las hallaron llenas de ropa, y no había guarda en ellas, cárganse ellos y muchos tlascaltecas de ropa y otras cosas de oro y se vienen con ello al real y como lo vieron otros soldados, van a las mismas casas, y estando dentro sacando ropa de unas cajas muy grandes que tenían de madera, vino en aquel instante una gran flota de canoas de guerreros de Méjico, y dan sobre ellos y hieren muchos soldados, apañan cuatro soldados y vivos los llevaron a Méjico, y los demás se escaparon.

Pues como le llevaron a Guatemuz estos cuatro soldados, alcanzó a saber cómo éramos muy pocos los que veníamos con Cortés, y que muchos estaban heridos, y todo lo que quiso saber de todo nuestro viaje, tanto supo; y de que fue bien informado, mandó cortar pies y brazos y las cabezas a los tristes nuestros compañeros, y las enviaron por muchos pueblos de nuestros amigos de los que nos había venido de paz, y les envía a decir que antes que volvamos a Tezcuco piensa no quedará ninguno de nosotros con vida; y con los corazones y sangre ofreció a sus ídolos.

Luego tornó a enviar muchas flotas de canoas llenas de guerreros y otras capitanías por tierra, y les mandó que procurasen que no saliésemos de Suchimilco con las vidas. Porque ya estoy harto de escribir de los muchos encuentros y batallas que en estos cuatro días tuvimos como mejicanos, y no puedo dejar otra

vez de hablar de ellas, diré que desde que amaneció vinieron de esta vez tantos mejicanos, por los esteros y otros por las calzadas y tierra firma, que tuvimos harto que romper en ellos.

En todo el camino, hasta que llegamos a una gran pueblo que se dice Cuyuacán, que está obra de dos leguas de Suchimilco, nunca nos faltaron rebatos de guerreros.

Llegados a Cuyuacán a obra de las diez del día, hallamos la despoblada, y como está en tierra llana, acordamos reposar aquel día y otro para que se curasen los heridos y hacer saetas, porque bien entendido teníamos que habíamos de haber más batallas antes de volver a nuestro real, que era en Tezcuco.

Otro día muy de mañana comenzamos a caminar, con el mismo concierto que solíamos llevar, camino de Tacuba, que está de donde salimos obre de dos leguas; y en el camino salieron en tres partes muchos escuadrones de guerreros, y todas tres les resistimos.

Yendo por nuestro camino de la manera que he dicho, apartóse Cortés con diez de a caballo a echar una celada a los mejicanos que salían de aquellos esteros a dar guerra a los nuestros, y llevó consigo cuatro mozos de espuelas y los mejicanos hacían que iban huyendo, y Cortés con los de a caballo y criados siguiéndoles. Cuando miró por sí, estaba una gran capitanía de contrarios y puestos en celada, y dan en Cortés y en los de a caballo, que les hirieron los caballos, y si no dieran vuelta de presto, allí quedaran muertos o presos; por manera que apañaron los mejicanos dos de los soldados mozos de espuelas de Cortés, de los cuatro que llevaba, y vivos los llevaron a Guatemuz y los sacrificaron

Como ya habíamos llegado a Tacuba con nuestras banderas tendidas, con todo nuestro ejército y fardaje, y todos los demás de a caballo habían llegado, y también Pedro de Alvarado y

Cristóbal de Olid, y Cortés no venía con los diez de a caballo que llevó en su compañía, tuvimos mala sospecha no le hubiese acaecido algún desmán; y luego fuimos en su busca hacia los esteros donde le vimos apartar, y en aquel instante vinieron los otros dos mozos de espuelas que habían ido con Cortés, y dijeron todo lo por mí memorado, y que Cortés y los demás se vienen poco a poco, porque traen los caballos heridos. Estando en esto viene Cortés, bien triste y como lloroso.

Se tomó parecer entre nuestros capitanes y soldados si daríamos una vista a la calzada, pues estaba tan cerca de Tacuba, donde estábamos; y como no había pólvora ni muchas saetas y todos los más soldados de nuestro ejército heridos, fue acordado que luego nos fuésemos nuestro camino por temor no tuviésemos en ese día o en la noche alguna refriega con los mejicanos.

Comenzamos a caminar, y pasamos por Escapuzalco, y hallámosle despoblado. Luego fuimos a Tenayuca, y también estaba despoblado. Luego fuimos a Tenayuca, y también estaba despoblado. Desde allí fuimos a Gualtitán.

Otro día pasamos por otros pueblos y también estaban despoblados. Y otro día llegamos a un pueblo que se dice Aculman, sujeto de Tezcuco. Como supieron en Tezcuco que íbamos, salieron a recibir a Cortés, y hallamos muchos españoles que habían venido entonces de Castilla. También vino a recibirnos el capitán Gonzalo de Sandoval con muchos soldados, y juntamente el señor de Tezcuco, y se hizo a Cortés buen recibimiento, así de los nuestros como de los recién venidos de Castilla.

Esa noche se volvió Sandoval a Tezcuco con todos sus soldados a poner en cobro su real. Otro día por la mañana fue Cortés con todos nosotros camino de Tezcuco y como íbamos cansados y heridos y dejábamos muertos nuestros soldados y compañeros y sacrificados en poder de los mejicanos, en lugar de descansar y curar nuestras heridas, tenían ordenada una conjuración ciertas

personas de calidad de la parcialidad de Narváez para matar a Cortés, a Gonzalo de Sandoval, a Pedro de Alvarado y a Andrés de Tapia.

CÓMO CUANDO LLEGAMOS A TEZCUCO TENÍAN CONCERTADO MATAR A CORTÉS Y A TODOS LOS QUE FUÉSEMOS EN SU DEFENSA

Ya he dicho que como veníamos tan destrozados y heridos de la entrada por mi memorada, pareció ser que un gran amigo del gobernador de Cuba, que se decía Antonio de Villafaña, se concertó con otros soldados de los de Narváez, que aquí no nombro por su honor, que así como viniese Cortés de aquélla entrada, le matasen a puñaladas, y había de ser de esta manera: que como en aquella sazón había venido un navío de Castilla, cuando Cortés estuviese sentado a la mesa comiendo con sus capitanes, entre aquellas personas que tenían hecho el concierto trajesen una carta muy cerrada y sellada, como que venía de Castilla, que dijesen que era de su padre, Martín Cortés, y que cuando la estuviese leyendo le diesen de puñaladas así a Cortés, como a todos los capitanes y soldados que cerca de él nos hallásemos en su defensa.

Este concierto estuvo encubierto dos días después que llegamos a Tezcuco; y Nuestro Señor Dios fue servido que tal cosa no pasase, porque era perderse la Nueva España y todos nosotros. Pareció ser que un soldado lo descubrió a Cortés porque le certificó aquel buen soldado que eran muchas personas de calidad en ello. Como Cortés lo supo, después de haber hecho grandes ofrecimientos y dádivas que dio a quien se lo descubrió, muy presto, secretamente, lo hace saber a todos nuestros capitanes y a todos nosotros los que éramos de su parte.

Así como lo supimos, nos apercibimos, y sin más tardar fuimos con Cortés a la posada de Antonio de Villafaña, y estaban con él muchos de los que eran en la conjuración, y de presto le echamos mano a Villafaña con cuatro alguaciles que Cortés llevaba, y los capitanes y soldados que con él estaban comenzaron a huir, y Cortés los mandó detener y prender. Desde que tuvimos preso a Villafaña, Corté se le sacó del seno del memorial que tenía con las firmas de los que fueron en el concierto, y cuando lo hubo leído y vio que eran muchas personas en ello y de calidad, por no infamarlos, echó fama que comió el memorial Villafaña y que no lo había visto ni leído.

Luego hizo proceso contra él, y tomada la confesión dijo la verdad, y con muchos testigos que había de fe y de creer, que tomaron sobre el caso, por sentencia que dieron los alcaldes ordinarios, juntamente con Cortés y el maestre de campo Cristóbal de Olid, y después que se confesó con el padre Juan Díaz, le ahorcaron de una ventana del aposento.

No quiso Cortés que ningún otro fuese infamado en aquel mal caso, aunque en aquella sazón echaron presos a muchos por poner temores y hacer señal que quería hacer justicia de otros y como el tiempo no daba lugar a ellos se disimuló.

Luego acordó Cortés tener guarda para su persona, y fue su capitán un hidalgo que se decía Antonio de Quiñónez, con seis soldados, buenos hombres y esforzados, y le velaban de día y de noche.

CÓMO SE HIZO ALARDE EN LA CIUDAD DE TEZCUCO Y LAS ORDENANZAS QUE SE PREGONARON

Después que se dio la orden, y se enviaron mensajeros y cartas a nuestros amigos los de Tlascala y a los de Chalco, y se dio

aviso a los demás pueblos, acordó Cortés con nuestros capitanes y soldados que para el segundo día de Pascua del Espíritu Santo que fue del año de 1521, se hiciese alarde en los patios mayores de Tezcuco, y halláronse ochenta y cuatro de a caballo, seiscientos cincuenta soldados de espada y rodela, y muchos de lanzas, ciento noventa y cuatro ballesteros y escopeteros, y de éstos se sacaron para los trece bergantines los que ahora diré.

Para cada bergantín, doce ballesteros y escopeteros –éstos no habían de remar- y también se sacaron otros doce remeros para cada bergantín, por banda seis, y un capitán; por manera que sale cada bergantín a veinticinco soldados con el capitán.

Fueron en todos los bergantines trescientos soldados, por la cuenta que he dicho; y también les repartió todos los tiros de fustera y halconetes que teníamos, y la pólvora que le parecía que habían menester. Esto hecho, mandó pregonar las ordenanzas que todos habíamos de guardar.

Lo primero, que ninguna persona fuese osado de blasfemar de Nuestro Señor Jesucristo, ni de Nuestra Señora, su bendita madre, ni de los santos apóstoles, ni otros santos, so graves penas.

Lo segundo, que ningún soldado tratase mal a nuestros amigos, pues iban para ayudarnos, ni les tomasen cosa ninguna.

Lo otro, que ningún soldado fuese osado de salir de día ni de noche de nuestro real.

Lo otro, que todos los soldados llevasen muy buenas armas y bien colchadas, gorjal, papahigo, antiparas y rodela.

Lo otro, que ninguna persona jugase caballo ni armas por vía ninguna, con gran pena.

Lo otro, que ningún soldado, ni hombre de caballo, ni ballestero, ni escopetero, duerma sin estar con todas sus armas vesti-

das y con los alpargates calzados, excepto si no fuese con gran necesidad de heridas o de estar doliente.

Además de esto se pregonó las leyes que se mandan guardar en lo militar, que es que al que se duerme en la vela o se va del puesto, le ponen pena de muerte y se pregonó que ningún soldado vaya de un real a otro sin licencia de su capitán, so pena de muerte.

Después de hecho el alarde, vio Cortés que para remar los bergantines no hallaba tantos hombres dela mar que supiesen remar.

Cortés hizo pesquisa para saber los que eran marineros o habían visto que iban a pescar, y los mandaba so graves penas que entrasen en los bergantines y aunque más hidalgos dijesen que era, los hizo ir a remar. De esta manera juntó cincuenta hombres para remar, y ellos fueron los mejor librados que nosotros.

CÓMO CORTÉS MANDÓ QUE FUESEN TRES GUARNICIONES POR TIERRA A PONER CERCO A LA GRAN CIUDAD DE MÉJICO

Mandó Cortés que Pedro de Alvarado fuese por capitán de ciento cincuenta soldados de espada y rodela, y muchos llevaban lanzas y dalles, y de treinta a caballo y diez y ocho escopeteros y ballesteros, y nombró para que fuesen juntamente con él a Jorge de Alvarado, su hermano, y a Gutiérrez de Badajoz y Andrés de Monjaraz, y éstos mandó que fuesen capitanes de cincuenta soldados, y que repartiesen entre todos los escopeteros y ballesteros tanto una capitanía como la otra, y que Pedro de Alvarado fuese capitán de los de a caballo, y general de las tres capitanías, y le dio ocho mil tlascaltecas con sus capitanes, y a mí me señaló y mandó que fuese con pedro de Alvarado, y que fuésemos a poner sitio a la ciudad de Tacuba.

Dio a Cristóbal de Olid, que era maestre de campo, otros treinta de a caballo, ciento setenta y cinco soldados y veinte escopeteros y ballesteros, todos con sus armas, de la manera de los soldados que dio a Pedro de Alvarado, y le nombró otros tres capitanes, que fueron Andrés de Tapia, Francisco Verdugo y Francisco de Lugo, y entre todos tres capitanes repartiesen todos los soldados, ballesteros y escopeteros, y que Cristóbal de Olid fuese capitán general de los tres capitanes y de los de a caballo, y le dio otros ocho mil tlascaltecas, y le mandó que fuese a sentar su real en la Ciudad de Cuyuacán, que estará de Tacuba dos leguas.

De otra guarnición de soldados hizo capitán a Gonzalo de Sandoval, que era alguacil mayor, y le dio veinticuatro de caballo, catorce escopeteros y ballesteros, ciento cincuenta soldados de espada, rodela y lanza, y más de ocho mil indios de guerra de los de Chalco y Huexocingo y de otros pueblos por donde Sandoval había de ir, que eran nuestros amigos; y le dio por compañeros y capitanes a Luis Marin y a Pedro Ircio, que eran amigos de Sandoval, y les mandó que entre los dos capitanes repartiesen los soldados, ballesteros y escopeteros, y que Sandoval tuviese a su cargo los de a caballo, que fuese general, que asentase su real junto a Iztapalapa, y que le diese guerra y le hiciese todo el mal que pudiese hasta que otra cosa por Cortés le fuese mandado. No partió Sandoval de Tezcuco hasta que Cortés, que era capitán de las capitanías y de los bergantines, estaba muy a punto para salir con los trece bergantines por la laguna.

Como nos habíamos de partir para otro día por la mañana enviamos adelante todas las capitanías de Tlascala hasta llegar a tierra de mejicanos. Yendo los tlascaltecas descuidados con su capitán Chichimecatecle y otros capitanes con sus gentes, no vieron que iba Xicotenga el Mozo, que era capitán general, y preguntando y pesquisando Chichimecatecle qué se había hecho

o dónde había quedado, alcanzaron a saber que se había vuelto aquella noche encubiertamente para Tlascala, y que iba a tomar por fuerza el cacicazgo, vasallos y tierra del mismo Chichimecatecle.

Las causas que para ello decían los tlascaltecas eran que como Xicotenga el Mozo vio ir los capitanes de Tlascala a la guerra, especialmente Chichimecatecle, que no tendría contradictores, porque no tenía temor de su padre Xicotenga el ciego, que como padre le ayudaría, y nuestro amigo Maseescasi ya era muerto. También dijeron que siempre conocieron de Xicotenga no tener voluntad de ir a la guerra de Méjico. Desde aquello oyó y entendió el cacique Chichimecatecle, vuelve del camino más que de presto y viene a Tezcuco a hacérselo saber a Cortés.

Cuando Cortés supo, mandó que con brevedad fuesen cinco principales de Tezcuco y otros dos de Tlascala, amigos de Xicotenga, a hacerle volver del camino, y decirle que Cortés le rogaba que luego se volviese para ir contra sus enemigos los mejicanos, y que mire que su padre don Lorenzo de Vargas, si no fuera viejo y ciego como estaba, viniera sobre Méjico, y que pues toda Tlascala fueron y son muy leales servidores de Su Majestad, que no quiera él infamarlos con lo que ahora hace.

La respuesta que envió decir fue que si el viejo de su padre y Maseescasi le hubieran creído no se hubiera señoreado tanto de ellos, y por no gastar más palabras, dijo que no quería venir. Como Cortés supo aquella respuesta, de presto dio un mandamiento a un alguacil, y con cuatro de a caballo y cinco indios principales de Tezcuco que fuesen muy en posta y doquiera que lo alcanzasen lo ahorcasen, y dijo: “Ya en este cacique no hay enmienda, sino que siempre nos ha de ser traidor y malo y de malos consejos”, y que no era tiempo para más sufrirle disimulo de lo pasado. En un pueblo sujeto a Tezcuco, le ahorcaron, y en esto hubo de parar su traición.

Por esta causa nos detuvimos aquel día sin salir de Tezcuco; y otro día salimos entrambas capitanías juntas, porque así Cristóbal de Olid como Pedro de Alvarado habíamos de llevar un camino, y fuimos a dormir a un pueblo que se dice Acolmal, y pareció ser que Cristóbal de Olid envió adelante a aquel pueblo a tomar posada, y tenía puesto en cada casa por señal ramos verdes encima de las azoteas, y cuando llegamos con Pedro de Alvarado no hallamos dónde posar, y sobre ello ya habíamos echado mano a las armas los de nuestra capitanía contra la de Cristóbal de Olid. Desde allí lo hicieron saber a Cortés, y luego envió en posta a fray Pedro Melgarejo y al capitán Luis Marin, y escribió a los capitanes y a todos nosotros reprendiéndonos por la cuestión y como llegaron nos hicieron amigos; mas desde allí adelante no se llevaron bien los capitanes Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid.

Llegamos hora de vísperas a Tacuba, y luego nos aposentamos en unas grandes casas y aposentos. Asimismo se aposentaron todos nuestros amigos los tlascaltecas, y aun aquella tarde fueron por las estancias de aquellas poblaciones y trajeron de comer; y con buenas velas, y escuchas y corredores del campo dormimos aquella noche.

Ya que anochecía, oímos grandes gritos que nos daban desde la laguna, diciéndonos muchos vituperios y que no éramos hombres para salir a pelear con ellos, y tenían tantas canoas llenas de gente de guerra y las calzadas asimismo llenas de guerreros, que aquellas palabras que nos decían eran con pensamiento de indignarnos. Como estábamos escarmentados delo de las calzadas y puentes, no quisimos salir hasta otro día que fue domingo, después de haber oído misa acordamos que entrambas capitanías juntas fuésemos a quebrarles el agua de Chapultepeque, de que se proveía la ciudad.

Yéndoles a quebrar los caños topamos muchos guerreros que nos esperaban en el camino, porque bien entendido tenían que aquello habían de ser lo primero en que les podríamos dañar, y así como nos encontramos, cerca de unos pasos malos, comenzaron a flecharnos, mas de presto les hicimos volver las espaldas.

Cuando aquellos escuadrones estuvieron puestos en huidas, les quebramos los caños por donde iba el agua a su ciudad, y desde entonces nunca fue a Méjico entre tanto que duró la guerra. Como aquello hubimos dicho, acordaron nuestros capitanes que luego fuésemos a dar una vista y entrar por la calzada de Tacuba y hacerlo que pudiésemos por ganarles un puente. Llegados que fuimos a la calzada, eran tantas las canoas que en la laguna estaban llenas de guerreros, y en las mismas calzadas, que nos admiramos de ello; y tiran tanta vara, flecha y piedra con hondas que a la primera refriega hirieron sobre treinta soldados. Todavía les fuimos entrando por la calzada adelante hasta un puente; y a lo que yo entendí, ellos no daban lugar por meternos de la otra parte del puente, y cuando allí nos tuvimos, cargaron tanta multitud de guerreros sobre nosotros, que no podíamos tener contra ellos, porque por la calzada, que era ocho pasos de ancho, ¿qué podíamos hacer a tan gran poderío, que estaban de la una parte y de la otra de la calzada y daban en nosotros como a terrero? Porque ya que nuestros escopeteros y ballesteros no hacían sino armar y tirar a las canoas, no les hacíamos daño sino muy poco.

Cuando arremetíamos a los escuadrones que peleaban en la misma calzada, luego se echaban al agua, y había tantos de ellos que no nos podíamos valer. Los de a caballo no aprovechaban cosa ninguna, porque les herían los caballos de una parte y de la otra desde el agua, y ya que arremetían tras los escuadrones, echábanse al agua.

CÓMO CORTÉS MANDÓ REPARTIR LOS DOCE BERGANTINES

Como Cortés y todos nuestros capitanes y soldados entendíamos que sin los bergantines no podríamos entrar por las calzadas para combatir a Méjico, envió cuatro de ellos a Pedro de Alvarado, y en su real, que era el de Cristóbal de Olid, dejó seis bergantines, y a Gonzalo de Sandoval, en la calzada de Tepeaquilla, le envió dos bergantines, y mandó que el bergantín más pequeño no anduviese más en la laguna porque no le trastornasen las canoas.

Desde que nos vimos en nuestro real de Tacuba con aquella ayuda de los bergantines, mandó Pedro de Alvarado que dos de ellos anduviesen por una parte dela calzada y los otros dos de la otra parte, y comenzamos a pelear muy de hecho, porque las canoas que nos solían dar guerra desde el agua, los bergantines la desbarataban; y así teníamos lugar de ganarles algunos puentes y albarradas.

Quiero decir el mudarse de escuadrones con sus divisas e insignias de las armas que de los mejicanos se remudaban de rato en rato. Pues ya que con tantos trabajos les ganábamos algún puente o albarrada y la dejábamos sin guarda, aquella misma noche la habían de tomar y tornar a ahondar, y ponían muy mejores defensas, y aun hacían hoyos encubiertos en el agua para que otro día, cuando peleásemos y al tiempo de retraer nos embarazásemos y cayésemos en los hoyos, y pudiesen con sus canoas desbaratarnos, porque asimismo tenían aparejadas muchas canoa para ello, puestas en parte que no las viesen nuestros bergantines, para, cuando nos tuviesen en aprieto en los hoyos, los

unos por tierra y los otros en agua, dar en nosotros, y para que nuestros bergantines no nos pudiesen venir a ayudar tenían hechos muchas estacadas en el agua encubiertas en parte, para que en ellas zabordasen, y de esta manera peleábamos cada día.

En la noche curábamos nuestras heridas con quemárnoslas con aceite, y un soldado, que se decía Juan Catalán, nos la santiguaba y ensalmaba, y verdaderamente digo que hallábamos que Nuestro Señor Jesucristo era servido darnos esfuerzo. Heridos y entrapajados habíamos de pelear desde la mañana hasta la noche, que si los heridos se quedaran en el real sin salir a los combates, no hubiera de cada capitanía veinte hombres sanos para salir.

Quiero decir de nuestros capitanes y alférez y compañeros de bandera, los cuales iban llenos de heridas y las banderas rotas, y cada día habíamos menester un alférez, porque salíamos tales que no podían tornar a entrar a pelear y llevar las banderas.

Como veíamos que cuantas obras de agua ganábamos de día las tornaban a cegar los mejicanos, acordamos que todos nos fuésemos a meter en la calzada en una placeta donde estaban unas torres de ídolos que les habíamos ya ganado, y había espacio para hacer nuestros ranchos, aunque eran muy astrosos, que en lloviendo todos nos mojábamos y no eran para más de cubrirnos del sereno; y dejamos en Tacuba las indias que nos hacían pan, y quedaron en su guarda con los de caballo y nuestros amigos los tlascaltecas para que mirasen y guardasen los pasos, no viniesen de los pueblos comarcanos a darnos de la rezaga en las calzadas mientras estábamos peleando.

Desde que hubimos asentado nuestros ranchos adonde dicho tengo, procuramos que las casas o barrios o aberturas de agua que les ganásemos que luego las cegásemos y que las casas diésemos con ellas en tierra y las deshiciésemos, porque de ponerles fuego tardaban mucho en quemarse, y desde unas casas a otras no se podían encender, porque cada casa está en el agua, y sin pasar por puentes o en canoas no se puede ir de una parte a otra. Si queríamos ir por el puente o en canoas no se puede ir de una parte a otra. Si queríamos ir por el agua nadando, desde las azoteas que tenían nos hacían mucho mal, y derrocándose las casas estábamos más seguros. Cuando les ganábamos alguna albarrada o puente o paso malo donde ponían mucha resistencia, procurábamos guardarla de día y de noche.

Vinieron grandes escuadrones, que unas noches nos venían a romper y dar guerra a medianoche, y otras a la modorra, y otras al cuarto de alba, y venían algunas a donde estábamos sin hacer ruido, y otras con grandes alaridos y silbidos, y cuando llegaban adonde estábamos velando la noche, la vara, piedra y flecha que tiraban, y otros muchos con lanzas, y puesto que herían alguno de nosotros, como les resistimos, volvían muchos heridos.

Pues con todos estos recaudos que poníamos, nos tornaban a abrir el puente o calzada que les habíamos ganado, que no se les podía defender de noche que no lo hiciesen; y otro día se la tornábamos a ganar y cegar, y ellos a tornarla a abrir y hacer más fuerte con mamparos, hasta que los mejicanos mudaron otra manera de pelear.

Digamos ahora cómo en el real de Cortés y en el de Gonzalo de Sandoval siempre tenían muy grandes combates, y muy mayores en el de Cortés, porque mandaba derrocar y quemar casas y cegar puentes, y todo lo que ganaba cada día lo cegaba, y envió a mandar a Pedro de Alvarado que mirase que no pasemos puente ni abertura de la calzada sin que primero lo tuviese cega-

do, y que no quedase casa que no derrocase y se púyese fuego; y con los adobes y madera de las casas que derrocábamos, cegábamos los pasos y aberturas de los puentes.

Como los mejicanos vieron que todas las casas las allanábamos por el suelo, y que los puentes y aberturas los cegábamos, acordaron pelear de otra manera, y fue que abrieron un puente y zanja muy ancha y honda, que nos daba el agua, cuando la pasábamos, a parte que no la hallábamos pie, y tenían hechos muchos hoyos, que no los podíamos ver dentro en el agua, y unos mamparos y albarradas, así de una parte como de otra de aquella abertura, y tenían hechas muchas estacadas con maderos gruesos en partes que nuestros bergantines zabordasen, si nos viniesen a socorrer cuando estuviesen peleando sobre tomarles aquella fuerza; y asimismo tenían aparejadas en parte escondidas muchas canoas bien armadas de guerreros y buenos remeros.

Un domingo de mañana comenzaron a venir por tres partes grandes escuadrones de guerreros, y nos acometen de tal manera que tuvimos bien que sustentarnos. Ya en aquella sazón había mandado Pedro de Alvarado que la mitad de los de a caballo que solían estar en Tacuba durmiesen en la calzada, porque no tenían tanto riesgo como al principio, como ya no había azoteas y todas las más casas derrocadas, y podían correr para algunas partes de las calzadas sin que de las canoas y azoteas les pudiesen herir los caballos. De aquellos tres escuadrones que vinieron muy bravosos, los unos por una parte donde estaba la gran abertura en el agua y los otros por unas casas de las que habíamos derrocado, y el otro escuadrón nos había tomado las espaldas de la parte de Tacuba, y estábamos como cercados. Los de a caballo, con nuestros amigos los de Tlascala, rompieron por los escuadrones que nos habían tomado las espaldas, y todos nosotros estuvimos peleando muy valerosamente con los otros dos escua-

drones hasta hacerles retraer; mas era fingida aquella muestra que hacían que huían.

Les ganamos la primero albarrada, donde se hicieron fuerte, y también la desampararon, y nosotros, creyendo que llevábamos victoria, pasamos aquella agua a vuelapié, y por donde la pasamos no había ningunos hoyos. Vamos siguiendo el alcance entre unas grandes casas y torres de adoratorios, y los contrarios hacían que todavía se retraían, y no dejaban de tirar vara y piedra con hondas y muchas flecha. Cuando no nos catamos, tenían encubiertos en parte que no los podíamos ver tanta multitud de guerreros que nos salen al encuentro, y otros muchos desde las azoteas y de las casas, y los que primero hacían que se iban retrayendo vuelven sobre nosotros todos a una y nos dan tal mano, que no nos podíamos sustentar, y acordamos volvernos retrayendo con gran concierto. Tenían aparejados en el agua y abertura que les habíamos ganado tanta flota de canoas en la parte por donde habíamos primero pasado, donde no había hoyos, porque no pudiésemos pasar por aquel paso, que nos hicieron ir a pasar por otra parte, donde he dicho que estaba mucho más honda el agua, y tenían hechos muchos hoyos.

Como venían contra nosotros tanta multitud de guerreros y nos veníamos retrayendo, pasábamos el agua a nado y vuelapié, y caímos todos los más soldados en los hoyos. Entonces acudieron las canoas sobre nosotros y apañaron los mejicanos cinco de nuestros compañeros y vivos los llevaron a Guatemuz e hirieron a todos los más. Los bergantines que aguardábamos no podían venir, porque todos estaban zabordados en las estacas que les tenían puestas.

Volvamos a los hoyos y abertura. Digo que fue maravilla cómo no nos mataron a todos en ellos. A mí ya me habían echado mano indios, y tuve manera para desembarazar el brazo, y Nuestro Señor Jesucristo, que me dio esfuerzo para que a buenas

estocadas que les di me salvé, y bien herido en un brazo. Desde que me vi fuera de aquella agua en parte segura, me quedé sin sentido sin poderme sostener en mis pies y sin huelgo ninguno, y esto causó la gran fuerza que puse para escabullirme de aquella gentecilla y la mucha sangre que me salió.

Otra cosa quiero decir, que Pedro de Alvarado y los de a caballo como tuvieran harto en romper los escuadrones que nos venían por las espaldas de la parte de Tacuba, no pasó ninguno de ellos aquella agua ni albarradas, si no fue uno solo de a caballo que había venido poco hacía de Castilla, y allí le mataron a él y al caballo. Como vieron que nos veníamos retrayendo, nos iban ya a socorrer con otros de a caballo, y si allá pasaran, por fuerza habíamos de volver sobre los indios, y si volvieran, no quedara ninguno de ellos ni de los caballos ni de nosotros con vida, porque la cosa estaba de arte que cayeran en los hoyos, y habían tantos guerreros, que les mataran los caballos con lanzas que para ello tenían, y desde las muchas azoteas que había, porque esto que pasó era en el cuerpo de la ciudad.

Digamos, como Cortés lo supo, el gran enojo que tenía. Escribió luego en un bergantín a Pedro de Alvarado que en bueno ni en malo dejase un paso por cegar, y que todos los de a caballo durmiesen en las calzadas, y toda la noche estuviesen ensillados y enfrentados, y que no curásemos de pasar un paso más adelante hasta haber cegado con adobe y madera aquella gran abertura, y que tuviesen buen recaudo en el real. Cuando vimos que por nosotros había acaecido aquel desmán, desde allí adelante procuramos tapar y cegar aquella abertura.

Entonces como los mejicanos estaban junto a nosotros cuando velábamos, también ellos tenían sus velas, y por cuartos se mudaban, y era de esta manera: que hacían gran lumbre, que ardía toda la noche, y los que velaban estaban apartados de la lumbre y desde lejos no les podíamos ver, porque con la claridad

de la leña que siempre ardía no podíamos ver los indios que velaban, más bien sentíamos cuando se remudaban y cuando venían a atizar su leña, y muchas veces había que, como llovía en aquella sazón mucho, les apagaba la lumbre, y la tornaban a encender, y sin hacer rumor ni hablar entre ellos palabras, se entendían con unos silbidos que daban.

Como vieron los pueblos que estaban en la laguna poblados que cada día que teníamos victoria, así por el agua como por tierra, parece ser que se juntaron todos y acordaron venir de paz ante Cortés, y con mucha humildad le demandaron perdón si en algo nos habían enojado, y dijeron que eran mandados y que no podían hacer otra cosa. Cortés holgó mucho de verlos venir de aquella manera.

Cortés, con buen semblante y con muchos halagos, les perdonó y les dijo que eran dignos de gran castigo por haber ayudado a los mejicanos. Los pueblos que vinieron fueron Iztapalapa, Huichilobusco, Culuacán y Mezquique, y todos los de la laguna y agua dulce.

Les dijo Cortés que no habíamos de alzar real hasta que los mejicanos viniesen de paz o por guerra los acabase, y les mandó que en todo nos ayudasen con todas las canoas que tuviesen para combatir en Méjico, y que viniesen a hacer sus ranchos de Cortés y trajesen comida, dijeron que así lo harían, e hicieron los ranchos, y no traían comida, sino muy poca y de mala gana.

Como para otro día era la fiesta del señor San Juan de junio, que entonces se cumplía un año puntualmente que habíamos entrado en Méjico, cuando el socorro de Pedro de Alvarado, y nos desbarataron, parece ser que tenían cuenta en ello. Guatemuz mandó que en todos tres reales nos diesen toda la guerra con la mayor fuerza que pudiesen, y manda que fuesen de noche al cuarto de la modorra; y porque los bergantines no nos pudiesen ayudar, en todas las más partes de la laguna tenían hechas

estacadas para que en ellas zabordasen. Vinieron con tanta furia e ímpetu, que si no fuera por los que velábamos que éramos sobre ciento veinte soldados, no entraran en el real, y corríamos harto riesgo. Con gran concierto les resistimos; y allí hirieron a quince de los nuestros, y dos murieron de ahí a ocho días de las heridas. En el real de Cortés también les pusieron en gran aprieto y trabajo, y hubo muchos muertos y heridos, y en el de Sandoval lo mismo.

DE LAS BATALLAS Y ENCUENTROS QUE PASAMOS Y DEL DESBARATE QUE CORTÉS TUVO EN SU REAL

Como Cortés vio que no se podían cegar todas las aberturas, puentes y zanjas de agua que ganábamos cada día, que de noche las tornaban a abrir los mejicanos, acordó poner en plática con los capitanes y soldados que tenía en su real, y también nos escribió al real de Pedro de Alvarado y al de Sandoval, para tomar parecer de todos nuestros capitanes y soldados. El caso que propuso era si nos parecía que fuésemos entrando en la ciudad muy de golpe, hasta llegar al Tatelulco, que es la plaza mayor de Méjico, y que llegados allí, sería bien asentar en él todos tres reales, y que desde allí podríamos batallar por las calles de Méjico, sin tener tantos trabajos al retraer, ni tener tanto que cegar ni velar los puentes.

Como en tales pláticas y consejos suele acaecer, hubo muchos pareceres porque unos decíamos que no era buen acuerdo ni consideración meternos tan de hecho en el cuerpo de la ciudad. Las causas más evidentes que dimos los que éramos de este parecer fue que si nos metíamos en el Taleluco y dejábamos las calzadas y puentes sin guarda y desamparadas, como los mejicanos son muchos guerreros, y con las muchas canoas que tienen, nos tornarían a abrir los puentes y calzadas y no seríamos

señores de ellas, y que con sus grandes poderes nos darían guerra de noche y de día, y como siempre tienen hechas muchas estocadas, nuestros bergantines no nos podrían ayudar, y de aquella manera que Cortés decía seríamos nosotros los cercados; y le escribimos sobre el caso para que no nos aconteciese como la pasada, cuando salimos huyendo de Méjico.

Cuando Cortés hubo visto el parecer de todos y vio las buenas razones que sobre ello dábamos, en lo que se resumió todo lo platicado fue que para otro día saliésemos de todos tres reales con toda la mayor pujanza, y que les fuésemos ganando hasta la plaza mayor del Tateluco. Apercibidos en todos tres reales, y a nuestros amigos los tlascaltecas, y a los de Tezcuco, y a los de los pueblos de la laguna, que nuevamente habían dado la obediencia a Su majestad, para que con sus canoas viniesen a ayudar a los bergantines, un domingo en la mañana, después de haber oído misa, salimos de nuestro real con Pedro de Alvarado, y también salió Cortés del suyo, y Sandoval con sus capitanías, y con gran pujanza iba cada capitanía ganado puentes y albarradas.

Los contrarios peleaban como fuertes guerreros y Cortés por su parte llevaba mucha victoria, y asimismo Gonzalo de Sandoval por la suya. Por nuestra parte ya les habíamos ganado otra albarrada y un puente, y esto fue con mucho trabajo, y salimos de ella muchos de nuestros soldados heridos y nuestros amigos los tlascaltecas salieron más de mil de ellos solamente descalabrados, y todavía íbamos siguiendo la victoria muy ufanos.

Volvamos a decir de Cortés y de todo su ejército, que ganaron una abertura de agua algo honda, y estaba en ella una calzadilla muy angosta que los mejicanos con maña y ardid la habían hecho de aquella manera, porque tenían pensado lo que ahora a Cortés le aconteció, y es que como llevaban victoria él y sus capitanes y soldados, y la calzada llena de amigos, e iban si-

guiendo a los contrarios, y aunque hacían que huían no dejaban de tirar vara, flecha y piedra, y hacían unas paradillas como que resistían Cortés, hasta que le fueron cebando para que fuese tras ellos.

Desde que vieron que de hecho iba siguiendo la victoria, hacían que iban huyendo de él. Como Cortés iba victorioso, él, sus capitanes y soldados dejaron de cegar la abertura de agua que habían ganado. Como la calzadilla por donde iban con maña la habían hecho muy angosta, y habían mucho lodo y cieno, y como los mejicanos le vieron pasar aquel paso sin cegar, que no deseaban otra cosa –y aun para aquel efecto tenían apercibidos muchos escuadrones de guerreros, con muy esforzados capitanes y muchas canoas en la laguna, en parte que nuestros bergantines no les podían hacer daño ninguno con las grandes estacadas que les tenían puestas en que zabordasen-, vuelven sobre Cortés y contra todos sus soldados tan gran furia de escuadrones mejicanos que los nuestros no les pudieron defender su gran ímpetu y fortaleza, y acordaron todos los soldados con sus capitanes y banderas volverse retrayendo con gran concierto; mas como venían contra ellos tan rabiosos contrarios, se desconcertaron, de arte que vuelven huyendo sin hacer resistencia, vueltos las espaldas.

Cortés cuando así los vio volver desbaratados, les esforzaba y decía: "¡Tened! ¡Tened, señores!, ¡Tened recio! ¿Qué es esto que así habéis de volver las espaldas?" No los pudo detener, y en aquel paso que dejaron de cegar y en la calzadilla, que era angosta y mala, y con las canoas, le desbarataron e hirieron en una pierna, y le llevaron vivos sobre sesenta y seis soldados, y le mataron ocho caballos, y a él ya le tenían engarrafado seis o siete capitanes mejicanos; y quiso Nuestro Señor Dios ayudarlo y poner esfuerzo para defenderse, porque en aquel instante luego llegó a él un muy esforzado soldado, que se decía Cristóbal de

Olea, y peleó tan bravosamente que mató luego de estocadas cuatro de los capitanes que tenían engarrafado a Cortés, y también le ayudó otro muy valiente soldado que se decía Lerma; e hicieron tanto por sus personas, que allí perdió la vida Olea y aun Lerma estuvo a punto de muerte.

Luego acudieron muchos soldados, y aunque bien heridos echan mano a Cortés y le ayudan a salir de aquel peligro y todo en que estaba. También vino con mucha presteza el maestre de campo Cristóbal de Olid, y le tomaron por los brazos y le ayudaron a salir del agua y lodo, y le trajeron un caballo en que se escapó de la muerte; y en aquel instante también venía un mayordomo suyo, que se decía Cristóbal de Guzmán, y le traía otro caballo, y desde las azoteas los mejicanos guerreros que andaban muy bravosos y victoriosos, prendieron a Cristóbal de Guzmán y vivo le llevaron a Guatemuz. Pues ya aquel desastre acaecido, cuando se hallaron en su real, los escuadrones mejicanos no dejaban de seguirles dándoles caza y grita.

Volvamos a nuestro ejército, el de Pedro de Alvarado, en la ciudad de Tacuba. Como íbamos muy victoriosos, cuando no nos catamos, vimos venir contra nosotros tantos escuadrones mejicanos, y con grandes gritas y muy hermosas divisas y penachos, y nos echaron delante de nosotros cinco cabezas que entonces había cortado delos que habían tomado a Cortés, y venían corriendo sangre, y decían: "Así os mataremos como hemos muerto a Malinche y Sandoval, y a todos los que consigo traían, y éstas son sus cabezas, por eso conocedlas bien".

Diciéndonos estas palabras se venían a cerrar con nosotros hasta echarnos mano, y con esto no perdíamos punto en nuestra ordenanza al traer, porque luego mandamos a nuestros amigos los tlascaltecas que prestamente nos desembarazasen las calzadas y pasos malos; y en este tiempo ellos se lo tuvieron bien en cargo, que como vieron las cinco cabezas de nuestros compañe-

ros que corrían sangre, que decían que ya habían muerto a Malinche y Sandoval y a todos los teúles que consigo traían, y que así habían de hacer con nosotros y a los tlascaltecas temieron en gran manera, porque creyeron que era verdad.

Como nos íbamos retrayendo, oímos tañer del cu mayor, que señorea el altor de él a toda la gran ciudad, y tañían un atambor, y retumbaban tanto, que se oyera dos leguas, y juntamente con él muchos atablejos, caracoles, bocinas y silbidos. Entonces, según después supimos, estaban ofreciendo diez corazones y mucha sangre de nuestros compañeros.

Volvamos a nuestro retraer, que en aquel instante vienen contra nosotros muchos escuadrones que de nuevo enviaba Guatemuz, y manda tocar su corneta, que era una señal que cuando aquella tocasen habían de combatir sus capitanes y guerreros de manera que habían de hacer presa y morar sobre ellos. Cuando lo oyeron aquellos sus escuadrones y capitanías, decir con qué rabia y esfuerzo se metían en nosotros a echarnos mano es cosa de espanto, porque yo no lo sé aquí escribir.

Volviendo a nuestra plática, allí los de a caballo hacían arremetidas, y con dos tiros gruesos que pusimos junto a nuestros ranchos, unos tirando y otros cebando, nos sosteníamos, porque la calzada estaba llena de bote en bote de contrarios, y nos venían hasta las casas, como cosa vencida, a echarnos vara y piedra.

Estando de aquella manera, bien angustiados y heridos, no sabíamos de Cortés, ni de Sandoval, ni de sus ejércitos, si les habían muerto o desbaratado, como los mejicanos nos decían cuando nos arrojaron las cinco cabezas que traían asidas por los cabellos y de las barbas, y no podíamos saber de ellos porque batallábamos los unos de los otros obra de media legua, y a donde desbarataron a Cortés era más lejos. A esta causa estábamos muy penosos, y todos juntos, así heridos como sanos, hechos un cuerpo, estuvimos sosteniendo el ímpetu de la furia de los meji-

canos que sobre nosotros estaban, que creyeron que aquel día no quedaría roso ni velloso de nosotros, según la guerra que nos daban.

Pues de nuestros bergantines ya habían tomado uno, y muerto tres soldados y herido al capitán y todos los más soldados que en él venían, y fue socorrido de otro bergantín donde andaba por capitán Juan Jaramillo. También tenían zabordado otro bergantín de que era capitán Juan de Limpias Caravajal, que peleó por su persona tan valerosamente y esforzó a los soldados que en el bergantín remaban, que rompieron las estacadas y salieron todos bien heridos, y salvaron su bergantín. Este Limpias fue el primero que rompió las estacadas, y fue bien para todos.

Volvamos a Cortés, que como estaban él y toda su gente los más muertos y heridos, les iban los escuadrones mejicanos hasta su real a darles guerra y aun le echaron delante de sus soldados otras cuatro cabezas corriendo sangre de los soldados que habían llevado al mismo Cortés, y les decían que eran del Tonatio, que es Pedro de Alvarado y Sandoval, y la de Bernal Díaz y de otros teúles, que ya nos habían muerto a todos los de Tacuba. Entonces diz que desmayó mucho más Cortés de lo que antes estaba, y se le saltaron las lágrimas por los ojos.

Luego mandó a Cristóbal de Olid y a sus capitanes que mirasen no les rompiesen el real los muchos mejicanos que estaban sobre ellos, y que todos juntos hiciesen cuerpo, así heridos como sanos, y mandó a Andrés de Tapia que con tres de a caballo, viniesen por tierra a Tacuba, y que supiese si éramos vivos, y que si no éramos desbaratados mirásemos que en el real hubiese buen recaudo y que todos juntos hiciésemos cuerpo. El capitán Andrés de Tapia y los tres de a caballo que con él venían se dieron buena prisa, y aún venía herido Tapia y dos de los que traía en su compañía.

Cuando llegaron a nuestro real y nos hallaron batallando con el poder de Méjico que todo estaba junto contra nosotros, se holgaron en el alma, y nos contaron lo acaecido del desbarate de Cortés y lo que nos enviaba a decir, y no nos quisieron declarar qué tantos eran muertos, y decía que hasta veinticinco, y que todos los demás estaban buenos.

Volvamos a Sandoval y a sus capitanes y soldados, que andaban muy victoriosos en la parte y calles de su conquista. Cuando los mejicanos hubieron desbaratado a Cortés, cargan sobre Sandoval y su ejército de arte que no se pudo valer, y le mataron seis soldados y le hirieron a todos los que traía, y a él le dieron tres heridas, una en el muslo, otra en la cabeza y otra en el brazo izquierdo. Estando batallando con los contrarios, le ponen delante seis cabezas de los que mataron de Cortés, y dicen que aquellas cabezas eran del Malinche y del Tonatio y de otros capitanes.

Sandoval, cuando aquello vio, mandó a sus capitanes y soldados que todos mostrasen mucho ánimo y no desmayasen, y que mirasen al retraer no hubiese algún desconcierto en la calzada, que es angosta; y lo primero que hace fue mandar salir fuera de la misma calzada a sus amigos, que tenía muchos, porque no le estorbasen, y con sus dos bergantines y con sus escopeteros y ballesteros, con mucho trabajo, se retrajo en sus estancias, y toda su gente bien herida, y aun desmayada y seis muertos.

Como conocía del capitán Luis Marin que lo haría muy bien, así herido y entrapajado como estaba, tomó consigo otros dos de a caballo, y por tierra fue muy en posta al real de Cortés. En cuanto Sandoval lo vio, le dijo: “¡Oh, señor capitán! ¿Y qué es esto? ¿Éstos son los consejos y ardides de guerra que siempre nos daba? ¿Cómo ha sido este desmán?” Y Cortés le respondió, saltándosele las lágrimas de los ojos: “Oh, hijo Sandoval que

mis pecados lo han permitido, y no soy tan culpante en ello como me ponen todos nuestros capitanes y soldados, sino es el tesorero Julián de Alderete, a quien encomendé que cegase aquel paso donde nos desbarataron, y no lo hizo, porque no es acostumbrado a guerras, ni aun a ser mandado de capitanes".

Entonces respondió el mismo tesorero, que se halló junto a Cortés, que vino a ver y hablar a Sandoval y a saber de su ejército si era muerto o desbaratado, y dijo que el mismo Cortés tenía la culpa, y no él y la causa que dio fue que como Cortés iba con victoria, por seguirla muy mejor, decía: "¡Adelante, caballeros!" y que no les mandó cegar puente ni paso malo, que si le mandara, su capitanía y los amigos lo hicieran.

Cortés encomendó mucho a Sandoval que luego fuese en posta a nuestro real de Alvarado en Tacuba, y mirase que si éramos desbaratados o de qué manera estábamos, y que si éramos vivos nos ayudase a poner resistencia en el real, no nos rompiesen. Dijo a Francisco de Lugo, que fuese en su compañía, porque bien entendido tenía que había escuadrones mejicanos en el camino, y le dijo que ya había enviado a saber de nosotros a Andrés de Tapia con tres de a caballo, y temía no le hubiesen muerto en el camino. Cuando se lo dijo y se despidió, fue a abrazar a Sandoval, y le dijo: "Mirad, hijo. Pues yo no puedo ir a todas partes, ya veis que estoy herido, a vos encomiendo estos trabajos para que pongáis cobro en todos tres reales. Bien sé que Pedro de Alvarado y todos sus capitanes y soldados que le di esforzados habrán batallado y hecho como caballeros; mas temo el gran poder de estos perros no le hayan desbaratado, pues de mí y de mi ejército veis de la manera que estoy".

En posta vinieron Sandoval y Francisco de Lugo a donde estábamos, y cuando llegó Sandoval nos halló batallando con los mejicanos, que nos querían entrar en el real por unas casas que

habíamos derrocado, y otros por la calzada, y muchas canoas por la laguna, y tenían ya un bergantín zabordado en tierra.

Como Sandoval nos vio a mí y a otros seis soldados en el agua, metidos a más de la cintura, ayudando al bergantín a echarle en lo hondo, y estaban sobre nosotros muchos indios con espadas de las nuestras que tomaron en el desbarate de Cortés, y otros con montantes de navajas, dándonos cuchilladas, y a mí me dieron un flechazo y una cuchillada en la pierna, porque no ayudásemos al bergantín, que ya le querían llevar con sus canoas, según las fuerzas que ponían, y le tenían atado muchas sogas para llevárselo y meterlo dentro a la ciudad, y como Sandoval nos vio de aquella manera, nos dijo:

"¡Oh, hermanos, poned fuerzas en que no lleven el bergantín!". Y tomamos tanto esfuerzo, que luego le sacamos en salvo, aunque, como he dicho, todos los marineros salieron heridos y dos soldados muertos.

En aquella sazón vinieron a la calzada muchas capitanías de mejicanos, y nos herían a los de a caballo y a todos nosotros, y aun a Sandoval le dieron una buena pedrada en la cara. entonces, Pedro de Alvarado le socorrió con otros de a caballo, y como venían tantos escuadrones, y yo y otros veinte soldados les hacíamos cara, Sandoval nos mandó que poco a poco nos retrajésemos, porque no les matasen los caballos.

Como no nos retraímos de presto como quisiera, nos dijo con furia: "¿Queréis que por amor de vosotros me maten a mí y a todos estos caballeros? Por amor de mí, hermanos queridos, que os retraigáis". Entonces lo tornaron a herir a él y a su caballo, y en aquella sazón echamos los amigos fuera de la calzada, y poco a poco, haciendo cara y no vueltas las espadas, como quien hace represas, unos ballesteros y escopeteros tirando y otros cebando sus escopetas, y no soltando todos a la par, y los caballos que hacían algunas arremetidas, y Pedro Moreno Medrano con sus

tiros en armas y tirar, y por más mejicanos que llevaban las pelotas no los podía apartar, sino que siempre nos iban siguiendo con pensamiento de que aquella noche nos habían de llevar a sacrificar.

Pues ya que estábamos retraídos cerca de nuestros aposentos, pasada ya una grande obra donde había mucha agua, y no nos podían alcanzar las flechas, vara y piedra, y estando Sandoval, Francisco de Lugo y Andrés de Tapia con Pedro de Alvarado, contando cada uno lo que le había acaecido y lo que Cortés mandaba, tornó a sonar el tambor muy doloroso de Huichilobos, y otros muchos caracoles y cornetas y otras como trompetas, y todo el sonido de ellos espantable. Y mirábamos al alto cu en donde las tañían, y vimos que llevaban por fuerza las gradas arriba a nuestros compañeros que habían tomado en la derrota que dieron a Cortés que los llevaban a sacrificar.

Desde que ya los tuvieron arriba en una placeta que se hacía en el adoratorio, donde estaban sus malditos ídolos, vimos que a muchos de ellos les ponían plumajes en las cabezas y con unos como aventadores les hacían bailar delante del Huichilobos, y cuando habían bailado, luego les ponían de espaldas encima de unas piedras algo delgadas, que tenían hechas para sacrificar, y con unos navajones de pedernal los aserraban por los pechos y les sacaban los corazones bullendo y se los ofrecían a sus ídolos que allí presentes tenían.

Los cuerpos dábanles por los pies por las gradas abajo, y estaban aguardando abajo otros indios carniceros, que les cortaban brazos y pies, y las caras desollaban, y las adobaban después como cuero de guantes, y con sus barbas las guardaban para hacer fiestas con ellas cuando hacían borracheras, y se comían las carnes con chimole. De esta manera sacrificaron a todos los demás, y les comieron las piernas y brazos.

Pues como aquellas crueldades vimos todos los de nuestro real y Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval y todos los demás capitanes, miren los curiosos lectores qué lástimas tendríamos de ellos; y decíamos entre nosotros: “¡Oh, gracias a Dios que no me llevaron a mí hoy a sacrificar!” También tengan atención que no estábamos lejos de ellos y no les podíamos remediar, y antes rogábamos a Dios que nos guardase de tan crudelísima muerte.

En aquel instante que hacían aquellos sacrificios, vinieron de repente sobre nosotros grandes escuadrones de guerreros, y nos daban por todas partes bien que hacer, que ni nos podíamos valer de una manera ni de otra con ellos, y nos decían: “¡Mirad que de esta manera habéis de morir todos, que nuestros dioses nos lo han prometido muchas veces!” Pues las palabras de amenazas que decían a nuestros amigos los tlascaltecas eran tan lastimosas y tan malas, que les hicieron desmayar, y les echaban piernas de indios asadas y otros brazos de nuestros soldados, y les decían: “Comed de las carnes de esos teúles y de vuestros hermanos, que ya bien hartos estamos de ellos, y eso que nos sobra podéis hartaros de ello, y miráis que las casas que habéis derrocado os hemos de traer para que las tornéis a hacer mucho mejores y de piedra blanca y calicanto labradas. Por eso ayudad muy bien a esos teúles, que todos los veréis sacrificados”.

Otra cosa mandó hacer Guatemuz, que como aquella victoria tuvo, envió por todos los pueblos nuestros confederados y amigos y a sus parientes, pies y manos de nuestros soldados, y caras desolladas con sus barbas, y las cabezas de los caballos que mataron; y les enviaron a decir que ya éramos muertos más de la mitad de nosotros, y que presto nos acabarían. Que dejasen nuestra amistad y se viniesen a Méjico.

Dejemos de hablar de los grandes combates que nos daban, y digamos cómo nuestros amigos los de Tlascala, Cholula y Huexocingo, y aun los de Tezcuco, Chalco y Tamanalco, acordaron irse a sus tierras, y sin saberlo Cortés, ni Pedro de Alvarado, ni Sandoval, se fueron todos los más, que no quedó en el real de Cortés salvo Estesuchel, que después que se bautizó se llamó don Carlos, y era hermano de don Fernando, señor de Tezcuco, y en el real de Sandoval quedó otro cacique de Huexocingo con obra de cincuenta hombres, y en nuestro real quedaron dos hijos de don Lorenzo de Vargas y el esforzado de Chichimecatecle.

Cuando nos hallamos solos con tan pocos amigos, recibimos pena, y Cortés y Sandoval, cada uno en su real, preguntaban a los amigos que les quedaban por qué se habían ido de aquella manera los demás; y decían que como veían que los mejicanos hablaban de noche con sus ídolos y les prometían que nos habían de matar a nosotros y a ellos, creían que era verdad. Lo que le daba más crédito era que nos veían a todos heridos, y nos habían muerto muchos de los nuestros, y que de ellos mismos faltaban más de mil doscientos y temieron no matasen a todos, y también porque Xicotenga el Mozo siempre les decía que sabía por sus adivinanzas que a todos nos habían de matar.

Aunque Cortés en lo secreto mostró pesar de ello, con rostro alegre les dijo que no tuviesen miedo, que aquello que les mejicanos les decían era mentira y por desmayarlos; y tantas cosas de prometimientos les dijo, con palabras amorosas, que les esforzó a estar con él y otro tanto dijimos a Chichimecatecle y a los dos mancebos Xicotengas. En aquellas pláticas, Estesuchel, como era de suyo señor y esforzado, dijo a Cortés: “Señor Malinche, no recibas pena por no batallar cada día con los mejica-

nos. Sana de tu pierna, toma mi consejo, y es que te estés algunos días en tu real, y otro tanto manda al Tonatio, que se esté en el suyo, y a Sandoval en Tepeaquilla, y con los bergantines anden cada noche y de día, a quitar y defender que no les entren bastimentos ni agua, porque están dentro en esta gran ciudad tantos mil xiquipiles de guerreros, que por fuerza comerán el bastimento que tienen, y el aguja que ahora beben es medio salobre, de unas fuentes que tienen hechas, y como llueve cada día, algunas noches recogen el agua, y de ello se sustentan; mas ¿qué pueden hacer si les quitas la comida y el agua, sino que es más que guerra la que tendrán con la hambre y sed?”

Como Cortés aquello entendió, le echó los brazos encima y le dio gracias por ello. Este consejo lo habíamos puesto en pláticas muchos soldados; mas somos de tal calidad, que no queríamos aguardar tanto tiempo. Cuando Cortés hubo muy bien considerado lo que el cacique dijo, mandó a dos bergantines que fuesen a nuestro real y al de Sandoval a decirnos que nos manda que estuviésemos otros tres días sin irles entrando a la ciudad.

Una cosa nos ayudó mucho, y es que ya osaban todos nuestros bergantines romper las estacadas que los mejicanos les habían hecho en la laguna para que zabordasen, y es de esta manera: que remaban con gran fuerza, y para que mejor furia trajese el remar, tomaban desde algo atrás y hacían viento con las velas y remos muy mejor. Así eran señores de la laguna.

Pues que no teníamos amigos, comenzamos a cegar y tapar la gran abertura que estaba junto a nuestro real, con la primera capitanía que venía la rueda de acarrear adobes y madera y cegar, y con grandes trabajos, y las otras dos capitanías batallábamos. Así lo teníamos concertado y había de andar por rueda; y en cuatro días que todos trabajamos en ella la teníamos cegada y allanada. Otro tanto hacía Cortés en su real, y Sandoval ni más ni menos en el suyo, y nuestros bergantines, junto con nosotros,

sin temer estacadas. De esta manera les fuimos entrando poco a poco.

Digamos ahora lo que los mejicanos hacían de noche en sus grandes y altos cúes, y es que tañían el maldito atambor, y tañían otros peores instrumentos y cosas diabólicas y tenían grandes lumbres, y daban grandísimos gritos y silbidos. Y en aquel instante estaban sacrificando a nuestros compañeros de los que habían tomado a Cortés, que supimos que diez días arreo acabaron de sacrificar a todos nuestros soldados. Cuando los sacrificaban, hablaba su Huichilobos con ellos y les prometía victoria.

Cada día teníamos muy recios combates y no dejábamos de irles ganando albarradas, puentes y aberturas de agua, y como nuestros bergantines osaban ir doquiera de la laguna y no temían a las estacadas, ayudábamos muy bien. En estos trances y batalla, después del desbarate de Cortés, se habían pasado doce o trece días. Y desde que Estesuchel, hermano de don Fernando, señor de Tezcuco, vio que volvíamos muy de hecho sobre nosotros y no era verdad lo que los mejicanos decían que dentro de diez días nos habían de matar, envió a decir a su hermano don Fernando que luego enviase a Cortés todo el poder de guerreros que pudiese sacar de Tezcuco y vinieron dentro de dos días que se lo envió a decir más de dos mil hombres de guerra.

Cuando Cortés vio tan buen socorro, se holgó mucho y les dijo palabras halagueñas. También en aquella sazón volvieron muchos tlascaltecas con sus capitanes y venía por general de ellos un cacique de Topeyanco que se decía Tepaneca, y también vinieron otros muchos indios de Huexocingo y muy pocos de Cholula.

Cuando estuvieron delante de Cortés, les hizo un parlamento con doña Marina y Aguilar, y les dijo que bien habrán creído y tenido por cierto la buena voluntad que siempre les ha tenido y tiene, así por haber servido a Su Majestad como por las buenas

obras que de ellos hemos recibido, y que si les mandó desde que vinimos a aquella ciudad venir con nosotros a destruir a los mejicanos, que su intento fue que se aprovechasen y volviesen ricos a sus tierras y se vengasen de sus enemigos, y no para que por su sola mano hubiésemos de ganar aquella gran ciudad. Y porque se fueron al mejor tiempo de la guerra eran dignos de muerte, por dejar sus capitanes peleando y desamparados y porque ellos no saben nuestras leyes y ordenanzas les perdona.

Como en todos tres reales les íbamos entrando en su ciudad, llegamos adonde tenían la fuente de donde bebían el agua salobre, la cual quebramos y deshicimos porque no se aprovechasen de ella. Dejemos de hablar de esto, y digamos cómo Cortés envió a Guatemuz mensajeros rogándole por la paz, y fue de la manera que diré adelante.

CÓMO CORTÉS ENVIÓ TRES PRINCIPALES MEJICANOS A ROGAR A GUATEMUZ QUE TUVIÉSEMOS PACES

Después que Cortés vio que íbamos ganando en la ciudad muchos puentes, calzadas y albarradas y derrocando casas, como tenía presos tres principales personas que eran capitanes de Méjico, les mandó que fuesen a hablar a Guatemuz para que tuviese paces con nosotros. Los principales dijeron que no osarían ir con tal mensaje; porque su señor Guatemuz les mandaría matar. Tanto se lo rogó Cortés, y con promesas que les hizo y mantas que les dio, fueron. Lo que mandó que dijesen a Guatemuz fue que porque le quiere bien, por ser deudo tan cercano del gran Montezuma, su amigo, y casado con su hija, y porque tiene mancilla de aquella gran ciudad, porque no se acabe de destruir, y por excusar la gran manzana que cada día se hacía en sus vecinos y forasteros, que le ruega que vengan de paz, y en nombre de Su Majestad les perdonará todas las muertes y daños que nos

han hecho y les hará muchas mercedes. Que tenga consideración a que ya se lo ha enviado a decir y que él, como mancebo, y por sus consejeros, y la más principal causa, por sus malditos ídolos y papas, que le aconsejan mal, no ha querido venir sino darnos guerra, y pues que ya ha visto tantas muertes como en las batallas que nos dan les han venido, y tenemos de la nuestra parte todas las ciudades y pueblos de toda aquella comarca, y que cada día nuevamente vienen más contra ellos, que se conduela de tal perdimiento de sus vasallos y ciudad. También les envió a decir que sabíamos que se les habían acabado los mantenimientos, y que agua no la tenían, y otras muchas palabras bien dichas.

Cuando los tres mensajeros parecieron ante su señor Guatemuz, con grandes lágrimas y sollozando, le dijeron lo que Cortés les mandó. Guatemuz al principio recibió pasión de que tuviesen atrevimiento de venirles con aquellas pláticas mas como era mancebo y muy gentil hombre para ser indio, y era casado con una muy hermosa mujer, hija del gran Montezuma, su tío, y, según después alcanzamos a saber, tenía voluntad de hacer las paces, para platicarlo mandó juntar todos sus principales, capitanes y papas de los ídolos, y les dijo que él tenía voluntad de no tener guerra con Malinche y todos nosotros.

La plática que sobre ello les puso fue que ya había probado todo lo que se puede hacer sobre la guerra y mudado muchas maneras de pelear, y que somos de tal manera que cuando pensaban que nos tenía vencidos, entonces volvíamos muy más reciamente sobre ellos, y que al presente sabía los grandes poderes de amigos que nuevamente nos habían venido, que todas las ciudades eran contra ellos, y que ya los bergantines les habían rompido sus estacadas, y los caballos corrían a rienda suelta por todas las calles de su ciudad, y les puso por delante otras muchas desventuras que tenían sobre los mantenimientos y agua. Que

les rogaba o mandaba que cada uno de ellos diesen su parecer, y los papas también dijeron el suyo.

Según pareció, le dijeron: "Señor y nuestro gran señor. Ya te tenemos por nuestro rey, y es muy bien empleado en ti el reinado, pues en todas tus cosas te has mostrado varón y te viene de derecho el reino. Las paces que dices, buenas son; mas mira y piensa en ellos, desde que estos teúles entraron en estas tierras y en esta ciudad, cuál nos ha ido de mal en peor. Mira los servicios y dádivas que les dio vuestro tío el gran Montezuma en qué paró. Pues vuestro primo Cacamatzin, rey de Tezcuco, por el consiguiente. Vuestros parientes los señores de Iztapalapa, Cuyuacán, Tacuba y Talatcingo, qué se hicieron. Los hijos de nuestro gran Montezuma, todos murieron. Oro y riquezas de esta ciudad, tod0o se ha consumido. Ya ves que a todos tus súbditos y vasallos de Tepeaca y Chalco, y aun de Tezcuco, y todas vuestras ciudades y pueblos los han hecho esclavos y señaladas las caras. Mira primero lo que nuestros dioses te han prometido, toma buen consejo sobre ello y no te fíes de Malinche y de sus palabras, que más vale que todos muramos en esta ciudad que no vernos en poder de quien nos harán esclavos, y nos atormentarán por oro". Los papas también le dijeron que sus ídolos les habían prometido victoria tres noches arreo cuando les sacrificaban.

Entonces Guatemuz, medio enojado, dijo: "Pues que así queréis, que sea, guardad mucho el maíz y bastimento que tenemos, y muramos todos peleando, y desde aquí adelante ninguno sea osado a demandarme paces. Si no, yo le mandaré matar". Y allí todos prometieron pelear noches y días o morir en defensa de su ciudad. Y esto acordado, tuvieron trato con los de Suchimilco y otros pueblos que les metiesen agua en canoas, de noche, y abrieron otras fuentes en partes que tenían agua, aunque salobre.

Digamos de Cortés y todos nosotros, que estuvimos dos días sin entrarles en su ciudad esperando la respuesta, que cuando no nos catamos vienen tantos escuadrones de indios guerreros en todos tres reales y nos dan tan recia guerra, que como leones muy bravos s venían a entrar con nosotros, que creyeron llevarnos de vencida. Esto que digo es por nuestra parte de Pedro de Alvarado, que en la de Cortés y en la de Sandoval también dijeron que les llegaron a sus reales que no los podían defender, aunque más les mataban y herían.

Como ya estábamos acostumbrados a los encuentros, aunque cada día herían y mataban de nosotros, teníamos con ellos pie con pie. De esta manera pelearon seis o siete días arreo. Acuérdome que nos decían: "¡En que se anda Malinche cada día que tengamos paces con vosotros! Ya nuestros ídolos nos han prometido victoria, y tenemos mucho bastimento y agua, y ninguno de vosotros hemos de dejar con vida. ¡Por eso no tornen a hablar sobre paces, pues las palabras son para las mujeres y las armas para los hombres!". Diciendo esto, viénense a nosotros como perros dañados, y todo era uno.

Volvamos a nuestra conquista, por abreviar. Acordó Cortés, con todos los demás capitanes y soldados, que les entrásemos cuanto más pudiésemos hasta llegarles al Tatelulco, que es la plaza mayor, donde estaban sus altos cúes y adoratorios, y Cortés por su parte, Sandoval por la suya y nosotros por la nuestra les íbamos ganando puentes y albarradas. Cortés les entró hasta una plazuela donde tenían otros adoratorios y unas torrecillas. En una de aquellas casas estaban unas vigas puestas en lo alto, y en ellas muchas cabezas de nuestros españoles que habían muerto y sacrificado en las batallas pasadas, y tenían los cabellos y barbas crecidas, mucho mayor que cuando eran vivos y no lo habría creído si no lo viera.

Digamos cómo fuimos batallando las capitanías de Pedro de Alvarado, y llegamos al Tatelulco, y había tanto mejicano en guarda de sus ídolos y altos cúes y tenían tantas albarradas, que estuvimos bien dos horas que no se las podíamos tomar ni entrarles y como podían correr ya caballos, aunque a todos los más los hirieron, nos ayudaron muy bien y alancearon muchos mejicanos. Como había tanto contrario en tres partes fuimos dos capitanes a batallar con ellos, y la capitanía de un capitán que se decía Gutierre de Badajoz mandó Pedro de Alvarado que les subiese en lo alto del cu el Huichilobos, que son ciento catorce gradas, y peleó muy bien con los contrarios. De tal manera le daban guerra los contrarios a Gutierre de Badajoz y a su capitanía, que le hacía venir diez o doce gradas abajo rodando. Luego le fuimos a socorrer y dejamos el combate en que estábamos con muchos contrarios.

Aquí había bien que decir en qué peligro nos vimos los unos y los otros en ganarles aquella fortaleza, que ya he dicho otras muchas veces que era muy alta. todavía les pusimos fuego, y se quemaron los ídolos y levantamos nuestras banderas.

Como Cortés y sus capitanes vieron otro día, desde donde andaban batallando por sus partes, en otros barrios y calles lejos del alto cu, las llamaradas que el cu mayor se ardía, se holgó mucho, y se quisiera hallar ya también en él, y aun dijeron que tuvo envidia; mas no podía; mas de allí a cuatro días se juntaron con nosotros así Cortés como Sandoval, y podíamos ir desde un real a otro por las calles y casas derrocadas, puentes, albarradas y aberturas de agua, todo ciego.

Como ya estábamos todos en el Tatelulco, Cortés mandó que se pasasen todas las capitanías a estar en él y allí velásemos, por causa que veníamos más de media legua desde el real a batallar, y estuvimos allí tres días sin hacer cosa que de contar sea.

En aquellos días que allí estuvimos envió Cortés a Guatemuz rogándoles que se diese y no hubiese miedo, y con grandes ofrecimientos que le prometió que su persona sería muy acatada y honrada de él.

Guatemuz entró en consejo con sus capitanes, y le aconsejaron que dijese que quería paz y que aguardaría tres días en dar la respuesta, y al cabo de los tres días se verían Guatemuz y Cortés y darían el concierto en las paces. En aquellos tres días tendrían tiempo de saber más por entero la voluntad y respuesta de su Huichilobos, y de aderezar puentes y abrir calzadas, y adobar vara, piedra y flecha, y hacer albarradas.

Envió Guatemuz cuatro mejicanos principales con aquella respuesta, y creíamos que eran verdaderas las paces. Cortés les mandó dar muy bien de comer y beber a los mensajeros, y les tornó a enviar a Guatemuz, y con ellos les envió más refresco, así como de antes. Guatemuz tornó a enviar otros mensajeros, y con ellos dos mantas ricas, y dijeron que Guatemuz vendría para cuando estaba acordado y por no gastar más razones sobre el caso, nunca quiso venir, porque le aconsejaron que no creyese a Cortés, poniéndoles por delante el fin de su tío, el gran Montezuma y sus parientes y la destrucción de todo el linaje noble mejicano.

Como estábamos aguardando a Guatemuz, y no venía, vimos la malicia, y en aquel instante salen tantos batallones de mejicanos con sus divisas y dan a Cortés tanta guerra, que no se podía valer, y otro tanto fue por la parte de nuestro real; pues en el de Sandoval lo mismo era, de tal manera que parecía que entonces comenzaban de nuevo a batallar.

Como esto vio Cortés, mandó que les tornásemos a dar guerra y les entrásemos en su ciudad en la parte adonde se habían recogido y como vieron que les íbamos ganando toda la ciudad, envió Guatemuz dos principales a decir a Cortés que quería hablar

con él desde una abertura de agua. Cortés de una parte y Guatemuz de la otra, y señalaron el tiempo para otro día de mañana.

Fue Cortés para hablar con él, y no quiso venir Guatemuz al puesto, sino envió principales, y dijeron que su señor no osaba venir por temor que cuando estuviesen hablando le tirasen escopetas y ballestas y les matarían. Entonces Cortés les prometió conjuramento que no le enojaría en cosa ninguna, pero no aprovechó que no le creyeron y dijeron no le pasara lo que a Montezuma.

De esta manera estuvieron otros cuatro o cinco días que no les dábamos guerra, y en este instante se salían cada noche muchos pobres indios que no tenían qué comer y se venían a nuestro real como aburridos de el hambre. Cortés mandó que no les diésemos guerra, que quizá se les mudaría la voluntad para venir de paz, y no venían, aunque les enviaron a requerir con la paz.

CÓMO GONZALO DE SANDOVAL ENTRÓ CON LOS DOCE BERGANTINES A LA PARTE QUE ESTABA GUATEMUZ Y LE PRENDIÓ

Viendo que no quería paces ningunas Guatemuz, mandó [Cortés] a Gonzalo de Sandoval que entrase con los bergantines en el sitio de la ciudad a donde estaba retraído con toda la flor de sus capitanes y personas más nobles que en todo Méjico había. Cortés se subió en el cu mayor del Tatelulco para ver cómo Sandoval entraba con esos bergantines.

Como Sandoval entró con gran furia con los bergantines en aquel paraje donde estaban las casas de Guatemuz, cuando se vio cercado Guatemuz tuvo temor no le prendiesen o matasen, y tenía aparejadas cincuenta grandes piraguas con buenos remeros para, en viéndose en aprieto, salvarse e irse a meter en unos carrizales. Asimismo tenía mandado a unos capitanes y a la gente

de más cuenta que consigo tenía en aquel baluarte de la ciudad que hiciesen lo mismo.

Como vieron que les entraba entre las casas, se embarca en las cincuenta canoas, y ya tenía metido su hacienda, oro y joyas y toda su familia y mujeres, y se mete en ellas y tira por la laguna adelante, acompañado de muchos capitanes. Como en aquel instante iban muchas otras canoas, llena la laguna de ellas, y Sandoval luego tuvo noticia de que Guatemuz iba huyendo, mandó a todos los bergantines que dejasen de derrocar casas y barbacanas, y siguiesen el alcance de las canoas y mirasen que tuviesen tino a qué parte iba Guatemuz.

A un García Holguín, amigo de Sandoval, que era capitán de un bergantín muy suelto y gran velero, y traía buenos remeros, le mandó Sandoval que siguiese a la parte que le decían que iba con sus grandes piraguas Guatemuz huyendo; y le mandó que si le alcanzase, no le hiciese enojo ninguno, más de prenderlo; y Sandoval siguió por otra parte con otros bergantines que le acompañaban. Quiso Dios Nuestro Señor que García Holguín alcanzó a las canoas y piraguas en que iba Guatemuz, y en arte de él y sus toldos y asiento en que iba, le conoció que era el gran señor de Méjico. Hizo señas que aguardasen y no querían aguardar, e hizo como que le querían tirar con las escopetas y ballestas. Guatemuz cuando lo vio, hubo miedo y dijo: “No me tire, que yo soy el rey de esta ciudad y me llaman Guatemuz. Lo que te ruego es que no llegues a cosas mías de cuantas traigo, ni a mi mujer ni parientes, sino llévame luego a Malinche”. Como Holguín le oyó, se gozó en gran manera y con mucho acato le abrazó y le metió en el bergantín a él y a su mujer y a treinta principales y les hizo sentar en la popa en unos petates y mantas, y les dio de lo que traían para comer, y a las canoas donde llevaban su hacienda no les tocó en cosa ninguna sino que juntamente las llevó con su bergantín.

En aquella sazón Gonzalo de Sandoval había mandado que todos los bergantines se recogiesen, y supo que Holguín había preso a Guatemuz y que lo llevaba a Cortés. Cuando aquello oyó, da mucha prisa en que remasen los que traía el bergantín en que él iba. Alcanzó a Holguín y le demandó el prisionero. Holguín no se lo quiso dar, porque dijo que él le había preso y no Sandoval. Sandoval le respondió que así es verdad, mas que él es el capitán general de los bergantines y García Holguín iba debajo de su mando y bandera, y que por ser su amigo le mandó que siguiese tras Guatemuz, porque era más ligero su bergantín, y le prendiese, y que a él, como general, le había de dar el prisionero; y Holguín todavía porfiaba que no quería.

En aquel instante fue otro bergantín a gran prisa a Cortés a demandarle albricias, que estaba muy cerca en el Tatelulco, mirando desde lo alto del cu cómo entraba Sandoval. Entonces le dijeron la diferencia que traía con Holguín sobre tomarle el prisionero. Como Cortés lo supo, luego despachó al capitán Luis Marin y a Francisco Verdugo que llamasen a Sandoval y a Holguín, así como venían en sus bergantines, sin más debatir, y trajesen a Guatemuz y a su mujer y familia con mucho acato, porque él determinaría cuyo era el prisionero y a quién se había de dar la honra de ello.

Entre tanto que le llevaron mandó aparejar un estrado lo mejor que en aquella sazón se pudo hacer con petates, mantas y asentaderas; y mucha comida de lo que Cortés tenía para sí. Luego vinieron Sandoval y Holguín con Guatemuz, y le llevaron entrambos capitanes ante Cortés. Cuando se vio delante de él, le hizo mucho acato, y Cortés con alegría le abrazó y le hizo mucho amor a él y a sus capitanes. Entonces Guatemuz dijo a Cortés: “Señor Malinche, ya he hecho lo que soy obligado en defensa de mi ciudad, y no puedo más, y pues vengo por fuerza,

y preso ante tu persona y poder, toma ese puñal que tienes en la cintura y mátame luego con él".

Cuando esto le decía, lloraba muchas lágrimas y sollozos, y también lloraban otros grandes señores que consigo traía. Cortés le respondió con doña Marina y Aguilar muy amorosamente, y le dijo que por haber sido tan valiente y volver por su ciudad, le tenía en mucho más su persona, y que no era digno de culpa ninguna, que antes se le ha de tener a bien que a mal". que pues ya es pasado lo uno y lo otro, no hay remedio ni enmienda en ello, que descanse su corazón y el de todos sus capitanes, y que él mandará a Méjico y a sus provincias como de antes. Guatemuz y sus capitanes dijeron que no tenían en merced. Cortés preguntó por la mujer y por otras grandes señoras mujeres de otros capitanes que le habían dicho que venían con Guatemuz, y el mismo Guatemuz respondió y dijo que había rogado a Gonzalo de Sandoval y a García Holguín que las dejasen estar en las canoas donde venían hasta ver lo que Malinche les mandaba.

Luego Cortés envió por ellas, y a todos les mandó dar de comer lo mejor que en aquella sazón había en el real, y porque era tarde y comenzaba a llover, mandó que se fuesen a Cuyuacán, y llevó consigo a Guatemuz y a toda su casa y familia, y a muchos principales.

Se prendió a Guatemuz y a sus capitanes en trece de agosto, a hora de vísperas, en día de señor San Hipólito, año de mil quinientos veintiuno. Gracias a Nuestro Señor Jesucristo y a Nuestra Señora la Virgen María su Bendita Madre. Amén. Llovió y relampagueó y tronó aquélla tarde, y hasta media noche mucho más agua que otras veces. Desde que se hubo preso Guatemuz quedamos tan sordos todos los soldados como si de antes estuviera un hombre llamado encima de un campanario y tañasen mucha campanas, y en aquel instante que las tañían cesasen de tañer. Esto digo porque todos los noventa y tres días que sobre

esta ciudad estuvimos, de noche y de día daban tantos gritos y voces, unos capitanes mejicanos apercibiendo los escuadrones y guerreros que habían de batallar en las calzadas, y otros llamando a los de las canoas, que habían de guerrear con los bergantines y con nosotros en los puentes, y otros en hincar palizadas y abrir y ahondar las aberturas de agua y puentes, y hacer albarradas, otros en aderezar barra y flecha, y las mujeres en hacer piedras rollizas para tirar con las hondas. Pues desde los adoratorios y torres de ídolos los malditos atambores y cornetas y atabales dolorosos nunca paraban de sonar. De esta manera de noche y de día teníamos el mayor ruido, que no nos oíamos los unos a los otros, y después de preso Guatemuz cesaron las voces y todo el ruido. Por esta causa he dicho, como si de antes estuviéramos en el campanario.

Digamos de los cuerpos muertos y cabezas que estaban en aquellas casas adonde se había retraído Guatemuz. Digo que juro, amén, que todas las casas y barbacanas de la laguna estaban llenas de cabezas y cuerpos muertos, que yo no sé de qué manera lo escriba, pues en todas las calles y en los mismos patios del Tatelulco no había otra cosa, y no podíamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos.

Yo he leído la destrucción de Jerusalén; mas si fue más mortalidad que ésta, no lo sé cierto, porque faltaron en esta ciudad tantas gentes, guerreros de todas las provincias y pueblos sujetos a Méjico, que allí se habían acogido. A esta causa luego como se prendió Guatemuz cada uno de los capitanes nos fuimos a nuestros reales, y aun Cortés estuvo malo del hedor que le entró en las narices y el dolor de cabeza en aquellos días que estuvo en Tatelulco. Como había tanta hedentina en aquella ciudad, Guatemuz rogó a Cortés que diese licencia para que todo el poder de Méjico que estaba en la ciudad se saliese fuera por los pueblos comarcanos, y luego les mandó que así los hiciesen. En tres días

con sus noches en todas tres calzadas, llenas de hombres, mujeres y criaturas, no dejaron de salir, y tan flacos y amarillos y sucios y hediondos, que era lástima verlos.

Como la hubieron desembarazado, envió Cortés a ver la ciudad, y veíamos las casas llenas de muertos, y aun algunos pobres mejicanos entre ellos que no podían salir, y lo que purgaban de sus cuerpos era una suciedad como echan los cuerpos flacos que no comen sino hierba. Hallóse toda la ciudad como arada y sacadas las raíces de las hierbas que habían comido, y cocidas hasta las cortezas de algunos árboles. Agua dulce no les hallamos ninguna, sino salada. No comían las carnes de sus mejicanos, si no eran de los nuestros y amigos tlascaltecas que apañaban. No se ha hallado generación en muchos tiempos que tanto sufriese el hambre y sed y continuas guerras como ésta.

Ahora que estoy fuera de los combates y recias batallas que con los mejicanos teníamos de día y de noche, por lo cual doy muchas gracias a Dios que de ellas me libró, quiero contar una cosa que me acontecía después que vi sacrificar y abrir por lo pechos sesenta y dos soldados que llevaron vivos de los Cortés y ofrecerles los corazones a los ídolos. Como cada día veía llevar a sacrificar a mis compañeros y había visto cómo les aserraban por los pechos y sacarles los corazones bullendo, y cortarles pies y brazos y se los comieron a los sesenta y dos que he dicho, temía yo que un día que otro me habían de hacer lo mismo, porque ya me habían asido dos veces para llevarme a sacrificar, y quiso Dios que me escape de su poder. Acordándoseme de aquellas feísimas muertes, y como dice el refrán que cantarillo que muchas veces que va a la fuente etcétera, siempre desde entonces temí la muerte más que nunca. Esto he dicho porque antes de entrar en las batallas se me ponía una como grima y tristeza en el corazón, y encomendándome a Dios y a su bendita madre y

entrar en las batallas era todo uno, y luego se me quitaba aquel pavor.

DE LO QUE CORTÉS MANDÓ QUE SE HICIESE DESPUÉS DE GANADA LA MUY GRAN CIUDAD DE MÉJICO

La primera cosa mandó Cortés a Guatemuz que adobasen los caños de agua de Chapultepeque, según y dela manera que solían estar, y luego fuese el agua para sus caños a entrar en la ciudad de Méjico; que limpiasen todas las calles de los cuerpos y cabezas de muertos y que los enterrasen, para que todos los puentes y calzadas las tuviesen muy bien aderezadas como de antes estaban, y que los palacios y casas los hiciesen nuevamente, y que antes de dos meses se volviesen a vivir en ellos y les señaló en qué habían de poblar y qué parte habían de dejar desembarazada para que poblásemos nosotros.

Se recogió todo el oro, plata y joyas que se hubo en Méjico, y fue muy poco, según pareció, porque todo lo demás hubo fama que lo había echado Guatemuz en la laguna, cuatro días antes que se prendiese. Además de esto que lo habían robado los tlascaltecas y los de Tezcuco, Huexocingo y Cholula.

Los oficiales de la hacienda del rey nuestro señor decían y publicaban que Guatemuz lo tenía escondido y que Cortés holgaba de ello porque no le diese y haberlo todo para sí, y por estas causas acordaron dar tormento a Guatemuz y al señor de Tacuba, que era su primo y gran privado. Ciertamente mucho le pesó a Cortés que a un señor como Guatemuz le atormentasen por codicia del oro, porque ya habían hecho muchas pesquisas sobre ello, y todos los mayordomos de Guatemuz decían que no había más de lo que los oficiales del rey tenían en su poder, que eran hasta trescientos ochenta mil pesos de oro.

Como los conquistadores que no estaban bien con Cortés vieron tan poco oro, y decían al tesorero Julián de Alderete que tenían sospecha que por quedarse con el oro Cortés no quería que prendiesen a Guatemuz, ni le prendiesen sus capitanes, ni diesen tormentos, porque no le achacasen algo a Cortés sobre ello y no lo pudo excusar, le atormentaron, en que le quemaron los pies con aceite y al señor de Tacuba.

Confesaron que cuatro días antes lo echaron en la laguna, así el oro como los tiros y escopetas, que nos habían tomado cuando nos echaron de Méjico. Fueron adonde señaló Guatemuz que lo habían echado, y entraron buenos nadadores y no hallaron cosa alguna. Lo que yo vi, que fuimos con Guatemuz a las casas en que solía vivir, y estaba una como alberca de agua, y de aquella alberca sacamos un sol de oro como el que nos dio Montezuma, y muchas joyas y piezas de poco valor que eran del mismo Guatemuz. El señor de Tacuba dijo que él tenía en unas casas suyas que estaban de Tacuba obra de cuatro leguas, ciertas cosas de oro, que le llevasen allá y diría adónde estaba enterrado y lo daría. Fue Pedro de Alvarado y seis soldados, y yo fui en su compañía, y cuando allá llegamos dijo el cacique que por morirse en el camino había dicho aquello, que le matasen, que no tenía oro ni joyas ningunas, y así nos volvimos sin ello.

Todos los capitanes y soldados estábamos algo pensativos desde que vimos el poco oro y las partes tan pobres y malas, y el fraile de la Merced, Pedro de Alvarado, y Cristóbal de Olid y otros capitanes dijeron a Cortés que pues había poco oro, que lo que cabía de parte a todos se lo diesen y repartiesen a los que quedaron mancos, cojos, ciegos y sordos, y otros que se habían tullido y estaban con dolor de estómago, y otros que se habían quemado con la pólvora, y a todos los que estaban dolientes de dolor de costado, que a aquellos les diesen todo el oro, y que todos los demás que estábamos algo sanos lo habríamos por

bien. Esto que le dijeron a Cortés fue sobre cosa pensada, creyendo que nos diera más que las partes, porque había muchas sospechas que lo tenía escondido.

Lo que Cortés respondió fue que vería a cómo salíamos y que en todo pondría remedio. Y como todos los capitanes y soldados queríamos ver lo que nos cabía de parte, dábamos prisa para que se echase la quinta y se declarase a qué tantos pesos salíamos. Después que lo hubieron tanteado dijeron que cabían a los de a caballo a ochenta pesos, y a los ballesteros, escopeteros y rodeleros a sesenta o a cincuenta pesos que no se me acuerda bien. Y como aquellas partes nos señalaron, ningún soldado las quiso tomar. Entonces murmuramos de Cortés y decían que lo había tomado y escondido el tesorero. Alderete, por descargarse de lo que le decíamos, respondió que no podía más, porque Cortés sacaba del montón otro quinto como el de Su Majestad para él, y se pagaban muchas costas de los caballos que se habían muerto.

En todos tres reales y bergantines había soldados que habían sido amigos y peniaguados de Diego Velázquez, gobernador de Cuba, de los que había pasado con Narváez, que no tenían buena voluntad a Cortés y le querían muy mal, y como vieron que en el partir del oro no les daba las partes que quisieran, no quisieron recibir lo que les daba.

Como Cortés estaba en Cuyuacán y posaba en unos palacios que tenían blanqueadas y encaladas las paredes, donde buenamente se podía escribir en ellas con carbones y con otras tintas, amanecía cada mañana escritos muchos motes, algunos en prosa y otros en metros, algo maliciosos, a manera como pasquines.

En unos decía que el sol, la luna y las estrellas, y la mar y la tierra tienen sus cursos, y que si alguna vez salen más de la inclinación para que fueron creados más de sus medidas, que vuelven a su ser, y que así había de serla ambición de Cortés en el mandar, y que había de volver a su principio; y otros decían

que más conquistados nos traía que la conquista que dimos a Méjico y que no nos nombrásemos conquistadores de la Nueva España, sino conquistadores de Hernando Cortés, y otros decían que no bastaba tomar buena parte del oro como general, sino parte como rey, sin otros aprovechamientos; otros decían: "¡Oh que triste está la ánima mía hasta que le vuelva todo el oro que tiene tomado Cortés escondido!" Y otros decían que Diego Velásquez gastó su hacienda y descubrió toda la costa del norte hasta Pánuco, y la vino Cortés a gozar y se alzó con la tierra y oro.

Cuando salía Cortés de su aposento por las mañanas y lo leía, y como estaban en metros y en prosas y por muy gentil estilo y consonantes cada mote y copla y lo que inclinaba y al fin que tiraba su dicho, y como Cortés era algo poeta y se preciaba de dar respuestas inclinadas para loar sus grandes y notables hechos, respondía también por buenos consonantes y muy a propósito en todo lo que escribía. De cada día iban más desvergonzados los metros y motes que ponían, hasta que Cortés escribió: "Pared blanca, papel de encios"; y amaneció escrito más adelante: "Aun de sabios y verdades, y Su Majestad lo sabrá, de presto". Cortés se enojó y dijo públicamente que no pusiesen malicias, que castigaría a los ruines desvergonzados.

Como Cortés vio que muchos soldados se desvergonzaban en demandarle más partes y decían que se lo tomaba todo para sí y lo robaba y le pedían prestado dineros, acordó quitar de sobre sí aquel dominio y enviar a poblar a todas las provincias que le pareció que convenía que se poblasen. A Gonzalo de Sandoval mandó que fuese a poblar a Tustepeque y que castigase a unas guarniciones mejicanas que mataron, cuando nos echaron de Méjico, setenta y ocho personas y seis mujeres de Castilla que allí habían quedado de los de Narváez, y que poblase a una villa que se puso por nombre Medellín; que pasase a Guazacualco y

que poblase en aquel puerto. También mandó a un tal Pineda y a Vicente López que fuesen a conquistar la provincia de Pánuco, y mandó a Rodrigo Rangel que estuviese en la Villa Rica, y en su compañía a Pedro de Ircio; y a Juan Álvarez Chico a Colima y a un Villafuerte a Zacatula, y a Cristóbal de Olid que fuese a Mechuacán; y envió a Francisco de Orozco a poblar a Oaxaca.

En aquellos días que habíamos ganado Méjico, como lo supieron en todas estas provincias que he nombrado que Méjico estaba destruido, no lo podían creer los caciques y señores de ellas, como estaban lejanas y enviaban principales a dar a Cortés el para bien de las victorias y a darse por vasallos de Su Majestad, y a ver cosa tan temida como de ellos fue Méjico, si era verdad que estaba por el suelo, y todos traían grandes presentes de oro que daban a Cortés.

CÓMO CORTÉS Y LOS OFICIALES DEL REY ACORDARON ENVIAR A SU MAJESTAD EL ORO QUE LE HABÍA CABIDO DE SU REAL QUINTO DE LOS DESPOJOS DE MÉJICO

Alonso de Ávila había vuelto en aquella sazón de la isla de Santo Domingo, y trajo recaudo de lo que le habían enviado a negociar con la Audiencia Real y frailes jerónimos que estaban por gobernadores de todas las islas, y los recaudos que entonces trajo fue que nos daban licencia para poder conquistar toda la Nueva España, y herrar los esclavos y repartir y encomendar los indios como en las islas Española, Cuba y Jamaica se tenía por costumbre.

Como Cortés tenía a Alonso de Ávila por hombre atrevido y no estaba muy bien con él, porque era servidor del obispo de Burgos, a esta causa siempre procuraba Cortés tenerle apartado de su persona. Cuando vino de este viaje, por contentarle y

agradarle, le encomendó en aquella sazón Gualtitán y le dio ciertos pesos de oro, y con palabras y ofrecimientos, y con el depósito del pueblo por mí nombrado, le hizo tan a su amigo y servidor, que le envió a Castilla y juntamente con él a su capitán de la guarda, que se decía, Antonio de Quiñónez.

Los cuales fueron por procuradores de la Nueva España y de Cortés, y llevaron dos navíos, y en ellos cincuenta y ocho mil castellanos, en barras de oro, y llevaron la recámara que llamábamos del gran Montezuma, que tenía en su poder Guatemuz y fue un gran presente en fin, porque fueron muchas joyas muy ricas y perlas y muchos chalchihuís, que son piedras finas como esmeraldas; también enviamos unos pedazos de huesos de gigantes que se hallaron en un cu y adoratorio en Cuyuacán, según y de la manera que eran otros grandes zancarrones que nos dieron en Tlascala; y llevaron tres tigres y otras cosas que ya no me acuerdo.

Con estos procuradores escribió el cabildo de Méjico a Su Majestad, y asimismo todos los más conquistadores escribimos juntamente con Cortés, fray Pedro Melgarejo y el tesorero Julián de Alderete, y todos a una decíamos de los muchos y buenos y leales servicios que Cortés y todos nosotros los conquistadores le habíamos hecho y a la continua hacíamos, y lo por nosotros sucedido desde que entramos a ganar la ciudad de Méjico, y cómo estaba descubierta la mar del Sur y se tenía por cierto que era cosa muy rica; y suplicamos a Su Majestad que nos enviase obispos y religiosos de todas órdenes; y le suplicamos todos a una que la gobernación de esta Nueva España que le hiciese merced de ella a Cortés, pues tan bueno y leal servidor le era, y a todos nosotros los conquistadores nos hiciese mercedes para nosotros y para nuestros hijos; y le suplicamos que no enviase letrados, porque entrando en la tierra la pondrían en revuelta con sus libros y habría pelitos y disensiones.

Pues Cortés por su parte no se le quedó nada en el tintero, y aun de manera hizo relación en su carta de todo lo acaecido, que fueron veintiuna planas, y porque yo las leí todas y lo entendí muy bien, lo declaro aquí como dicho tengo.

Dejemos de las cartas, y digamos de su buen viaje que llevaron nuestros procuradores después que partieron del puerto de la Veracruz, que fue en 20 de diciembre de 1522, y con buen viaje desembarcaron en el canal de Bahama y en el camino se les soltaron dos tigres de los tres que llevaban, e hirieron a unos marineros y acordaron matar al que quedaba porque era muy bravo y no se podía valer con él.

Fueron su viaje hasta la isla que llaman de la Tercera, y como Antonio de Quiñónez era capitán y se preciaba de muy valiente y enamorado, parece ser que se revolvió en aquella isla con una mujer, y hubo sobre ella cierta cuestión, y diéronle una cuchillada de que murió y quedó solo Alonso de Ávila por capitán. Ya que iba con los dos navíos camino de España, no muy lejos de aquella isla topa con ellos Juan Floría, francés corsario y toma el oro y navíos, prende a Alonso de Ávila y llévale preso a Francia.

También en aquella sazón robó Juan Florín otro navío que venía de la isla de Santo Domingo, y le tomó sobre veinte mil pesos de oro y gran cantidad de perlas, azúcar y cueros de vaca, y con todo se volvió a Francia muy rico e hizo grandes presentes a su rey y al almirante de Francia de las cosas y piezas de oro que llevaba de la Nueva España.

Entonces es cuando dijo que solamente con el oro que le iba a nuestro señor de estas tierras le podía dar guerra a su Francia, y aun en aquella sazón no era ganado ni había nueva del Perú, sino, como dicho tengo, lo de la Nueva España y las islas de Santo Domingo, San Juan, Cuba y jamaica; y entonces diz que dijo el rey de Francia, o se lo envió a decir a nuestro emperador, que cómo habían partido entre él y el rey de Portugal el mundo

sin darle parte a él; que mostrasen el testamento de nuestro padre Adán, si les dejó solamente a ellos por herederos y señores de aquellas tierras que habían tomado entre ellos dos y sin darle a él ninguna de ellas, y por esta causa era lícito robar y tomar todo lo que pudiese por la mar.

Luego tornó a mandar al Juan Florín que volviese con otra armada a buscar la vida por la mar, y de aquel viaje que volvió, ya que llevaba gran presa de todas ropas, entre Castilla y las islas de Canaria, dio con tres o cuatro navíos recios y de armada, vizcaínos, y los unos por una parte y los otros por otra embisten con el Juan Florín y lo rompen y lo desbaratan, y préndele a él y a otros muchos franceses, y les tomaron sus navíos y ropa, y al Juan Florín y a otros capitanes llevaron presos a Sevilla y la Casa de la Contratación, y los enviaron presos a la Corte de Su Majestad; y en cuanto lo supo, mandó que en el camino hiciesen justicia de ellos, y en el puerto del Pico los ahorcaron; y en esto paró nuestro oro y capitanes que lo llevaron, y el Juan Florín que lo robó.

Luego supimos en la Nueva España la pérdida del oro y riquezas de la recámara, y prisión de Alonso de Ávila, y de todo lo más aquí por mi memorado y tuvimos de ello gran sentimiento. Y luego Cortés con brevedad procuró haber y allegar todo el más oro que pudo recoger, y hacer un tiro de oro bajo y de plata, de lo que habían traído de Mechoacán, para enviar a Su Majestad, y llamóse el tiro Fénix. ■

